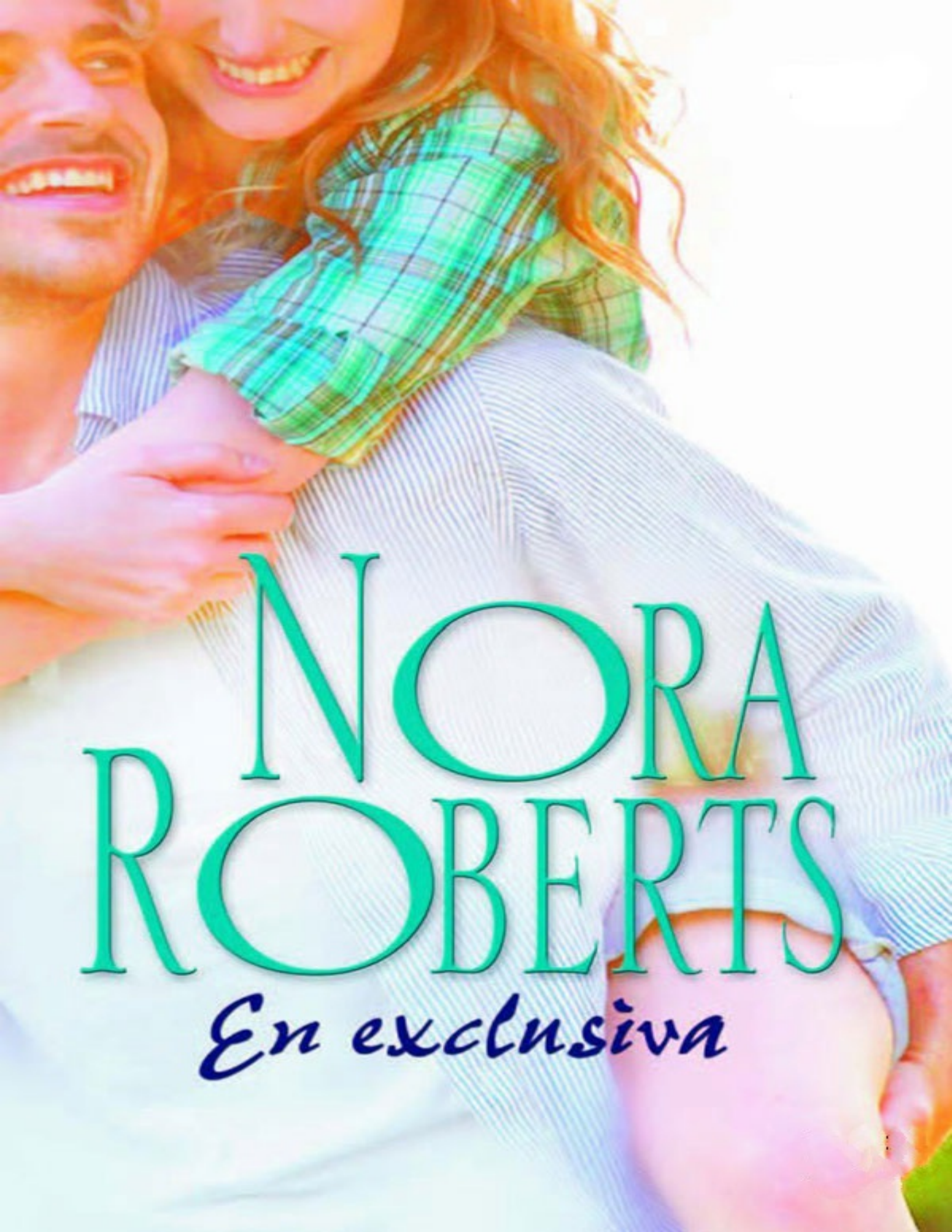




NORA ROBERTS

En exclusiva

Conseguir una exclusiva con el famoso autor de novelas de terror Hunter Brown fue un éxito inesperado para Lee Radcliffe, redactora de la revista *Celebrity*. Pero, cuando el misterioso escritor la reta a entrevistarle durante una excursión por un paraje perdido en las montañas, Lee descubre que aquello es algo más que una simple entrevista, que él es algo más que un simple escritor de novelas de terror. Y que es al propio Hunter al que quiere... en exclusiva.

Nora Roberts

En exclusiva

Revista Celebrity - 1

A Deb Horm,
por los recuerdos compartidos

Prólogo

... con la luna llena, blanca y fría. Veía la sombra moverse y temblar como una cosa viva sobre la nieve. Blanco sobre negro. El cielo negro, la luna blanca, las sombras negras, la nieve blanca. No había nada más. Vacío total, ausencia de color; el único sonido, el gemido del viento colándose por las ramas de los árboles.

Pero sabía que no estaba solo, que no había salvación en el blanco y negro. Y en su corazón helado se clavó un ardiente escalofrío de miedo. El aliento, jadeante, se escapaba de su boca formando pequeñas nubes blancas. Sobre el suelo helado se formó entonces una formidable sombra negra. Ya no podía seguir huyendo.

Hunter sacó un cigarrillo y miró la pantalla del ordenador. Michael Trent estaba muerto. Hunter lo había creado, lo había moldeado exclusivamente para esa muerte patética, helada, bajo la luna llena. Experimentó entonces una sensación de triunfo; ningún remordimiento por destruir al hombre al que conocía tan íntimamente como a sí mismo.

Terminaría el capítulo allí, dejando los detalles de su muerte a la imaginación de los lectores. Había creado el ambiente, el escenario, el final tangible, pero inexplicable. Sabía que eso frustraba y fascinaba a sus seguidores. Y como ese era precisamente su propósito se sentía satisfecho, algo que no ocurría a menudo.

Él creaba lo terrorífico, lo inexplicable, exploraba los más oscuros secretos de la mente humana y, con fría precisión, los hacía tangibles. Hacía posible lo imposible y lo increíble, vulgar. Normalmente convertía lo vulgar en algo aterrador. Usaba las palabras como un artista usa su paleta y fabricaba historias con tanto color, con tanta simplicidad, que los lectores se enganchaban desde la primera página.

Su negocio era el miedo y tenía un éxito extraordinario.

Durante cinco años había sido considerado un maestro del género. Era autor de seis *best-sellers*, cinco de los cuales se convirtieron en guiones de cine. Los críticos lo alababan, sus libros se vendían en todas partes, le llegaban cartas de todo el mundo. A Hunter no podría importarle menos. Escribía para sí mismo, porque contar una historia era lo que sabía hacer. Si entretenía, se daba por satisfecho. Pero fuera cual fuera la reacción de los críticos y los lectores, él seguiría escribiendo. Tenía su trabajo, tenía su privacidad. Eran las dos cosas fundamentales en su vida.

No se consideraba a sí mismo un recluso, tampoco se consideraba asocial. Sencillamente, vivía la vida a su manera. Hacía lo mismo seis años antes... antes de la fama, del éxito, antes de recibir enormes sumas de dinero.

Si alguien le preguntara si conseguir un *best-seller* detrás de otro había cambiado su vida, tendría que decir que no. Él era escritor antes de que *La deuda del diablo* llegase al número uno en la lista de ventas del *New York Times*. Y seguía siendo escritor. Si hubiera querido cambiar su vida, se habría hecho fontanero.

Algunos decían que su estilo de vida era calculado, que se había creado esa imagen de excéntrico para promocionar sus libros. Otros decían que criaba lobos. Otros, que no existía de verdad, que era un producto de marketing. Pero a Hunter Brown no le importaba lo que dijese la gente. Solo escuchaba lo que quería oír, solo veía lo que elegía ver y lo recordaba todo.

Después de pulsar una serie de botones en su ordenador, grabó el archivo y abrió uno nuevo. El siguiente capítulo, la siguiente palabra, el siguiente libro, eran mucho más importantes que cualquier artículo especulando sobre él.

Trabajaba seis horas al día y aún le quedaban dos. La historia ya empezaba a surgir, clara y cristalina como el agua...

Las manos que rozaban el teclado eran bonitas: fuertes, bronceadas, de dedos largos. Uno podría pensar que componían poemas o sinfonías. Lo que componían, sin embargo, eran monstruos, oscuros sueños, pesadillas; no monstruos con colmillos manchados de sangre, monstruos tan reales que te erizaban el vello.

Siempre incluía cierto realismo, humor incluso en sus historias para que el horror fuese más patente, más creíble. Escribía sobre criaturas escondidas en la oscuridad del armario y esas criaturas eran el miedo de cada uno de nosotros. Las encontraba y luego, poco a poco, abría la puerta del armario.

Medio olvidado, el cigarrillo reposaba en el cenicero rebosante de colillas. Fumaba demasiado. Era, quizá, el único signo de la presión que ponía sobre sí mismo, una presión que no habría tolerado por parte de nadie. Quería terminar su libro a final de mes, una fecha autoimpuesta, naturalmente.

En un raro impulso, había aceptado acudir a una conferencia de escritores en Flagstaff la primera semana de junio.

Hunter no solía hablar en público y cuando lo hacía nunca era en un evento muy publicitado. Aquella conferencia en particular contaría con no más de doscientos escritores o aspirantes a escritores. De modo que daría una clase maestra, contestaría a las preguntas y volvería a casa.

Aquel año había rechazado ofertas de algunas de las editoriales más importantes del país. El prestigio no le interesaba, pero consideraba su contribución a la Asociación de Escritores de Arizona una manera de pagar sus deudas con la profesión. Hunter siempre había sabido que nada era gratis.

Unas horas más tarde, el perro que dormía a sus pies levantó la cabeza. Era grande, de suave pelaje gris y con la inteligente mirada de un lobo.

—¿Es la hora, Santanas? —sonrió, acariciando la cabeza del animal. Satisfecho, pero sabiendo que aquella noche trabajaría hasta tarde, apagó el ordenador.

Hunter salió del caos de su oficina y entró en el ordenado cuarto de estar, con sus ventanales y sus techos altos. Olía a vainilla y a margaritas. Silencioso, el perro caminaba a su lado.

Después de empujar las puertas que daban a un patio con el suelo de terracota, Hunter miró el bosque que lo escondía de los demás, que escondía a los demás de él. Nunca había pensado cuál de las dos opciones era la verdadera. Él necesitaba la paz, el misterio y el silencio de aquel

bosque para trabajar. Como necesitaba las rojas paredes del cañón. En el silencio, podía oír el murmullo del agua del río y oler la frescura del aire. Esos lujos no los daba por descontado; no los había tenido siempre.

Y entonces la vio, caminando tranquilamente hacia la casa. La cola de su perro empezó a moverse de un lado a otro.

A veces, Hunter pensaba que era imposible que algo tan hermoso fuera suyo. Morena y delicadamente formada, se movía con una confianza innata que lo hacía sonreír. Era Sarah.

Su trabajo y su privacidad eran las dos cosas fundamentales en su vida. Sarah era su vida. Por ella habían merecido la pena el trabajo, las frustraciones, los miedos y el dolor. Por ella todo merecía la pena.

Sarah levantó la mirada y le regaló una sonrisa que ni el aparato en los dientes podía afeear.

—¡Hola, papá!

1

La semana que una revista como *Celebrity* cerraba la redacción de un número era un caos. Todos los jefes de departamento estaban frenéticos. Los escritorios llenos de papeles, los teléfonos ardiendo y los empleados comiendo encima del ordenador.

El aire se teñía de una sensación de pánico que aumentaba por segundos. La gente empezaba a ponerse histérica, las demandas eran cada vez más imperiosas... En la mayoría de las oficinas no se apagaba la luz, el olor a café y a tabaco permeaba el ambiente, frascos de aspirinas y colirio iban de mano en mano.

Después de cinco años en nómina, Lee aceptaba el ataque de pánico mensual como algo inevitable.

Celebrity era una elegante y respetada publicación que vendía millones de ejemplares. Además de historias sobre ricos y famosos, publicaba artículos sobre eminentes psicólogos o periodistas, entrevistas con políticos, estrellas del rock... Las fotografías eran de primera clase, como los textos. Algunos detractores lo denominaban «cotilleos de calidad», pero la palabra «calidad» no se olvidaba nunca.

Un anuncio en *Celebrity* generaba ventas e interés nacional y se pagaba de acuerdo con ello. *Celebrity* era, en un mundo muy competitivo, una de las publicaciones más importantes del sector. Lee Radcliffe no habría aceptado menos.

—¿Cómo va el artículo sobre ese escultor?

Lee miró a Bryan Mitchell, una de las mejores fotografías de la Costa Oeste. Agradecida, aceptó la taza de café que le ofrecía. En los últimos cuatro días había dormido en total veinte horas.

—Bien —contestó sencillamente.

—He visto cosas más artísticas en las paredes de algún callejón.

Aunque estaba de acuerdo, Lee se encogió de hombros.

—A algunos les gusta lo oscuro, lo raro.

Bryan sacudió la cabeza, riendo.

—Cuando me dijeron que hiciese fotografías de esa especie de red metálica estuve a punto de pedirles que apagasen la luz.

—Pero has hecho que parezca algo casi místico.

—Puedo hacer que un basurero parezca místico con las luces adecuadas —sonrió ella—. Y tú, con tus artículos, haces que cualquier cosa parezca fascinante.

Lee asintió, pero estaba distraída con un millón de cosas.

—Para eso estamos, ¿no?

—Hablando de trabajo... —Bryan apoyó la cadera en la esquina de su escritorio—. ¿Sigues interesada en Hunter Brown?

Lee arrugó sus elegantes cejas. Hunter Brown se había convertido en una obsesión, en una cruzada personal. Y quizá porque era completamente inaccesible había tomado la decisión de ser la primera en atravesar esa nube de misterio. Le había costado cinco años conseguir su título de redactora y tenía fama de tenaz, fría y competente. Y se merecía esos calificativos.

Tres meses dándose contra una pared mientras investigaba a Hunter Brown no iban a hacer que se echara atrás. De una forma o de otra, conseguiría su artículo.

—Por ahora solo he conseguido el nombre de su representante y el número de teléfono de su editora —podría haber cierta frustración en su tono, pero su expresión era decidida—. Nunca he conocido a nadie tan discreto.

—Su último libro salió publicado la semana pasada —murmuró la fotógrafa, tomando distraídamente un papel de la mesa—. ¿Lo has leído?

—Lo he comprado, pero aún no he tenido oportunidad de leerlo.

Bryan apartó la trenza color miel que caía sobre sus hombros.

—No empieces a leerlo de noche. Yo terminé durmiendo con todas las luces de mi casa encendidas. No sé cómo lo hace.

—Esa es una de las cosas que quiero averiguar.

Bryan asintió. No dudaba que cumpliría su palabra.

—¿Por qué?

—Porque... —Lee terminó su café y tiró el vaso de plástico a la basura— nadie lo ha hecho hasta ahora.

—El síndrome del Everest —rio su compañera.

Lee sonrió, algo raro en ella.

Cualquiera que las viese, diría que eran dos jóvenes atractivas charlando en una moderna oficina. Una mirada más de cerca podría ver el contraste entre ellas. Bryan, en vaqueros y camiseta, estaba completamente relajada. Todo en ella parecía natural, desde las zapatillas de deporte hasta la trenza un poco despeinada. Apenas iba maquillada, quizá un toque de máscara en las pestañas. Seguramente había pensado ponerse colorete o brillo en los labios, pero se le olvidó.

Lee, por otro lado, llevaba un elegante traje de chaqueta azul cielo y los nervios que le daban empuje para no rendirse nunca eran evidentes en el continuo movimiento de sus manos. Llevaba un moderno corte de pelo, de esos que no hace falta peinar, algo tan importante para ella como el estilo. Era de un color entre dorado y cobre. Su piel era delicada, muy blanca, esa piel que para algunas pelirrojas es una pesadilla y para otras una bendición. Se aplicaba el maquillaje con meticulosidad, sin olvidar la sombra azul que pegaba con sus ojos. Tenía unos rasgos delicados, elegantes, en contraste con una boca de labios generosos.

Las dos mujeres tenían estilos bien diferentes y diferentes gustos, pero se hicieron amigas desde el primer día. Aunque a Bryan no siempre le gustaban las tácticas agresivas de Lee y ella no siempre aprobaba la actitud relajada de su amiga, su amistad se había afianzado con los años.

—¿Y cuál es tu plan? —preguntó Bryan.

—Seguir investigando. Tengo un par de contactos en Horizon, su editorial, y espero sacarles

algo —murmuró Lee, martilleando con los dedos sobre la mesa—. Es como si no existiera... ni siquiera he logrado saber dónde vive.

—Yo estoy por creer algunos de los rumores —dijo Bryan, pensativa—. Seguro que vive en una cueva llena de murciélagos y con un par de lobos. Y seguramente escribe los manuscritos originales con sangre.

—Y sacrifica vírgenes cada vez que hay luna llena.

—No me sorprendería. Te digo que ese tío es rarísimo.

—*Grito silencioso* ya está en la lista de *best-sellers*.

—No he dicho que no sea un escritor brillante, he dicho que es raro. Y anoche me acordé de su familia cuando tuve que dormir con todas las luces encendidas.

Impaciente, Lee se levantó para acercarse a la ventana. No estaba mirando el paisaje, la vista de Los Ángeles no le interesaba; sencillamente, tenía que moverse.

—¿Qué clase de persona será? ¿Cómo vive? ¿Está casado? ¿Tiene setenta años o veinticinco? ¿Por qué escribe novelas de terror? —entonces se volvió, impaciente—. ¿Por qué leíste su libro?

—Porque era fascinante —contestó Bryan—. Porque cuando llegué a la página tres ya no podía parar.

—Y tú eres una mujer inteligente.

—Desde luego. ¿Y?

—¿Por qué la gente inteligente lee sus libros? Cuando compras una novela de Hunter Brown sabes que te vas a morir de miedo y, sin embargo, siempre llegan a la lista de *best-sellers* y se traducen a varios idiomas... ¿por qué un hombre inteligente escribe libros así?

Entonces empezó, con un hábito que Bryan conocía bien, a jugar con lo que tenía a mano: las hojas del filodendro, el lápiz, uno de sus pendientes...

—¿No te gusta?

—No lo sé —Lee arrugó el ceño—. Hunter Brown es probablemente el autor que mejor describe. Si habla de una vieja casa, casi puedes oler el polvo. Sus descripciones son tan reales que uno podría jurar que conoce a la gente de la que habla en sus libros. Pero usa su talento para escribir sobre temas sobrenaturales y me gustaría averiguar por qué.

Bryan sacó un caramelo del bolsillo.

—Yo sé de una mujer con una mente muy despierta. Tiene un talento especial para contar cualquier cosa y convertirla en una historia intrigante. Es ambiciosa, tiene un gran talento para la escritura, pero trabaja en una revista y ha dejado una novela a medias en el cajón. Es encantadora, pero no sale con nadie. Y tiene la costumbre de doblar clips mientras habla.

Lee miró el clip que tenía en la mano.

—¿Sabes por qué?

—Llevo tres años intentando averiguarlo —sonrió Bryan—. Pero aún no sé por qué.

Lee tiró el clip a la basura.

—Porque tú no eres periodista.

Como no se le daba bien aceptar consejos, Lee encendió la lámpara de su cuarto, alargó la mano y tomó la última novela de Hunter Brown. Leería un par de capítulos antes de dormir, se dijo.

Acostarse temprano era un lujo después de aquella semana de locos en la redacción de *Celebrity*.

Su dormitorio estaba decorado en tonos marfil, azul pálido y aguamarina, con montones de almohadones, una enorme alfombra turca y una cómoda antigua con una urna llena de hojas de eucalipto. Su última adquisición, un ficus enorme que había colocado al lado de la ventana.

Aquella habitación era el único sitio realmente privado de su vida. Como periodista, Lee aceptaba ser propiedad pública, tanto como la gente a la que entrevistaba. No podía exigir privacidad cuando estaba constantemente indagando en la vida de los demás, pero en aquel rincón podía relajarse por completo, olvidarse del trabajo y de todo. Podía creer que, al otro lado de la ventana, no había una ciudad con millones de habitantes. Sin aquel oasis, sin las horas que pasaba durmiendo o leyendo en su habitación, se volvería loca.

Como se conocía bien, sabía que tenía cierta tendencia a trabajar demasiado, a correr demasiado. En la tranquilidad de su habitación podía recargar las pilas cada noche con objeto de estar preparada para la carrera del día siguiente.

Relajada pues, abrió la novela de Hunter Brown.

Media hora después estaba completamente atrapada. Se habría enfadado con el autor por hacerle perder tiempo si no hubiera estado tan ocupada pasando páginas. Brown ponía a un hombre normal en circunstancias anormales y lo hacía con tal habilidad que Lee inmediatamente sintió pena por el profesor atrapado en un pueblecito con un oscuro secreto.

La prosa parecía flotar y el diálogo era tan natural que casi podía oír sus voces. Brown llenaba el pueblo con tantos detalles reconocibles que podría haber jurado que había estado allí. Sabía que la historia haría que pasara un mal rato en la oscuridad, pero no podía dejar de leer. Esa era la magia de un buen escritor.

Maldiciéndolo, Lee siguió leyendo, tan tensa que cuando sonó el teléfono se le cayó el libro de las manos. Y volvió a maldecir mientras levantaba el auricular.

La irritación por la molestia no duró mucho. Tomando un lápiz, anotó una dirección antes de colgar, con una sonrisa en los labios. Le debía un enorme favor a su contacto en Nueva York, pero se lo pagaría cuando llegase el momento. Por ahora, pensó, pasando una mano por la tapa del libro, tenía que asistir a una conferencia de escritores en Flagstaff, Arizona.

Debía admitir que el paisaje era impresionante. Como era su costumbre, Lee había aprovechado el viaje de Los Ángeles a Phoenix para trabajar, pero cuando tomó el avión que la llevaría a Flagstaff, se olvidó del trabajo. Volaba atravesando las nubes sobre unos campos tan extensos que eran casi imposibles de concebir, acostumbrada como estaba al tráfico y los rascacielos de Los Ángeles. Observaba las montañas, el cañón Oak, sintiendo una emoción rara en una mujer como ella, que pocas veces se dejaba impresionar. Si tuviese más tiempo...

Lee suspiró mientras bajaba del avión. Nunca tenía tiempo para nada.

El diminuto aeropuerto constaba de un simple vestíbulo con una máquina de refrescos y otra de café. Nada de altavoces anunciando la salida o llegada de aviones. Nadie corrió para tomar sus maletas, no había una cola de taxis esperando a los viajeros en la puerta. Con la maleta, el maletín y el portatrajes al hombro, Lee miró alrededor, arrugando el ceño. La paciencia no era una de sus virtudes.

Cansada y hambrienta, se acercó al mostrador.

—Necesito un coche que me lleve a Flagstaff.

El hombre, en mangas de camisa, dejó de apretar teclas en su ordenador y levantó la mirada. Al verla, abrió mucho los ojos. Le recordaba a un camafeo que su abuela se ponía en las ocasiones especiales. Automáticamente, se estiró.

—¿Quiere alquilar un coche?

Lee consideró un momento la idea y luego la desechó. No había ido allí de vacaciones, de modo que alquilar un coche no valdría la pena.

—No, solo necesito un medio de transporte hasta Flagstaff —contestó, dejando el portatrazos sobre la maleta y el maletín en el suelo antes de darle el nombre de su hotel—. ¿Podría venir un coche a buscarme?

—Puede pedirlo por teléfono. Llame desde ahí —le indicó el hombre, señalando la cabina—. En la pared está el número de todos los hoteles de Flagstaff.

—Gracias.

La observó acercarse a la cabina, pensando que debería ser él quien le diera las gracias.

Lee captó el olor a perritos calientes mientras cruzaba el vestíbulo. Y, como había rechazado el almuerzo en el avión, se le hizo la boca agua.

Rápida y eficientemente, marcó el número y dio su nombre. En el hotel le aseguraron que un coche iría a buscarla en menos de veinte minutos. Satisfecha, compró un perrito caliente y se sentó en una silla de plástico.

Iba a conseguir lo que buscaba, se decía a sí misma mientras miraba hacia las montañas. No estaba perdiendo el tiempo. Después de tres frustrantes meses, por fin iba a conocer a Hunter Brown.

Le había hecho falta todo su poder de convicción para persuadir a su jefe de que debía hacer aquel viaje, pero merecería la pena. Tenía que ser así. Apoyándose en el respaldo de la silla, repasó mentalmente las preguntas que iba a hacerle a Hunter Brown cuando lo tuviese acorralado.

Solo necesitaba una hora con él. Sesenta minutos. En ese tiempo conseguiría suficiente información para un artículo en exclusiva. Había hecho lo mismo con el ganador del Oscar de aquel año, que no tenía ganas de hablar, y con un candidato presidencial de actitud hostil. Hunter Brown seguramente sería peor que cualquiera de ellos, pensó Lee, con una sonrisa en los labios. Mejor. Si hubiese querido una vida aburrida y cómoda, se habría casado con Jonathan. En aquel momento estaría planeando una merienda en el jardín y no calculando cómo tenderle una emboscada a un famoso escritor.

Lee estuvo a punto de soltar una carcajada. Meriendas en el jardín, partidas de *bridge*, el club de campo... Eso habría sido perfecto para su familia, pero ella quería más. «¿Más qué?», le había preguntado su madre, y Lee solo pudo contestar: «simplemente, más».

Después de mirar el reloj, ordenó su equipaje al lado del asiento y se dirigió al lavabo. Apenas había cerrado la puerta cuando el objeto de todos sus planes entró en el vestíbulo del aeropuerto.

Hunter no era hombre de buenas acciones y, en todo caso, solo para gente por la que sentía auténtico afecto. Como había llegado al pueblo antes de lo previsto, fue al aeropuerto a buscar a su editora y se acercó al mismo mostrador en el que Lee había estado unos minutos antes.

—¿Ha llegado el vuelo 471?

—Sí, señor. Hace diez minutos.

—¿Ha visto a una mujer? Atractiva, veintitantos años...

—Sí, señor —lo interrumpió el hombre—. Acaba de entrar en el lavabo. Ese es su equipaje —añadió, señalando las cosas de Lee.

De modo que su editora no era de las que viajaban ligeras de equipaje, pensó, al ver la maleta, el maletín y el portatrajes. Pero, claro, ninguna mujer lo hacía. ¿No había llevado Sarah dos maletas para estar tres días en casa de su tía en Phoenix? Le resultaba raro que su niña fuera ya casi una mujer. Quizá no era raro; las niñas se hacían mujeres enseguida, mientras que a los chicos les costaba años dejar de ser niños... si algún día dejaban de serlo. Quizá era por eso por lo que él confiaba más en los hombres.

Lee lo vio cuando salía del lavabo. Estaba de espaldas, de modo que solo podía ver a un hombre alto de pelo oscuro y camiseta blanca. Justo a tiempo, pensó, satisfecha.

—Hola. Soy Lee Radcliffe.

Cuando él se volvió, la sonrisa de Lee quedó como congelada. Al principio, no habría sabido decir por qué. Era atractivo, quizá demasiado atractivo. Su rostro era anguloso, de nariz recta y aristocrática, mientras sus labios parecían esculpidos, como los de un poeta. Su pelo era oscuro e iba despeinado, como si hubiera estado horas conduciendo con el viento en la cara. Pero no era nada de eso lo que hizo que Lee perdiera la voz. Eran sus ojos.

Nunca había visto unos ojos tan oscuros, tan directos, tan... turbadores. Era como si la vieses por dentro. Y en diez segundos lo había visto todo.

Él vio un rostro precioso, pálido, y unos ojos muy abiertos. Vio una boca muy femenina... Y nervios. Vio una barbilla que indicaba testarudez y un cabello corto de color cobre que parecía de seda. Era una mujer aparentemente segura de sí misma, tensa por dentro, que olía como la primavera y parecía una portada del Vogue. Si no hubiera sido por la tensión que emanaba de ella, no habría vuelto a mirarla; pero lo que había bajo la fachada de los demás siempre lo intrigaba.

—¿Sí?

—Pues... —Lee se aclaró la garganta, furiosa consigo misma. No iba a tartamudear por un chófer de hotel—. Si ha venido a buscarme, ese es mi equipaje.

Él levantó una ceja, pero no dijo nada. El error era evidente y habría podido corregirlo de inmediato, pero Hunter siempre había creído más en impulsos que en explicaciones. De modo que tomó la maleta y se colgó el portatrajes al hombro.

—El coche está fuera.

Lee se sintió un poco más segura con el maletín en la mano. Debía de estar cansada del viaje y la falta de sueño... Los hombres no la sorprendían nunca; y, desde luego, nunca la hacían tartamudear. Lo que necesitaba era un buen baño de espuma y algo más sustancioso que un perrito caliente.

El coche al que se había referido no era un coche, sino un Jeep. Seguramente era lo más lógico en aquel sitio, con carreteras de tierra e inviernos helados.

«Se mueve bien», pensó Hunter. «Y viste mejor». También notó que se mordía las uñas.

—¿Es usted de aquí? —preguntó, mientras guardaba la maleta en la parte de atrás.

—No, he venido a la conferencia de escritores.

Hunter abrió la puerta del Jeep y le hizo un gesto para que subiera.

—¿Es usted escritora?

Lee pensó en los dos capítulos de su novela, que había llevado en el maletín por si necesitaba una coartada.

—Sí.

Hunter arrancó y tomó la carretera que llevaba al hotel.

—¿Qué escribe?

Lee decidió probar con él como ensayo antes de enfrentarse con doscientos escritores profesionales.

—Escribo artículos e historias cortas —contestó. Y luego añadió lo que no le había contado a casi nadie—: Y he empezado una novela.

A una velocidad que la sorprendió, pero no la asustó, el hombre entró en la autopista.

—¿Y piensa terminarla?

—Supongo que eso depende de muchas cosas.

—¿Por ejemplo?

Lee suspiró. Aquel era el tipo de pregunta que, seguramente, tendría que contestar durante el fin de semana.

—Por ejemplo, si lo que he escrito hasta ahora es bueno o no.

—¿Suele ir a ese tipo de conferencia?

—No, esta es la primera vez.

Por eso estaba nerviosa, pensó Hunter. Pero intuía que no era todo.

—Espero aprender algo —dijo Lee entonces—. Me apunté en el último momento, cuando supe que Hunter Brown estaría allí.

Hunter arrugó el ceño, pero ella no lo vio porque estaba mirando por la ventanilla.

Había aceptado acudir a la conferencia solo porque no iban a publicitar su asistencia... Ninguno de los escritores sabía que él estaría allí, de modo que ¿cómo se había enterado la pelirroja?

—¿Quién?

—Hunter Brown —repitió ella—. El novelista.

—¿Es bueno?

Sorprendida, Lee se volvió para estudiar su perfil. Era infinitamente más fácil mirarlo cuando sus ojos no estaban clavados en ella.

—¿No ha leído ninguna de sus novelas?

—¿Debería hacerlo?

—Supongo que depende de si le gusta leer con todas las luces encendidas y las puertas cerradas con llave. Escribe novelas de terror.

—¿Vampiros y hombres lobo?

—No es tan simple —contestó Lee—. Es más bien... si hay algo de lo que tenga miedo, Hunter Brown lo pondrá en palabras.

Hunter soltó una carcajada.

—¿Le gusta que la asusten?

—No —contestó ella.

—Entonces, ¿por qué lee esos libros?

—Me pregunté eso mismo el otro día, a las tres de la mañana, mientras terminaba una de sus

novelas —Lee se encogió de hombros—. Es irresistible. Y creo que él debe de ser... alguien especial. Diferente al resto de nosotros.

—¿En serio? —sonrió Hunter, más interesado en ella de lo que le habría gustado admitir—. ¿Escribir no consiste sencillamente en juntar palabras?

—Y en sudor y sangre —dijo Lee—. Pero no creo que sea muy cómodo vivir con una imaginación como la del señor Brown. Me gustaría saber qué dice él.

Divertido, Hunter aparcó frente al hotel y bajó del Jeep.

—Y va a preguntárselo.

—Sí —contestó ella—. Eso es lo que pienso hacer.

Se quedaron un momento en la acera, en silencio. Él la miraba con cierto interés, pero Lee sentía algo más, algo que no debería sentir por un hombre al que acababa de conocer.

Entonces Hunter tomó sus cosas y la precedió hasta la puerta del hotel.

A Lee se le ocurrió pensar entonces que había mantenido una conversación con un chófer y que esa conversación no tuvo nada que ver con Flagstaff ni con el hotel. Mientras lo observaba acercarse al mostrador de recepción, notó en él un aire de confianza, de seguridad... y cierta arrogancia.

¿Qué hacía un hombre como él trabajando de chófer?, se preguntó. Pero no era asunto suyo. Ella tenía cosas más importantes que hacer.

—Lenore Radcliffe —dijo, acercándose al mostrador.

—Ah, sí, señorita Radcliffe.

Lee mostró su identificación y firmó el libro de registro. Pero cuando iba a tomar la llave de la habitación, Hunter se adelantó. Fue entonces cuando se fijó en el extraño anillo que llevaba en el meñique: cuatro bandas de oro y plata, unidas.

—Yo la llevaré —dijo simplemente.

Lee lo siguió por el pasillo y esperó mientras abría la puerta.

La habitación estaba a la altura del jardín y tenía su propio patio. Mientras ella miraba alrededor, Hunter encendió la televisión y comprobó el aire acondicionado.

—Llame a recepción si necesita algo —le aconsejó, guardando el portatrajes en el armario.

—Muy bien —murmuró Lee, abriendo el bolso para sacar un billete de cinco dólares—. Gracias.

Sus ojos se encontraron de nuevo y, de nuevo, sintió esa especie de escalofrío paralizante. Algo se movió en su interior, pero no sabía si ese algo intentaba llegar al hombre o intentaba esconderse. Los dedos que sujetaban el billete temblaron un momento...

Y entonces él sonrió; una sonrisa tan encantadora, tan fácil que Lee se quedó sin palabras.

—Gracias, señorita Radcliffe —dijo Hunter, guardándose el billete en el bolsillo antes de salir de la habitación.

2

Si los escritores eran a menudo considerados seres extraños, una conferencia de escritores, descubrió Lee, era más extraña todavía. Desde luego, no podían ser considerados silenciosos, organizados o serios.

Como los otros doscientos participantes en la conferencia, a las ocho de la mañana estaba en una de las colas para registrarse. Por las risas, los saludos y las bromas, era evidente que la mayoría de los asistentes se conocían. Entre ellos había un aire de simpatía, de conocimientos compartidos y camaradería.

Aun así, más de uno parecía un niño perdido, agarrándose a su maletín como si fuera un salvavidas y mirando alrededor con gesto de confusión. Lee los entendía bien, aunque por fuera pareciese tranquila mientras se colocaba la etiqueta identificativa en la solapa de la chaqueta verde menta.

Concentrándose en la tarea que la había llevado allí, se sentó en una esquina y buscó el horario de la conferencia de Hunter Brown. Con una sonrisa, sacó un rotulador y marcó:

LA CREACIÓN DEL MIEDO A TRAVÉS DE LA ATMÓSFERA Y LA EMOCIÓN

Conferenciante por anunciar

«Bingo», pensó Lee, tapando el rotulador. Buscaría una silla en primera fila. Una mirada a su reloj le dijo que tenía tres horas libres antes de que empezase. Para no arriesgarse, sacó su cuaderno y empezó a revisar las preguntas que llevaba anotadas mientras la gente pasaba a su lado, charlando.

—... si me rechazan otra vez, meto la cabeza en el horno.

—Tu horno es eléctrico, Jerry.

—Lo que cuenta es la intención.

Divertida, Lee empezó a escuchar las conversaciones mientras no dejaba de repasar las preguntas.

—... y cuando me han subido el desayuno esta mañana, había un manuscrito de quinientas páginas bajo la servilleta. Se me ha quitado el apetito.

—Eso no es nada. La semana pasada yo recibí uno en mi despacho escrito en caligrafía. Ciento cincuenta mil palabras ni más ni menos.

«Editores», pensó Lee. Ella podría contarles un par de historias sobre los manuscritos que llegaban a la redacción de *Celebrity*.

—... dice que su editor le ha cortado el primer capítulo por la mitad, así que escribiré el resto de luto.

—Yo siempre me pongo de luto para escribir. Y cuando me rechazan algo me dan ganas de dedicarme a la costura.

—¿Sabes que Jeffries está aquí, intentando vender esa historia sobre una virgen con agorafobia y poderes telequinéticos? Ya podía matar la idea de una vez. ¿Cuándo sacáis el siguiente título de novela negra?

—En agosto. Es un asco.

—Pero hombre... no deberías hablar así de tu trabajo.

Mientras pasaban a su lado, Lee captó una variedad de tonos, algunos sofisticados, otros pomposos. Gestos y conversaciones seguían el mismo patrón. Asombrada, vio a un hombre cruzar el vestíbulo con una larga capa negra.

Definitivamente, un grupo muy raro, pero le caían bien. Ella confinaba sus habilidades a escribir artículos y entrevistas, pero en el fondo de su corazón era una escritora. Se había ganado su puesto en la revista y había construido su mundo alrededor por miedo al rechazo. Por eso su novela seguía en el cajón. En la revista tenía prestigio, seguridad y posibilidades de ascender. El cheque mensual le permitía pagar su apartamento, su ropa y su comida.

Si no fuese tan importante probar que era capaz de ser independiente, podría haberse arriesgado a enviar esos dos primeros capítulos a alguna editorial. Pero entonces... Lee sacudió la cabeza mientras observaba a la gente en la cola. Los atuendos iban desde el traje de chaqueta a la camisa vaquera, pasando por alguna túnica exótica. Distraída, miró el manuscrito que llevaba en el maletín. Solo como tapadera, se recordó a sí misma.

No, no creía ser una gran escritora, pero se consideraba una buena periodista. Y nunca, jamás querría ser una segundona en nada.

Aun así, ya que estaba allí podría ser buena idea asistir a alguno de los seminarios. Además de aprender algo podría aprovechar el viaje para escribir un artículo sobre las curiosidades de una conferencia de escritores. Quién asistía, por qué, qué buscaban, qué hacían... Sí, podría ser un artículo interesante. Su trabajo, después de todo, era lo primero.

Una hora después, más entusiasmada de lo que habría creído después de su primer taller de escritura, Lee entró en la cafetería. Tomaría algo mientras leía sus notas y después iría a buscar un buen asiento para la conferencia de Hunter Brown.

Hunter levantó la mirada del periódico cuando la vio entrar en la cafetería. Lee Radcliffe. Mucho más interesante que las noticias locales que estaba leyendo, desde luego. Había disfrutado de su conversación el día anterior y, en general, él encontraba tediosas las conversaciones. Ella tenía algo, una franqueza innata, cierta sofisticación natural que le parecía intrigante. Un escritor obsesivo que cree que los personajes son la esencia de un relato, Hunter siempre buscaba lo único, lo individual. Y el instinto le decía que Lee Radcliffe era única.

Por su forma de mirar alrededor, parecía nerviosa. El traje era sencillo, pero mostraba estilo y buen gusto por el corte y el color. Era una mujer que podía ponerse ropa sencilla porque había nacido con estilo. Si no se equivocaba, también había nacido en una familia adinerada. Siempre existe una ligera diferencia entre aquellos que están acostumbrados a tener dinero y los que se

han pasado años intentando ganarlo.

Entonces, ¿por qué los nervios? Curioso, decidió que merecía la pena perder un rato para averiguarlo.

Hunter encendió un cigarrillo sin dejar de mirarla, sabiendo que era la forma más rápida de llamar la atención de alguien.

Lee, pensando más en el artículo que iba a escribir que en el café que había entrado a tomar, sintió un escalofrío en la espalda. Fue tan real como para hacer que se volviera... y se encontrase con unos ojos oscuros.

Habían sido sus ojos, pensó. Oscuros, casi negros, parecían arrancarle sus secretos más íntimos. Eran turbadores. Eran... irresistibles.

Asombrada por aquel pensamiento tan absurdo, Lee se acercó. Solo era un hombre, se dijo, un hombre que trabajaba para vivir, como cualquier otro. No había nada de qué asustarse.

—Señorita Radcliffe —sonrió él—. ¿Puedo invitarla a un café?

En circunstancias normales, Lee habría dicho que no pero, por alguna extraña razón, sintió que debía probarle que no tenía miedo.

—Gracias.

Él le hizo un gesto a la camarera, que sirvió los cafés de inmediato.

—¿Está disfrutando de la conferencia?

—Sí —contestó ella, echando el sobrecito de azúcar—. Aunque todo parece muy desorganizado, acabo de asistir a un taller del que he sacado información interesante.

—¿Le gustan las cosas organizadas?

—Es más productivo —respondió Lee.

Aunque él iba vestido un poco mejor que el día anterior, con pantalón de pinzas y camisa azul, no llevaba corbata. Era raro que no llevase uniforme, pensó. Pero aunque le pusieran una chaqueta blanca de camarero, sus ojos seguirían siendo igual de desafiantes.

—Del caos pueden salir muchas cosas fascinantes, ¿no le parece?

—Es posible —contestó ella, sin dejar de mover su café hasta que un pequeño remolino se formó en el centro. Absurdamente, sentía como si se estuviera hundiendo igual que ese remolino. ¿Y por qué, se preguntó, estaba sentada allí, manteniendo aquella charla filosófica con un extraño cuando debería estar tomando notas para su artículo?

—¿Ha encontrado a Hunter Brown? —preguntó él entonces, estudiándola por encima del borde de su taza.

Estaba irritada consigo misma, y ansiosa por ponerse a hacer algo.

—¿Qué? —distráida, Lee levantó la mirada y vio aquellos ojos negros clavados en los suyos.

—Le he preguntado si ha visto a Hunter Brown —sonrió él.

—No —contestó Lee, a la defensiva, aunque no entendía la razón—. ¿Por qué?

—Después de lo que me dijo ayer, sentía curiosidad por saber qué le ha parecido —dijo él, dando una calada a su cigarrillo—. La gente suele tener una imagen preconcebida de los demás, pero casi nunca se corresponde con la realidad.

—Es difícil hacerse una imagen de alguien que se esconde del mundo.

—¿Se esconde?

—Así es. No hay ninguna fotografía de Hunter Brown, ninguna biografía. No da entrevistas, nunca niega ni afirma lo que se dice de él... Y recibe los premios a través de su editora. He oído

que de vez en cuando asiste a conferencias de este tipo, pero solo si no se hace pública su presencia.

Hunter no dejaba de mirarla, observando cada gesto. Parecía frustrada y, mientras su precioso rostro se mantenía sereno, no así sus dedos. Estaría en su próximo libro, decidió. Nunca había conocido a nadie con tanto potencial para ser el protagonista de una historia.

Aquella mirada tan directa la hacía tartamudear, de modo que Lee se concentró en su café.

—¿Por qué me mira así?

—Porque es usted una mujer interesante.

Otro hombre habría dicho que era preciosa, fascinante. Lee habría desechado esos piropos sin pensarlo dos veces.

—¿Por qué?

—Tiene una mente lógica, un estilo innato y... es un manojo de nervios —contestó Hunter—. Siempre me han intrigado los bolsillos, cuanto más profundos mejor. Y me pregunto qué hay en sus bolsillos, señorita Radcliffe.

Lee sintió el escalofrío de nuevo. No era agradable sentarse al lado de un hombre capaz de hacerle sentir escalofríos.

—Tiene usted una forma muy extraña de decir las cosas.

—Eso me han dicho.

Lee se dijo a sí misma que debía marcharse. No tenía sentido perder el tiempo con un hombre al que podía despedir con una propina.

—¿Qué hace en Flagstaff? No parece usted un hombre que se contente con ir y venir del aeropuerto llevando clientes.

—Las primeras impresiones suelen ser equivocadas, ¿verdad? —sonrió él, como había sonreído cuando le dio la propina.

Lee tenía la impresión de que se estaba riendo de ella otra vez. Y, a pesar de todo, le devolvió la sonrisa.

—Es usted un tipo muy raro.

—Eso también me lo han dicho. ¿Quiere cenar conmigo esta noche?

La pregunta no la sorprendió tanto como el hecho de que quisiera aceptar.

—No —dijo, sin embargo—. Creo que no.

—Si cambia de opinión, dígamelo.

Eso sí la sorprendió. La mayoría de los hombres habría insistido. Eso era lo esperado.

—Tengo que irme —dijo, tomando su maletín—. ¿Sabe dónde está la sala Canyon?

Sin dejar de sonreír, él dejó unos billetes sobre la mesa y se levantó.

—La acompaño.

—No es necesario.

—Tengo tiempo. ¿Piensa hacer alguna visita turística mientras está en Flagstaff?

—No creo que tenga tiempo —contestó Lee, observando el monte Humphrey por la ventana—. En cuanto termine la conferencia tengo que volver.

—¿Adónde?

—A Los Ángeles.

—Demasiada gente —dijo Hunter automáticamente—. ¿Nunca tiene la impresión de que están respirando todo su oxígeno?

Ella no lo habría dicho así, ni siquiera lo habría pensado, aunque a veces sentía algo parecido a la claustrofobia. Pero allí estaba su casa y, sobre todo, su trabajo.

—No. Yo creo que hay oxígeno para todos.

—Eso es porque nunca ha estado al pie del cañón Oak, respirando con los brazos abiertos.

Lee lo miró de reojo. Tenía una forma muy gráfica de decir las cosas. Y lamentó no tener un par de días para explorar aquella parte de Arizona.

—Quizá en otra ocasión —se encogió de hombros mientras iban por el pasillo.

—El tiempo es muy traicionero. Cuando lo necesitas no lo tienes. Y cuando te despiertas a las tres de la mañana no sabes qué hacer con él. Es mejor aprovecharlo, señorita Radcliffe. Puede que le viniera bien a sus nervios.

Lee arrugó el ceño, irritada.

—Yo no estoy nerviosa.

—Algunas personas pueden tirar durante semanas gracias a los nervios. Y luego tienen que encontrar una válvula de escape —por primera vez la tocó; rozó su pelo con la punta de los dedos. Pero ella lo sintió como si hubiera estrechado su mano—. ¿Cuál es tu válvula de escape, Lenore?

Ella no se apartó, como habría hecho en otra ocasión. Todo lo contrario. Disfrutó de una sensación que no había experimentado antes. «El trueno y el relámpago», pensó. Había truenos y relámpagos en aquel hombre. Pero no pensaba dejarse atrapar por la tormenta.

—El trabajo —contestó—. No necesito otra válvula de escape. Y nadie me llama Lenore.

—¿No?

Era su mirada, la burla secreta que había en sus ojos, lo que la intrigaba. Y seguramente él lo sabía.

—Pero te pega mucho. Un nombre femenino, elegante, un poco distante... «Y la única palabra que pronunció fue un susurro: Lenore». Sí, creo que Edgard Allan Poe te habría encontrado muy parecida a su heroína.

A Lee se le doblaron las rodillas. Se le doblaron las rodillas, como a una adolescente.

—¿Quién es usted?

¿Sería posible sentirse tan profundamente afectada por alguien cuyo nombre desconocía?

—¿Quién es usted? —repitió, deteniéndose en medio del pasillo.

Él sonrió de nuevo.

—Qué raro que no me lo hayas preguntado antes. Pero será mejor que entres —le aconsejó, cuando la gente empezaba a entrar en la sala Canyon—. Quieres un buen asiento, ¿verdad?

—Sí —contestó ella, asustada por el deseo de saber más sobre aquel hombre.

Con una última mirada, entró en la sala y se sentó en la primera fila. Era hora de volver a concentrarse en su trabajo, pensó. Y su trabajo era Hunter Brown. Distracciones del tipo «hombres incomprensibles que conducen Jeeps para ganarse la vida» debían ser olvidadas por el momento.

Lee sacó de su maletín el cuaderno y dos lápices, uno de los cuales se colocó detrás de la oreja. En unos minutos vería al misterioso Hunter Brown. Podría escucharlo y tomar notas con toda libertad. Después de la charla, le haría varias preguntas y, si se salía con la suya, conseguiría una entrevista privada.

Había pensado mucho sobre la ética de la situación. No le parecía necesario decirle que era

periodista. Ella estaba allí simplemente como aspirante a escritora y tenía su manuscrito para probarlo. Cualquier asistente a la conferencia era libre de escribir e intentar publicar un artículo. Solo si Brown usaba las palabras «*off the record*» se vería obligada a callar. Sin eso, cualquier cosa que dijera era publicable.

Y ese artículo podría ser el siguiente paso importante en su carrera. El primer artículo sobre Hunter Brown, teniendo a Hunter Brown delante. No solo podría conseguir un ascenso en *Celebrity*, sino mucho más. Sería controvertido, interesante, nuevo y, sobre todo, exclusivo. Incluso su crítica familia se quedaría impresionada. Y podría acercarse a una posición directiva, que era su objetivo.

Una vez allí, las horas de trabajo, la dedicación, se verían recompensadas. Pero una vez que llegase allí iba a quedarse. «Arriba», pensó Lee. Tan alto como pudiera llegar.

Al otro lado de la puerta, Hunter hablaba con su editora, escuchando distraído algo sobre una entrevista con un aspirante a escritor. Era uno de sus talentos mantener una conversación perfectamente lúcida cuando tenía la cabeza en otro sitio. De modo que hablaba con su editora y pensaba en Lee Radcliffe.

Sí, definitivamente iba a usarla en su siguiente novela. Ciertamente, solo tenía una vaga idea de la trama, pero ella sería la protagonista. Tenía que saber algo más sobre Lenore Radcliffe para estar satisfecho, pero no creía que eso fuera un problema.

Con toda seguridad, ella se quedaría de piedra cuando lo viera subir al estrado. Primero se sentiría confusa y, después, se pondría furiosa. Pero si realmente deseaba hablar con él, tendría que tragarse el enfado.

«Una mujer fuerte», decidió. «Con una voluntad de hierro». Ojos vulnerables, pero una barbilla fiera. Un carácter lleno de contrastes. Y secretos. Tenía un día y medio para estudiarla, pero pensó que sería suficiente.

El pasillo se llenó de risas mientras la gente iba llenando la sala. Hunter sabía lo que era el entusiasmo del escritor principiante, lo conocía bien. Aunque no lo hiciera por placer, él seguiría escribiendo. No podía evitarlo. Pero se notaría en su trabajo. Las emociones se notaban siempre en el trabajo. Él nunca permitía que los sentimientos interfiriesen con su trabajo, pero lo hacían con o sin permiso.

Hunter lo consideraba un intercambio razonable. Sus emociones, sus pensamientos, estaban allí para cualquiera que quisiera verlos. Su vida, completamente y sin excepciones, le pertenecía solo a él.

La mujer con la que estaba hablando, su editora, tenía su afecto y su respeto. Discutía con ella, se reía con ella y la había ayudado emocionalmente después de su divorcio. Sabía su edad, cuál era su bebida favorita y su debilidad por los dulces. Llevaba tres años siendo su editora, algo muy parecido al matrimonio. Sin embargo, ella no sabía que Hunter tenía una hija de diez años llamada Sarah a quien le gustaba hacer galletas y jugar al fútbol.

El organizador de la conferencia se acercó a ellos entonces. Era un imaginativo escritor de ciencia-ficción al que Hunter leía y disfrutaba. De no ser así no estaría allí, en una de sus raras apariciones públicas para la comunidad de escritores.

—Señor Brown, no tengo que decirle que es un honor para nosotros contar con usted.

—No —sonrió Hunter—. No tiene que hacerlo.

—Habrà una conmoción cuando anuncie su presencia. Pero después de la conferencia, haré

todo lo posible por evitar que las hordas lo acosen.

—No se preocupe, ya me las arreglaré.

El hombre asintió, aunque parecía dudarlo.

—Esta noche habrá una pequeña recepción en mi *suite*. Si le apetece unirse a nosotros...

—Se lo agradezco, pero tengo una cita para cenar.

El organizador de la conferencia era demasiado inteligente como para insistir, sabiendo que estaba a punto de dar un golpe de efecto.

—Si está listo...

—Cuando quiera.

Hunter lo siguió hasta el interior de la sala, que estaba llena hasta la bandera. Frente al estrado había doscientas sillas, todas ocupadas. Las conversaciones bajaron de tono cuando el organizador de la conferencia subió al estrado, pero algunos seguían hablando en voz baja. Hunter oyó a alguien decir que dos editoriales se peleaban por un texto suyo mientras miraba alrededor, buscando a Lee.

Estaba, como había imaginado, sentada en la primera fila, mirando al orador con una amable sonrisa en los labios, pero sus ojos la delataban. Se habían oscurecido y parecían ansiosos. Hunter bajó la mirada hasta sus manos. Estaba apretando el lápiz con fuerza. Un manojo de nervios, la señorita Radcliffe.

Por segunda vez aquel día, Lee sintió unos ojos clavados en su espalda y, por segunda vez, se volvió. Como antes, arrugó el ceño al verlo, aquella vez preguntándose qué hacía él en la sala. Imperturbable, Hunter se apoyó en la pared.

—... su prestigio subió como la espuma tras la publicación de su primer libro, hace cinco años. Desde *La deuda del diablo*, nos ha dado el placer de morirnos de miedo cada vez que abrimos un libro suyo —al oír el título empezaron los murmullos de los asistentes. Hunter seguía mirando a Lee y ella le devolvía la mirada—. Su última novela, *Grito silencioso*, ya está en el número uno de la lista de *best-sellers*. Señoras y señores, es un honor y un privilegio para Flagstaff contar con la presencia de... Hunter Brown.

El efusivo aplauso competía con los murmullos de asombro de doscientas personas mientras Hunter se apartaba de la pared para acercarse al estrado.

Vio entonces que a Lee se le caía el lápiz al suelo y, sin inmutarse, se inclinó para recogerlo.

—Te hará falta —sonrió al ver su expresión de furia.

—Tú eres...

—Sí, pero será mejor que me lo digas más tarde.

Hunter subió al estrado y esperó a que terminasen los aplausos. Entonces miró alrededor y lo hizo con tal intensidad que todos los murmullos cesaron. Durante diez segundos ni siquiera podía escucharse una respiración.

—El terror —dijo, acercándose al micrófono.

Desde la primera palabra y durante cuarenta minutos mantuvo a su audiencia como hipnotizada. Ni un movimiento, ni una tos, ni un bostezo, nada. Con los dientes apretados, Lee decidió que era un tipo despreciable.

Pero, conteniendo el deseo de tirarle el cuaderno a la cara, se mantuvo erguida mientras tomaba notas. Y en el margen del cuaderno dibujó una caricatura de Hunter con una daga clavada en el corazón. Eso le produjo una enorme satisfacción.

Cuando él aceptó contestar preguntas, Lee fue la primera que levantó la mano. Hunter la miró directamente, sonrió... y señaló a alguien que estaba sentado tres filas más atrás.

Por supuesto, contestó a las preguntas profesionales y, con habilidad, evitó toda referencia a su vida personal. No mostraba nerviosismo, ni dudas... ni parecía dispuesto a permitir que ella le preguntase, aunque Lee no había bajado la mano. Pero ella era periodista, se dijo, furiosa. Un periodista no llega a ninguna parte si no se salta el ceremonial.

—Señor Brown...

—Lo siento —la interrumpió él, sin dejar de sonreír—. No hay tiempo para más preguntas. Suerte para todos.

Y después de decir eso bajó del estrado y salió de la sala envuelto en aplausos. Para cuando Lee pudo abrirse paso entre la gente, su furia se había convertido en auténtica cólera.

«Menudo sinvergüenza», pensaba mientras salía al pasillo. «Qué desgraciado». Lee se consideraba a sí misma una persona razonable y lo único que no toleraba era que se riesen de ella.

Pero se vengaría, pensó. Encontraría alguna forma de vengarse de aquel cretino...

Estaba tan furiosa que partió el lápiz por la mitad.

Cuando entraba en el ascensor para volver a su habitación, Hunter entró tras ella.

—¿Subes? —preguntó tranquilamente, pulsando un botón.

Lee sintió que le ardía la cara, pero se tragó la rabia y no dijo nada.

—Has roto el lápiz —observó Hunter, divertido. Y más divertido aún cuando vio su caricatura en el cuaderno—. ¿Te ha gustado la charla?

—Es usted una fuente de información... trivial, señor Brown —contestó ella, mirándolo durante un segundo.

—Si las miradas matasen... —rio Hunter—. Aunque ese dibujo deja claro que te gustaría hacerlo de verdad. ¿Por qué no me clavas un puñal ahora que puedes?

Las puertas del ascensor se abrieron y Lee salió, muy digna. No pensaba mirarlo.

—Se ha reído usted a mi costa. Espero que lo haya pasado bien —replicó, buscando la llave de la habitación en el bolso.

—¿Has perdido la llave?

—No, no he perdido la llave —contestó ella—. ¿Por qué no se va a... a dormir en los laureles?

—Eso siempre me ha parecido muy incómodo. ¿Por qué no me dices lo que piensas, Lenore? Te sentirías mejor.

—¡No me llame Lenore! ¡No tenía derecho a reírse de mí, no tenía derecho a engañarme fingiendo trabajar para el hotel!

—Yo no dije que trabajase para el hotel. Nos encontramos en el aeropuerto, me pediste que te trajera y yo lo hice...

—¡Usted sabía que lo había confundido con un conductor! Estaba al lado de mis cosas...

—El típico caso de identidades mezcladas. Yo pensé que esas maletas eran de mi editora.

—¿Y por qué no me dijo nada?

—Porque no me preguntaste.

—¡Es usted imposible!

—Pero brillante, tú misma lo dijiste ayer.

—Ser capaz de escribir bien es un talento admirable, señor Brown. Pero eso no lo convierte en una persona admirable.

—No, yo tampoco diría eso —sonrió Hunter, apoyándose en la pared.

—Le di una propina de cinco dólares —suspiró Lee.

—Muy generosa.

—Ya, claro. Bueno, espero que lo haya pasado bien —dijo ella, sacando por fin la llave del bolso—. Y ahora le rogaría que no volviese a dirigirme la palabra.

—Pero dijiste que querías hablar conmigo, Lenore. Podemos hablar esta noche, durante la cena.

Lee se volvió para mirarlo.

—Tiene usted una cara increíble.

—¿Las ocho te parece bien?

Le habría gustado decir que no cenaría con él aunque fuese el último hombre del planeta, pero controló su temperamento. Al fin y al cabo, estaba allí para escribir un artículo. Un artículo, además, sobre el que llevaba tres meses investigando. El éxito era más importante que su orgullo. Él le estaba ofreciendo la oportunidad de conseguir lo que buscaba y hacerlo mejor de lo que nunca hubiera esperado. Y así la venganza sería más dulce.

De modo que se tragó el orgullo.

—Muy bien. ¿Dónde quedamos?

Hunter nunca confiaba en algo que resultaba tan fácil. En realidad, confiaba en muy pocas cosas. Lenore iba a ser un reto para él.

—Vendré a buscarte a las ocho. Puedes dejarme tu novela, si quieres. Siento curiosidad por tu trabajo.

—Ah, muy bien —replicó ella, pensando en el artículo.

Lee entró en su habitación y obtuvo el pequeño placer de darle con la puerta en las narices.

3

Seda azul noche. Lee se tomó su tiempo para elegir el vestido adecuado. Aquella era una cena de trabajo.

Lee podía, cuando iba de compras, pasarse horas eligiendo un pañuelo, exactamente lo mismo que si estuviera investigando para un artículo.

Y ahora, después de un serio debate, decidió que ese era el vestido perfecto. La suave seda cayó como una cascada sobre su cuerpo, destacando sus curvas sin marcarlas. Eso le satisfizo. La mujer sería que la miraba desde el espejo era precisamente la imagen que quería proyectar: elegante, sofisticada y un poco distante.

Lee repasó su vida, concentrándose en su carrera... no recordaba ningún incidente en el que alguien le hubiera ganado por la mano. Y Hunter Brown no iba a ganarle, pensó, cepillándose el pelo.

Iba a devolvérsela, aunque solo fuera para borrar aquella sonrisita de sus labios. Nadie se reía de ella, se dijo a sí misma mientras dejaba el cepillo sobre la cómoda con tanta fuerza que casi tiró el frasco de perfume. Jugaría a lo que hiciera falta para salirse con la suya. Cuando el artículo sobre Hunter Brown llegase a los kioscos, habría ganado la batalla. Y tendría la satisfacción de saber que él la había ayudado.

Cuando oyó el golpecito en la puerta miró su reloj. Las ocho en punto. Tendría que anotar eso en su artículo.

Hunter llevaba camisa blanca y chaqueta oscura, sin corbata. Pero muchos hombres con esmoquin no tendrían un aspecto tan elegante como él. Eso era algo que también podría interesar a sus lectores.

—Buenas noches —dijo Lee.

Iba a cerrar la puerta, pero Hunter se lo impidió.

—Estás preciosa. Llevas un vestido de seda y un perfume seductor, pero consigues mantener cierto aire de distancia. Ese es un gran talento.

—No me interesa que me analicen.

—La maldición o la bendición de un escritor —sonrió Hunter—. Depende del punto de vista. ¿Dónde está tu novela?

Lee pensó que se habría olvidado del asunto, pero...

—Pues...

—Tráela. Quiero echarle un vistazo.

—¿Por qué?

—Todo escritor quiere ser leído.

Ella no. Los capítulos que había escrito no estaban pulidos, no eran perfectos. Y, sin ninguna duda, Hunter Brown era la última persona a la que deseaba enseñársela. Pero él estaba esperando, con esos ojos oscuros que parecían analizarla por dentro.

Atrapada, volvió a entrar en la habitación y sacó el manuscrito del maletín.

—No creo que sea fácil leer en el restaurante —murmuró, mientras cerraba la puerta.

—Por eso vamos a cenar en mi *suite*.

Cuando Lee se detuvo, él simplemente tomó su mano y la llevó hasta los ascensores.

—Un momento... no creo haber dado esa impresión...

—Claro que no —sonrió Hunter, acariciando la palma de su mano—. No voy a seducirte, Lenore. Es que no me gustan los sitios llenos de gente. ¿Te gustó la conferencia?

—Voy a conseguir lo que vine a buscar —contestó ella, entrando en el ascensor.

—¿Y qué es lo que has venido a buscar?

—¿Y usted? No suele asistir a conferencias y esta no es precisamente de primer orden.

—Ocasionalmente me gusta estar en contacto con otros escritores —contestó él, cuando se abrían las puertas del ascensor.

—En esta no hay muchos autores que hayan conseguido un éxito como el suyo.

—El éxito no tiene nada que ver con la escritura.

—Eso es fácil de decir cuando se venden millones de libros.

—¿Tú crees? —murmuró él, abriendo la puerta de su *suite* y señalando la ventana—. Deberías disfrutar del paisaje. No verás nada como esto en Los Ángeles.

—Está claro que no le gusta Los Ángeles —dijo Lee entonces. Con un poco de suerte, conseguiría averiguar dónde vivía.

—Los Ángeles tiene sus cosas buenas —sonrió Hunter—. ¿Quieres una copa de vino?

—Sí —contestó ella, acercándose a la ventana. Aquel sitio tan extenso, tan desierto... uno podría caminar durante kilómetros sin ver a nadie, sin oír otra voz—. ¿Suele ir por allí?

—¿Dónde?

—A Los Ángeles.

—No —contestó él, ofreciéndole una copa de vino blanco.

—¿Prefiere la Costa Este?

—Prefiero el sitio en el que estoy en cada momento.

Le gustaban las evasivas, estaba claro. Y también estaba claro que la ponía nerviosa.

—¿Viaja a menudo?

—Solo cuando es necesario.

—¿Y por qué tantos secretos? La mayoría de los escritores de éxito utilizan todo lo que está en su mano para promocionarse.

—No creo que yo tenga muchos secretos. Y tampoco soy como la mayoría de los escritores.

—En sus libros ni siquiera aparece su fotografía.

—Mi cara no tiene nada que ver con mis historias. ¿Te gusta el vino?

—Sí, gracias —contestó Lee—. ¿No le parece que es parte de su profesión satisfacer la curiosidad de los lectores?

—No. Mi profesión son las palabras. Unirlas de forma que entretengan, intriguen y satisfagan a los lectores. Y las historias salen de la imaginación. El narrador de la historia no es nada

comparado con la historia misma.

—¿Modesto? —sonrió Lee, irónica.

—En absoluto —contestó él—. Es una cuestión de prioridades, no de humildad. Si me conocieras mejor, sabrías que tengo muy pocas virtudes.

—¿Cuáles? —preguntó ella, apartando la mirada. Los ojos oscuros de aquel hombre la ponían nerviosa.

—Los vicios son más interesantes que las virtudes. Y, desde luego, más entretenidos. ¿No estás de acuerdo?

—Desde luego, exigen más esfuerzo.

Hunter sonrió, disfrutando de la réplica.

—Tienes una mente muy interesante, Lenore. La ejercitas, claro.

—Por supuesto. No me gusta servir cafés mientras veo ascender a los demás —nada más decirlo, Lee se arrepintió. Estaba allí para entrevistarle a él, no para contarle su vida, se recordó a sí misma.

—Una analogía muy interesante.

Ambiciosa. Sí, lo había notado desde el principio. ¿Qué querría conseguir?, se preguntó. Fuese lo que fuese, parecía dispuesta a hacerlo a costa de lo que fuera necesario. Y de quien fuera necesario.

—¿Te relajas alguna vez?

—¿Perdón?

—Nunca dejas de mover las manos y desde que has entrado en la habitación no has estado dos segundos en el mismo sitio. ¿Te pongo nerviosa?

Lee se dejó caer en el sofá, fingiendo una tranquilidad que no sentía.

—No —contestó, pero su pulso se aceleró cuando él se sentó a su lado.

—¿Y qué te pone nerviosa?

—Los perros pequeños.

Hunter soltó una carcajada.

—Eres muy divertida. Y ese es mi mejor halago.

—Ser divertido no es tan importante.

—¿No? El mundo es triste... peor, tedioso —sonrió él. Sus ojos escondían secretos y eso era lo que más la intrigaba—. Si no podemos divertirnos, solo quedan dos sitios a los que ir: de vuelta a la cueva o al olvido.

—Y usted entretiene asustando.

—¿Cuándo vas a dejar de llamarme de usted?

—Cuando quieras —contestó Lee—. Insisto, tú entretienes asustando.

—Si te asusta el inexplicable horror que pueda haber detrás de la puerta, no piensas en la cita con el dentista o en que se te ha estropeado la lavadora.

—¿Una forma de escape?

Hunter levantó una mano para tocar su pelo. A él le parecía un gesto natural, pero Lee abrió mucho los ojos, como si la hubiera pellizcado.

—No me gusta la palabra «escape».

Lenore Radcliffe era una combinación irresistible, pensó: el pelo de color cobre, casi rojo, los ojos claros, vulnerables, su estilo, los nervios. Sería un personaje fascinante y... una amante

fascinante. Había decidido que fuera lo primero, pero mientras jugaba con su pelo decidió que también podría ser lo segundo.

Ella sintió algo cuando sus miradas se encontraron: determinación, deseo. Y se le quedó la boca seca. No encontraba a menudo a alguien que la asustase. Aunque él no dijo nada, no se movió, Lee se encontró a sí misma luchando contra el miedo... y contra la certeza de que jugase a lo que jugasen Hunter Brown siempre iba a ganarle porque con solo mirarla a los ojos sabría cuál iba a ser su próximo movimiento.

Alguien llamó a la puerta, pero él siguió mirándola durante unos segundos antes de levantarse.

—Me he tomado la libertad de pedir la cena —dijo, tan calmado que Lee se preguntó si habría imaginado el brillo de deseo en sus ojos.

Sí, claro, estaba imaginando cosas. Solo era un hombre; no podía leer sus pensamientos. Y como el juego era suyo y solo ella conocía las reglas, no podía perder.

Hunter había pedido salmón fresco para cenar. Y tenía un aspecto delicioso. Encantada, Lee se sentó a la mesa mientras el camarero cerraba la puerta. Por el momento, ella había contestado más preguntas que Hunter. Era el momento de dar la vuelta a la situación.

—Los consejos que has dado antes sobre escribir cada día aunque se esté bloqueado... ¿vienen de una experiencia personal?

—Todos los escritores se enfrentan con eso alguna vez. Como se enfrentan con la crítica y el rechazo.

—¿Tú te enfrentaste con el rechazo antes del éxito de *La deuda del diablo*?

—Nadie regala nada —contestó él, sirviendo otra copa de vino. Lenore tenía una cara hecha para la luz de las velas, pensó. Y estaba decidido a averiguar qué había detrás de esa fachada elegante y fría.

No se le ocurrió que estaba usándola, aunque había decidido saberlo todo sobre ella. Era el privilegio de los escritores.

—¿Por qué te hiciste escritor?

Hunter levantó una ceja.

—Nací siendo escritor.

Lee comió despacio, planeando cada movimiento para evitar que él se pusiera a la defensiva. No le parecía estar usándolo. Aunque había decidido saberlo todo sobre él. Ese era el privilegio de los periodistas.

—Naciste escritor —repitió—. ¿Tú crees que es tan sencillo? ¿No hay experiencias, circunstancias que te hayan llevado a elegir esa carrera?

—No he dicho que fuera sencillo. Todos nacemos con la posibilidad de elegir, la cuestión es elegir bien. Cada novela es una elección y escribir es para lo que yo he nacido.

—¿Siempre quisiste ser escritor, desde pequeño?

—No, de pequeño quería ser jugador de fútbol.

—¿Fútbol? —repitió ella, incrédula.

—Quería ser una estrella del fútbol, pero tenía que escribir.

Lee se quedó en silencio un momento.

—Entonces, te hiciste escritor sin querer serlo en realidad.

—Yo tomé la decisión —la corrigió Hunter—. Creo que hay mucha gente que nace siendo

artista, pero se muere sin saberlo. Hay libros que no se escriben nunca, cuadros que no se pintan... Los afortunados son los que descubren qué quieren hacer con su vida. Yo podía ser un buen jugador de fútbol o un buen escritor. Si hubiera intentado hacer las dos cosas habría sido mediocre en ambas. Y yo no quiero ser mediocre.

—Varios millones de lectores piensan que tomaste la decisión adecuada —sonrió Lee, olvidando por un momento su fría fachada—. ¿Y por qué novelas de terror? Alguien con tu inteligencia y tu imaginación podría escribir sobre cualquier cosa. ¿Por qué usas tu talento para ese género en particular?

Hunter encendió un cigarrillo y se echó hacia atrás en la silla.

—¿Por qué lees tú ese tipo de novela?

—No las leo. Solo las tuyas.

—¿Por qué las mías?

—Me recomendaron la primera y luego... —Lee vaciló. No quería decirle que se había enganchado desde la primera página—. Me gusta cómo creas la atmósfera de la historia, cómo describes a los personajes... haces que la imposibilidad de las situaciones resulte creíble.

—¿Crees que las situaciones son imposibles?

Lee rio entonces. Una risa sincera, genuina, que le daba una belleza especial, que la hacía accesible.

—No creo en personas poseídas por fuerzas oscuras ni en casas demoníacas.

—¿No eres supersticiosa, Lenore?

—No.

—La mayoría de nosotros lo somos.

—¿Tú lo eres?

—Claro que sí. Incluso me sorprenden las supersticiones en las que no creo. Dicen que hay gente que puede ver el aura de los demás... o la personalidad, si prefieres decirlo así, simplemente con tocarte la mano —dijo Hunter entonces, poniendo la mano sobre la suya. Lee sintió frío sobre su piel, el metal del anillo.

—No lo creo —murmuró, aunque ya no estaba tan segura.

—Tú solo crees en lo que ves, ¿no? Solo en lo que puedes tocar —suspiró él entonces—. Pero no todo se puede entender, Lenore. Y no todo se puede explicar.

—Todo tiene una explicación —replicó Lee, aunque sus palabras, como su pulso, estaban un poco acelerados.

—¿Puedes explicar por qué tu corazón late más rápido cuando te toco? Has dicho que no tenías miedo de mí.

—No tengo miedo.

—Pero tu pulso se ha acelerado —murmuró Hunter, acariciando su muñeca—. ¿Puedes explicar que, sin apenas conocernos, yo quiera tocarte así? —añadió entonces, rozando su cara con el dorso de la mano.

—No —musitó Lee.

—¿Puedes explicar esta atracción entre dos extraños? —preguntó él, acariciando sus labios con un dedo, sintiendo el temblor, preguntándose cómo sabrían.

—La atracción física no es más que química —consiguió decir ella.

—¿Ciencia?

—Claro.

Hunter se levantó entonces, tirando de su mano.

—¿Hay una ecuación para esto? —murmuró, besando su muñeca, haciéndola temblar—. ¿Esto tiene algo que ver con la lógica? —la besaba en la comisura de los labios, suavemente.

—No quiero que me toques así.

—Quieres que te toque —la corrigió él—. Pero no puedes explicártelo. Hay cosas inexplicables, Lenore —la retó, antes de buscar sus labios.

Fue como si una corriente de deseo incendiara sus venas. Se quedó inmóvil entre los brazos del hombre, sintiendo un calor que la recorría entera. Debería haberse apartado, pero era incapaz. Estaba acostumbrada a hacerlo, pero no encontraba fuerzas para negarse.

A pesar de su intensidad, a pesar de la fuerza de su personalidad, el beso era increíblemente suave. No sabía cómo había ocurrido, pero sus brazos estaban alrededor del cuello de Hunter, sus cuerpos apretados. El embriagador sabor del vino seguía en su lengua y Lee lo saboreó. Podía oler la cera de la vela y su propio perfume, confusa, dejándose llevar por aquellas sensaciones nuevas.

Al principio estaba tensa, pero se relajó. Lee Radcliffe no era una mujer que se entregase fácilmente, Hunter lo sabía. Como sabía que no era una mujer a la que se pudiera sorprender fácilmente.

Era muy pequeña a su lado, muy frágil. Y aunque el beso era cada vez más apasionado, aunque su propio deseo empezaba a ser urgente, Hunter siguió besándola con suavidad. Él creía que hacer el amor era una forma de arte y en el arte no hay sitio para las prisas. De modo que lenta, pacientemente, le mostró lo que podía pasar entre ellos.

Lee no encontraba su fuerza de voluntad, pero sí encontró sensaciones que no había experimentado nunca. No había forma de explicarlo... solo podía ser experimentado.

Un deseo como aquel no podía ser contenido. Y era la falta de control lo que la asustaba. Si perdía el control, perdería el propósito y fracasaría. Eso la decidió. Con un murmullo de protesta, se apartó, pero Hunter no la dejó ir.

Más tarde, pensó, cuando estuviera solo, analizaría su reacción. Ahora estaba mucho más interesado en ella, que lo miraba como si hubiera recibido un golpe; pálida, con los ojos oscurecidos.

—Algunas cosas no tienen explicación, aunque se entiendan —dijo en voz baja.

—No te entiendo en absoluto —contestó Lee—. Y me parece que ya no quiero hacerlo.

—Es tu decisión.

—Mañana termina la conferencia y volveré a Los Ángeles. Y tú volverás a... a tu agujero.

—Quizá —dijo Hunter, soltándola. Se había dado cuenta de que si no la soltaba de inmediato, quizá no lo haría nunca—. Hablaremos mañana.

Ella negó con la cabeza.

Hunter no intentó detenerla. Seguía donde estaba cuando la puerta se cerró. No había necesidad de contradecirla; sabía que volverían a hablar. Levantando su copa de vino, tomó los folios que Lenore había olvidado y se dejó caer en un sillón.

4

Rabia. Quizá eso era lo que sentía, pero no estaba segura de contra quién.

Lo que pasó la noche anterior no debería haber pasado, pensó Lee mientras se daba una ducha. Había dejado que Hunter marcara el tono, el ritmo, colocándose en una posición vulnerable. Además de haber perdido una valiosa oportunidad. Y si algo había aprendido en sus años como periodista era precisamente que perder una oportunidad era intolerable.

¿Qué había averiguado sobre Hunter Brown que pudiera ser usado en su artículo? Suficiente como para escribir dos párrafos, nada más.

Había perdido el tiempo porque se portó como una mujer y no como una periodista. En lugar de marcar el paso, fue obedientemente donde él quiso llevarla... perdiéndose la entrevista más importante de su carrera.

Lee se secó el pelo a toda prisa y soltó la toalla para salir del baño.

Diciéndose a sí misma que no sentía más que irritación y rabia, se puso el albornoz y se dejó caer frente a la mesa. Aún tenía tiempo para tomar notas.

Hunter Brown. Lee anotó el nombre y lo subrayó. El problema había sido que no se acercó a él de forma lógica, sistemática. Pero lo haría a partir de aquel momento. Después de todo, lo conocía en persona, había hablado con él, le hizo preguntas, algo que ningún otro periodista había conseguido hasta el momento. Tenía que dejar de regañarse a sí misma y empezar a trabajar, se dijo.

Apariencia: Atípica. Alto, moreno, fibroso, escribió. *Como un corredor de fondo.* Lee cerró los ojos para recordar su rostro: atractivo, con un aire de extraordinaria inteligencia. Su rasgo más interesante: los ojos. Muy oscuros, muy directos... muy turbadores.

¿Esos ojos turbarían a cualquiera? Lee siguió escribiendo: *alto, quizá metro ochenta y cinco. Seguro de sí mismo, manos de artista, boca de poeta.*

Un poco sorprendida por la descripción, Lee continuó con la siguiente categoría:

Personalidad: Enigmática. Arrogante, egoísta. Grosero. Lee dejó el bolígrafo y respiró profundamente antes de volver a escribir. *Un orador electrizante. Perceptivo, frío, pausado, taciturno, burlón, seductor.*

La última palabra había sido un error, descubrió, al recordar el beso, la firmeza de sus manos, el calor de su cuerpo... No, eso no era publicable. Pero debía recordar que era un hombre que se movía con rapidez si le interesaba, un hombre que tomaba lo que quería.

¿Humor? Sí, bajo toda esa intensidad había sentido del humor. Recordaba cada palabra que había dicho sobre su filosofía como escritor. Pero ¿cómo podía traducir algo tan intangible en

unas cuantas frases limpias, pragmáticas? Podría decir que veía su trabajo como una obligación. Una vocación. Pero no era suficiente, pensó, frustrada. Necesitaba usar sus propias palabras, no una traducción de su significado. La triste verdad era que debía hablar de nuevo con él.

Pasándose una mano por el pelo, volvió a leer sus notas. Debería haber llevado las riendas de la conversación desde el principio. Si tenía experiencia en algo era precisamente en dirigir una conversación para conseguir lo que quería. Había entrevistado a personajes mucho más cerrados que Hunter, mucho más hostiles, pero nunca más frustrantes.

Distraída, empezó a golpear la mesa con la punta del bolígrafo. No podía dejarse vencer por la frustración, debía ser productiva y no dejarse seducir por uno de «sus personajes».

Podría haber evitado el beso. No sabía por qué no lo hizo, pero no quería pensar en ello, no quería dejarse llevar otra vez por algo que no pudo controlar. Si quería escribir un buen artículo debía recordar para qué había ido a Flagstaff.

Por ahora, el problema era cómo iba a hablar con él después de haberle dicho que no iba a hacerlo.

Profesionalmente, se dijo a sí misma. Nada personal. Aunque no podía dejar de pensar en el beso, en el calor inusitado de su boca, en la sensación de abandono, de entrega total...

Si lo entendiese mejor, quizá... No. Lee se levantó, tomó el cepillo del pelo y volvió a dejarlo donde estaba. No, entender a Hunter no tenía nada que ver con su deseo por él. Había querido que la tocara y, por razones que no podía entender, eso le interesaba mucho más que su trabajo. No tenía precedente, admitió. Y cuando algo no tiene precedentes, hay que empezar de cero.

Incómoda, levantó la mirada y vio una mujer pálida en el espejo. Parecía demasiado joven, demasiado frágil... Nadie la había visto nunca sin su escudo defensivo, pero ella sabía lo que había bajo aquel aspecto elegante y serio. Miedo. Miedo al fracaso.

Había construido su confianza piedra a piedra, hasta que casi ella misma lo creyó. Pero en momentos como aquel, cuando estaba sola, un poco desanimada, la mujer que había dentro salía al exterior y aparecían todos los miedos, todas las dudas.

Desde que nació había sido entrenada para ser poco más que un adorno atractivo. Amable, bien educada, disciplinada. Era todo lo que su familia esperaba de ella.

¿Qué truco del destino había hecho imposible que se ajustara a ese molde? Desde la infancia supo que quería más, que necesitaba más y, sin embargo, no encontró valor para apartarse del camino que la habría llevado de «señorita de buena familia» a «señora bien» hasta que terminó la carrera.

Cuando le dijo a sus padres que no iba a ser la esposa de Jonathan T. Willoby y que dejaba Palm Springs para irse a vivir a Los Ángeles, estaba temblando por dentro. Fue más tarde cuando se dio cuenta de que había sido precisamente su rígido entrenamiento lo que la ayudó a pasar el trago. Le habían enseñado a permanecer fría, a no levantar la voz, a no mostrar vulgares signos de temperamento. Habló con ellos aparentemente segura de sí misma, cuando la verdad era que le daba pánico dejar la jaula de oro.

Cinco años después el miedo se atemperó, pero no había desaparecido. El deseo de llegar a lo más alto en su profesión era, en parte, la necesidad de probarle a sus padres que no se había equivocado.

«Absurdo», se dijo. Ella no tenía que probarle nada a nadie. Solo a sí misma. Había ido a

Flagstaff para conseguir un artículo y lo conseguiría aunque tuviera que perseguir a Hunter Brown como un perdiguero.

Lee miró su cuaderno de notas. No volvería a distraerla de su propósito, se juró a sí misma. Después de desayunar iría a buscar a Hunter y aquella vez permanecería firmemente al volante.

Cuando oyó el golpecito en la puerta pensó que sería el servicio de habitaciones y abrió sin pensarlo dos veces.

—¿Cómo quieres subsistir si solo tomas café y una tostada?

Antes de que Lee pudiera recuperarse, Hunter entró en la habitación empujando el carrito del desayuno.

—Y una mujer inteligente nunca abre su puerta sin preguntar quién está al otro lado.

Parecía más joven sin maquillaje. La fragilidad que él había intuido era más clara sin la pátina de sofisticación, aunque el albornoz de color zafiro le sentaba bien.

Hunter se excitó al verla y, a la vez, sintió un sorprendente deseo protector. Pero ninguno de esos dos sentimientos le hizo olvidar su enfado.

Lee no pensaba demostrar lo sorprendida que estaba o la turbación que le producía estar a solas con él en su habitación, apenas cubierta por un albornoz.

—Primero un chófer y ahora un camarero. Eres un hombre de muchos talentos, Hunter.

—Yo podría devolverte el cumplido —sonrió él, sirviendo el café—. Y como uno de los requisitos de un buen escritor es ser un buen mentiroso, veo que estás en el camino.

—Te pediría que desayunaras conmigo, pero solo hay una taza —replicó ella—. Aunque puedes tomar una tostada, si te apetece. Y, si no te importa, explícame qué es eso de ser un buen mentiroso.

—Supongo que también es un requisito para un buen periodista.

Lee apretó la taza con las dos manos.

—Los periodistas escriben sobre la realidad, no hacen ficción. Y no recuerdo haberte dicho que fuera periodista.

—No, no me lo habías dicho. Y lo hiciste a propósito.

—No tenía por qué hacerlo —contestó ella, tomando una tostada—. Además, he pagado la cuota de registro en la conferencia, como todo el mundo.

—Y te has hecho pasar por quien no eres.

Lee lo miró a los ojos.

—Aparentemente, los dos nos hemos hecho pasar por quien no somos desde el principio.

—Yo no quería nada de ti. Tú, por otro lado, pensabas tenderme una trampa.

No le gustó nada cómo sonaba eso. Sonaba sucio, cicatero.

—Tengo derecho a estar aquí y tengo derecho a publicar un artículo sobre cualquier faceta de esta conferencia.

—Y yo tengo derecho a mi privacidad y a decidir si quiero hablar con una periodista o no —replicó él.

—No fui yo quien te invitó a cenar —le recordó Lee—. Además, si te hubiera dicho que trabajaba en *Celebrity*, no me habrías dirigido la palabra.

—Eso no lo sabremos nunca —contestó Hunter, con una mirada que casi le dio miedo.

No lo conocía y en sus libros había escenas violentas... ¿Sería capaz de ponerse violento con ella?, se preguntó, intentando controlar la angustia.

—Siento curiosidad por saber cómo te has enterado —dijo entonces, con aparente calma.

Aparente solo, pensó Hunter, conteniendo el deseo de estrangularla. Ser engañado por una mujer era posiblemente lo único que podía enfurecerlo de tal modo.

—¿Por qué?

—Siento interés por ti, Lenore. Anoche... me habría gustado hacer el amor contigo. Me habría gustado ver lo que hay detrás de esa cuidada capa de sofisticación. Y si lo hubiera hecho... te habría visto como te veo ahora: suave, frágil, con los labios húmedos y los ojos oscurecidos.

Lee apretó los labios. No la estaba tocando, pero se le doblaban las rodillas. Su voz era como una caricia...

—Yo no... no tenía ninguna intención de hacer el amor contigo.

—Ya —sonrió él—. Por eso, cuando te fuiste, decidí descubrirte de otra forma.

—No te entiendo.

—Tu novela.

Lee abrió la boca. Su novela. Había olvidado los folios en su *suite*... y ahora, además de asustada, se sentía como una novicia confrontada con el maestro.

—No quería que la leyeras... —empezó a decir—. No tengo aspiraciones como novelista.

—Entonces, además de una mentirosa, eres tonta.

—No soy una mentirosa y tampoco soy tonta —replicó ella, furiosa—. Lo que soy es una excelente periodista. Y quiero escribir un artículo exclusivo sobre ti.

—¿Por qué pierdes el tiempo escribiendo cotilleos cuando tienes que terminar una novela?

Lee se puso rígida.

—Yo no escribo cotilleos.

—Puedes llamarlo como quieras. Puedes escribir con estilo, con inteligencia... pero siguen siendo cotilleos. Y no tienes derecho a trabajar cuarenta horas a la semana en otra cosa que no sea esa novela —le espetó Hunter entonces—. El talento tiene dos caras, Lenore, y la otra cara es la obligación.

—No sé de qué estás hablando. Sé cuáles son mis obligaciones y una de ellas es escribir un artículo sobre ti.

—¿Y tu novela?

—¿Qué pasa con mi novela?

—¿Cuándo piensas terminarla?

¿Terminarla? Nunca debería haberla empezado.

—Eso es un sueño, Hunter.

—Es buena.

—¿Qué?

—Estuve a punto de llamarte anoche para ver si tenías algo más escrito —dijo él, sacando un cigarrillo—. Pero llamé a mi editora. Cuando le di la carpeta reconoció tu nombre... aparentemente, ella también compra *Celebrity*.

—Le diste... —atónita, Lee se dejó caer en una silla—. No tenías derecho a enseñársela a nadie.

—En ese momento creía que eras quien me habías dicho que eras.

—Soy periodista, no escritora. Quiero que le pidas el manuscrito y me lo devuelvas.

Hunter apagó el cigarrillo y, al hacerlo, se fijó en el cuaderno de notas. Leyó un poco por encima y no pudo evitar un gesto de irritación. De modo que intentaba reducirlo a un par de frases...

—¿Por qué iba a hacer eso?

—Porque es mío. No tenías derecho a dárselo a nadie.

—¿De qué tienes miedo, Lenore?

«Del fracaso». Estuvo a punto de decirlo, pero se contuvo a tiempo.

—No tengo miedo de nada. Hago lo que me gusta y pienso seguir haciéndolo. ¿De qué tienes miedo tú? —le espetó Lee—. ¿De qué te escondes?

Cuando Hunter giró la cabeza no le gustó nada el brillo de su mirada. No era rabia lo que vio en sus ojos, sino otra cosa, algo que no podría definir.

—Yo hago lo que sé hacer, Lenore.

Cuando entró en su habitación, solo pensaba decirle lo que pensaba de ella. Pensaba retarla por desperdiciar su talento... pero empezaba a pensar que había una forma mejor de hacerlo y, al mismo tiempo, averiguar algo más sobre ella. No, no había terminado con Lenore Radcliffe.

—¿Escribir ese artículo es muy importante para ti?

Alertada por el cambio de tono, Lee lo estudió, cautelosa.

—Es muy importante, sí. Llevo tres meses investigando sobre ti. Eres uno de los escritores más populares del país...

—Si decido darte la entrevista tendremos que pasar algún tiempo juntos... y en mis condiciones.

Lee oyó una campanita de alarma, pero no le prestó atención.

—Muy bien. Pero decidiremos las condiciones de antemano. Y yo siempre cumplo mi palabra, Hunter.

—No lo dudo. ¿Has escrito algo más?

—¿Cómo?

—Tu novela. ¿Has escrito algún capítulo más?

—Eso no tiene nada que ver con la entrevista —contestó ella. Hunter levantó una ceja y Lee dejó escapar un suspiro—. Unas doscientas páginas.

—Envíaselas a mi editora. Seguro que sabes quién es.

—¿Y qué tiene eso que ver con la entrevista?

—Es una de mis condiciones —contestó él—. La otra es que vengas conmigo...

—¿Ir contigo? ¿Dónde?

—Al cañón Oak.

—¿Qué?

—Voy a estar de acampada en el cañón Oak durante dos semanas. Quiero que vengas conmigo y que lleves el resto de los capítulos.

—¿De acampada? ¿Por qué no podemos hacer la entrevista ahora?

—Esas son mis condiciones. Nos iremos dentro de dos semanas.

—Estás poniéndomelo difícil a propósito.

—Sí —sonrió él—. Pero será tu exclusiva, Lenore.

—Muy bien —replicó Lee—. ¿Dónde nos encontraremos?

—En Sedona. Me pondré en contacto contigo cuando haya decidido la fecha... y cuando mi

editora me diga que ha recibido esas doscientas páginas.

—No entiendo por qué usas eso para chantajearme.

Hunter se acercó a ella entonces y pasó los dedos por su pelo.

—Una de las cosas que debes saber sobre mí es que soy un poco excéntrico. Si la gente aceptase sus excentricidades, podrían justificar cualquier cosa que hicieran. Cualquier cosa —dijo, inclinando la cabeza para besarla.

Sintió que ella se ponía tensa, pero no se apartó. Quizá se estaba probando a sí misma... Pero lo único que Hunter deseaba era llevarla a la cama, quitarle aquel albornoz y hacerla suya. Sería perfecto, lo sabía. Se movería con él, para él, como si siempre hubieran sido amantes. Lo sabía, aunque no podría explicar por qué.

Podía sentir cómo se derretía, sus labios humedeciéndose para él. Estaban solos y el deseo era como lava ardiente. Pero sabía que si hicieran el amor en aquel momento, si saciaban el deseo, no volvería a verla.

Los dos tenían que enfrentarse con sus miedos antes de convertirse en amantes.

Hunter se regaló a sí mismo el placer de un último y largo beso y luego se obligó a recordar que los dos querían algo del otro... secretos e intimidades que cada uno pondría en palabras de diferente forma.

Se apartó entonces y acarició el rostro de Lee.

—Si puedes soportar esas dos semanas en el cañón, tendrás tu artículo.

Después de decir eso, salió de la habitación y cerró la puerta.

—Si puedo soportar esas dos semanas en el cañón... —repitió Lee, sacando un jersey del cajón—. Te lo digo en serio, Bryan, nunca he conocido a nadie que me ponga tan nerviosa.

Una semana después, de vuelta en Los Ángeles, Lee seguía igual de enfadada con Hunter Brown.

Bryan tocó el fino jersey de cachemir.

—¿No tienes otro tipo de ropa, algo que puedas llevar de excursión?

—Yo no sé mucho sobre acampadas.

—Por favor, Lee, lleva unos vaqueros, un chándal, ropa que pueda ensuciarse.

—Los vaqueros que tengo son de diseño.

Su amiga dejó escapar un suspiro.

—Aunque sean de diseño, llévalos. Guarda este jersey en el cajón y compra un par de camisas de franela. Y camisetas... las blusas de seda son para la oficina. Llévate unos pantalones cortos y compra calcetines gruesos. Si tuvieras tiempo, deberías ponerte las botas durante un par de horas al día, porque seguro que te harán daño.

—El dependiente me dijo...

—No les pasa nada; solo que aún no han salido de la caja. Como siempre, te has preocupado más por guardar cuadernos y lápices que ropa adecuada —rio Bryan, tirándose en la cama—. Si no quieres hacer el ridículo, escucha a mamá.

—Ya he hecho el ridículo. Varias veces —suspiró Lee, cerrando el cajón con todas sus fuerzas—. Pero no voy a dejarlo ganar. Aunque tenga que dormir en el suelo y escalar montañas, pienso conseguir ese artículo.

—Si lo intentas, puede que, además, lo pases bien.

—No estoy buscando diversión. Estoy buscando una exclusiva.

—Somos amigas, cariño.

Aunque no era una pregunta sino una afirmación, Lee levantó la mirada.

—Sí. Somos amigas —dijo, sonriendo.

—Entonces dime qué te pasa con ese tío. Querías entrevistar a Hunter Brown y vas a entrevistarlo. ¿Por qué vas en pie de guerra?

—Porque es así como me siento —suspiró Lee—. Me hace desear cosas que... que no quiero desear. Y no hay sitio en mi vida para complicaciones de ese tipo.

—Ya, eso le pasa a todo el mundo —dijo su amiga.

—Yo sé perfectamente adónde voy, adónde quiero ir. Y tengo la impresión de que Hunter es un desvío en el camino.

—A veces un desvío es más interesante que una ruta cuidadosamente planeada. Además, al final llegas al mismo sitio, ¿no?

—Me mira como si supiera lo que estoy pensando —replicó ella, dejándose caer sobre la cama—. Más, como si supiera lo que pensé ayer y anteayer. Resulta muy incómodo.

—Tú nunca has buscado comodidad, siempre has buscado retos. Lo que pasa es que, hasta ahora, no habías encontrado eso en un hombre.

—No quiero eso en un hombre —protestó Lee—. Solo en el trabajo.

—No tienes que ir si no quieres.

—Tengo que ir.

—Pues no lo hagas con los dientes apretados —replicó Bryan—. Esta es una tremenda oportunidad profesional para ti. El cañón Oak es uno de los sitios más bonitos del país y tienes dos semanas para disfrutarlo con un hombre que no te aburre... Chica, disfruta.

—Voy a trabajar, no a buscar flores.

—Aunque te dedicases solo a eso, conseguirías tu artículo.

—Y quiero que Hunter Brown lo pase mal —dijo Lee entonces.

Bryan soltó una carcajada.

—Si eso es lo que quieres... Me daría pena el pobre si no me hubiera provocado pesadillas. Y Lee... —dijo entonces, apretando su mano— si te apetece hacer algo, hazlo. Hazte un regalo.

Ella se quedó en silencio un momento.

—No sé si me haría un regalo o sería una maldición —suspiró, levantándose—. ¿Cuántos pares de calcetines?

—¿Pero es guapa? —Sarah estaba sentada en la alfombra, con una rodilla doblada mientras intentaba valientemente colocarse la otra pierna por encima del cuello—. ¿Guapa de verdad?

Hunter estaba doblando la ropa seca. Sarah le había recordado que era su turno.

—Yo no usaría la palabra «guapa». Guapa es... una niña como tú.

Sarah soltó una risita. Nada le gustaba más que hablar con su padre porque nadie hablaba como él.

—¿Y qué palabra usarías?

Hunter dobló una camiseta.

—Tiene una belleza clásica con la que muchas mujeres no sabrían qué hacer.

—¿Y ella sí sabe qué hacer?

—Sí.

Sarah se tumbó en la alfombra para jugar con el perro. Le gustaba el pelo suave de Santanas, como le gustaba cerrar los ojos y escuchar la voz de su padre.

—Pero intentó engañarte. Y a ti no te gusta que la gente te engañe.

—Ella creía estar haciendo su trabajo.

Sarah levantó la cabeza y lo miró, con esos ojos tan parecidos a los suyos.

—Tú nunca hablas con periodistas.

—No me interesan —contestó Hunter, mostrándole unos vaqueros con un enorme agujero en la rodilla—. ¿Estos no eran los nuevos?

—Más o menos. Entonces, ¿por qué la llevas de acampada contigo?

—Si fueran nuevos no tendrían un agujero en la rodilla —insistió su padre—. Y no la llevo, ella viene conmigo.

Al meter la mano en el bolsillo, sacó un chicle. Y Sarah no debería mascar chicle porque llevaba un aparato en los dientes. La niña miró al techo, claro.

—¿Va contigo porque es periodista o porque tiene una belleza clásica?

Hunter miró hacia abajo y vio que su hija se estaba riendo. Era demasiado lista, demasiado inquisitiva, decidió, mientras le tiraba un par de calcetines.

—Por las dos cosas. Pero sobre todo porque es interesante y tiene talento. Quiero averiguar cosas sobre ella mientras ella averigua cosas sobre mí.

—Yo creo que es buena idea —suspiró Sarah—. La tía Bonnie dice que no sales con mujeres, especialmente con mujeres que son un reto intelectual para ti.

—La tía Bonnie siempre está pensando en casarme.

—A lo mejor esa chica incita una pasión arrebatadora.

Hunter miró a su hija, atónito.

—¿Qué?

—Lo he leído en un libro. Un hombre conoció a una mujer y, al principio, no le gustaba, pero luego sintieron una atracción física que llevó a una pasión arrebatadora.

—Ya, ya entiendo.

Sarah tenía diez años. ¿De dónde había sacado ese libro?

—Deberías saber que las cosas que pasan en los libros no suelen pasar en la vida real.

—La ficción está basada en la realidad —replicó su hija, encantada de devolverle una de sus citas—. Pero antes de que te enamores de ella o tengas demasiada pasión, yo quiero conocerla.

—Lo tendré en cuenta —sonrió Hunter, buscando un calcetín que no aparecía por ninguna parte—. ¿Cómo es esto posible?

—Creo que hay un universo paralelo en la secadora, papá —contestó Sarah, levantándose de la alfombra—. Al otro lado, hay alguien con ese calcetín en la mano.

—Una teoría muy interesante —sonrió su padre, tomándola en brazos mientras Sarah se partía de la risa.

5

Era como en las películas del Oeste. Con el sol en los ojos, Lee casi podía ver a los forajidos escondidos detrás de los cactus y a los indios en pie de guerra. Si dejaba volar su imaginación, casi podía oír las pezuñas de los caballos sobre el polvo.

Las montañas rojas se elevaban hasta el cielo y el paisaje no parecía tener fin. Sobre las rocas veía algo de verde, las hojas de los enebros. El resto eran montañas, paisajes abiertos...

Incluso cuando llegó a la ciudad, las casas y los edificios no podían competir con el paisaje. Los semáforos, los jardines, eran insustanciales.

Le gustó Sedona inmediatamente porque tenía ese sabor del Viejo Oeste. La calle principal estaba llena de tiendas. Lee vio mucha madera, muchas rebajas y pocas prisas. Parecía más un pueblo que una ruidosa ciudad.

Quizá, pensó, solo quizá, iba a pasarlo bien aquellas dos semanas. Como tenía tiempo antes de encontrarse con Hunter, decidió darse un paseo turístico. Tenía casi una hora de vacaciones antes de que empezara el trabajo.

Los collares y pendientes de turquesa que veía en los escaparates le parecían tentadores, pero pasó de largo. Habría muchas oportunidades para algo frívolo después de su pequeña aventura, como recompensa.

Pero el olor a caramelo la llevó hasta una tiendecita donde le aseguraron que hacían los mejores caramelos de café con leche de la ciudad. Lee probó uno y le gustó tanto que compró una bolsa para la excursión. Para animarse, pensó. A saber qué clase de comida tendría que soportar durante aquellas semanas. Hunter le había dicho específicamente que él se encargaría de la intendencia, de modo que los caramelos podrían ser una ración extra.

Los consejos de Bryan le habían sentado bien.

No tenía sentido meterse en aquello pensando que lo iba a pasar fatal, que todo iba a ser un desastre. Y no había nada de malo en vivir el espíritu de la excursión, pensó, entrando en una tienda vaquera. Si veía las siguientes semanas como unas vacaciones de trabajo, le iría mucho mejor, se dijo.

Aunque le echó un vistazo a un cinturón con medallones, decidió que no era su estilo. Ni la falda vaquera. Aunque podría comprar una para Bryan antes de volver a Los Ángeles... A su amiga le quedaba todo bien. Ella nunca se limitaba a ponerse lo que era apropiado o elegante.

¿Era una cuestión de propiedad o de imagen?, se preguntó Lee, acariciando el hombro de una chaqueta de ante. Fuera lo que fuera, ella ya no podía cambiar.

Dejando la pesada mochila en el suelo, se probó un Stetson de color marrón de ala ancha. No,

ella no era tan extravagante. Se probó luego uno negro de ala más corta...

—Te lo has puesto mal.

Antes de que Lee pudiera reaccionar, una mano masculina estaba colocando el sombrero ligeramente caído hacia un lado.

—Sí, así está perfecto —dijo Hunter—. Bonito contraste con tu pelo y el color de tu piel —añadió, tomándola por los hombros para colocarla frente al espejo.

Lee podía ver lo pequeña que era a su lado, lo fuertes que eran sus manos...

—No tengo intención de comprarlo.

—¿Por qué no?

—No lo necesito.

—¿Una mujer que compra solo lo que necesita?

—Ese es el comentario más sexista que he oído en mucho tiempo —replicó Lee, irritada.

—Pero es una pena que no lo compres. Te da cierto aire de seguridad.

Ella se inclinó para tomar su mochila.

—Espero no haberte hecho esperar. Llegué antes de lo previsto y decidí matar el rato.

—Te vi paseando por la calle. Incluso en vaqueros, caminas como si llevaras un traje de chaqueta. ¿Qué sabor has comprado?

—¿Cómo?

—Los caramelos. ¿De qué sabor son?

—De café con leche —contestó Lee.

—Buena elección —sonrió Hunter, tomándola del brazo—. Si estás decidida a no comprar el sombrero, podemos ponernos en camino.

Cuando vio el Jeep aparcado en la puerta de la tienda, Lee hizo un gesto. Era el mismo que había llevado a Flagstaff.

—¿Te has quedado en Arizona esta semana?

—Tenía que solucionar unos asuntos.

—¿Investigación?

—Un escritor siempre está investigando —contestó él. No le contaría, aún, que su investigación sobre Lenore Radcliffe lo había llevado a algunas conclusiones muy intrigantes—. ¿Has traído el resto de tu novela?

—Esa era una de las condiciones, ¿no?

—Así es. ¿Qué te parece Sedona?

—El buen tiempo y el paisaje deben de atraer muchos turistas —contestó ella, subiendo al Jeep.

—Lo mismo puede decirse de Maui o del sur de Francia.

Lee sonrió.

—El paisaje es hermosísimo. Es como si no hubiera cambiado en siglos. Me hace pensar en los que lo vieron por primera vez, montados a caballo o en carreta... Imagino que muchos se enamoraron de inmediato.

Hunter asintió mientras ponía el Jeep en marcha. No conducía despacio, pero sí con el aire de un hombre acostumbrado a controlar cada curva. Lee se agarró al asiento, decidida a no llamarle la atención. Era como ir subida en una montaña rusa: bajaban a toda velocidad, tomaban una curva cerrada, subían para bajar de nuevo...

—¿Sueles ir de acampada? —tenía los nudillos blancos de agarrarse al asiento, pero su voz sonó relativamente tranquila.

—De vez en cuando.

—Siento curiosidad... ¿por qué de acampada? Un hombre como tú podría ir a donde quisiera.

—Y esto es lo que quiero —contestó él.

—Muy bien. ¿Por qué?

—A veces todos necesitamos un poco de simplicidad.

Lee, sin darse cuenta, pisaba el suelo del Jeep como si pudiera controlar el freno.

—¿No es una forma de evitar a la gente?

—Sí —contestó Hunter sencillamente. Ella volvió la cara para mirarlo—. Y también es una forma de alejarme del ordenador. Es imposible olvidarse del trabajo, pero a veces tengo que alejarme de la trampa de ser escritor.

—No te gustan las trampas, ¿eh?

—Aunque a veces sean necesarias —contestó él, enigmáticamente.

Lee seguía mirándolo con gesto de interés. Y eso lo atraía. Lo atraía que hubiese olvidado por un momento su escudo protector. Tanto como su distante y decimonónica belleza.

—¿Cuál es la trampa de ser escritor?

—Estar confinado en una habitación, el ruido del ordenador, el papeleo inevitable que interfiere con la historia...

Curioso, eso era lo que ella necesitaba para mantener la disciplina.

—Si pudieras cambiar algo, ¿qué cambiarías?

Hunter sonrió de nuevo.

—Volvería un par de siglos atrás, cuando uno podía viajar y contar historias sencillamente.

Lee lo creyó. Aunque era famoso y millonario, creyó que lo decía sinceramente.

—Lo demás no significa nada para ti, ¿verdad? ¿La gloria, la admiración?

—¿La admiración de quién?

—De tus lectores, de los críticos.

Hunter salió de la carretera y se detuvo frente a una cabaña.

—Me interesan mis lectores, Lenore.

—Pero no los críticos.

—Tienes una mente muy ordenada —sonrió él, bajando del Jeep.

Era un buen principio, pensó Lee, bajando tras él. En unos minutos le había contado cosas sobre sí mismo que ningún otro periodista sabía, y aún tenían dos semanas por delante. Si pudiera hacer que siguiese hablando... pero debía ir con cuidado. Cuando uno trata con un maestro de la evasión, hay que ser sigiloso. No podía relajarse.

—¿Dónde estamos?

—En la oficina de registro. Pero ya he hecho el papeleo por teléfono —contestó él.

—Ah, ya —murmuró Lee tomando su mochila. Era muy pesada, pero no pensaba aceptar ayuda de Hunter. Aunque, en realidad, no iba a tener oportunidad de rechazarla porque él no parecía dispuesto a ofrecérsela. «Menudo caballero», pensó, irritada por no haber podido

reclamar su independencia. Entonces vio un brillo burlón en sus ojos.

—¿Quieres que lleve la bolsa de los caramelos?

—No, gracias.

Con su mochila al hombro, Hunter tomó un camino entre los árboles. Se movía como si llevara toda la vida en el campo. Aunque Lee se sentía fuera de lugar con aquellas pesadas botas, estaba decidida a seguirlo de cerca.

—¿Has acampado aquí antes?

—Sí.

—¿Por qué?

—Solo tienes que mirar alrededor —contestó él.

Era cierto. Estaban rodeados de montañas y árboles. Como le pasó cuando iba en el avión, Lee pensó en castillos y fortalezas medievales. Pero, de cerca, no sabía si estaba tomando las fortalezas o siendo tragada por ellas.

Tenía calor. A pesar de la sombra de los árboles, el sol golpeaba con fuerza.

Era como un cuadro. Tenía la impresión de estar metida en un lienzo. La sensación era tan rara como irresistible.

—He visto algunas casas. No sabía que viviera gente en el cañón.

—Aparentemente, sí.

Percatándose de que Hunter estaba pensando en otra cosa, Lee permaneció en silencio durante un rato.

La sorprendió que el paseo fuera tan agradable. Durante años, su vida había estado controlada por horarios, fechas de cierre y autoimpuestas demandas. Si alguien le hubiera preguntado dónde le gustaría pasar dos semanas de vacaciones, se habría quedado en blanco. Y, desde luego, un cañón en Arizona habría sido su última elección. Nunca se le ocurrió pensar que las montañas y el aire puro le resultarían tan atractivos.

Entonces oyó una especie de musiquita... el río, pensó. Casi podía oler el agua. Su guía y su proyecto de artículo seguía caminando por delante, a buen paso.

Lee Radcliffe no estaba en su elemento, desde luego, pensó Hunter. Había tardado solo un segundo en percatarse de que, tanto las botas como los vaqueros, eran recién comprados. Incluso la camiseta era de *boutique*. Parecía una modelo posando como excursionista. Olía a un perfume caro, exclusivo. ¿Qué clase de mujer llevaba una mochila... y unos pendientes de zafiro en las orejas?

Mientras respiraba su perfume, Hunter se recordó a sí mismo que tenía dos semanas para enterarse. Lee tomaría notas sobre él y viceversa. Quizá los dos conseguirían lo que querían. O quizá iban a lamentarlo.

La deseaba. Hacía mucho tiempo que no deseaba nada, a nadie, como deseaba a Lee Radcliffe. Había pensado mucho en aquel beso, en su propia respuesta. Durante aquellas dos semanas averiguarían cosas el uno del otro, aunque cada uno tenía un propósito diferente. Pero nada era gratis. Tendrían que pagar un precio.

La tranquilidad del bosque calmaba su espíritu, las paredes del cañón lo relajaban. Lee veía su ferocidad, él su tranquilidad. Quizá cada uno veía lo que quería ver.

El peso de la mochila estaba empezando a agotarla. Ni una vez le había preguntado si quería descansar un poco, ni siquiera se había vuelto para comprobar si lo seguía.

—¿Siempre insultas cuando quieres decir un piropo? —replicó ella.

Hunter se volvió entonces.

—Perdona —sonrió, al ver que una fina capa de sudor cubría su frente—. ¿Voy demasiado rápido? No parece que estés en forma.

—Claro que estoy en forma.

—Ya queda poco. Además, hace un día precioso para dar un paseo —dijo él, sacando la cantimplora—. ¿Quieres agua?

—¿No tienes un vaso?

Hunter tardó un momento en darse cuenta de que lo preguntaba en serio.

—No, lo siento. Lo he dejado en casa, con la vajilla de porcelana.

—Entonces, esperaré.

—Como quieras.

Lo había hecho a propósito, estaba segura. Y, al ver la cantimplora, la sed se hizo insoportable... Genial, estaba deseando publicar el artículo para que todo el mundo supiera que Hunter Brown era un tipo arrogante que se creía un dios.

No la sorprendería nada que estuvieran caminando en círculos, solo para hacerla sufrir. Bryan no se había equivocado sobre las botas, le hacían daño.

Lee había perdido la cuenta de los *campings* que encontraron a su paso, algunos llenos de gente, otros semivacíos. Si aquella era su forma de castigarla por no revelar desde el principio que trabajaba para *Celebrity*, desde luego lo estaba consiguiendo.

Disgustada, exhausta, sedienta y con las piernas temblorosas por la caminata, decidió preguntarle:

—Si tanto te disgustan las mujeres y los periodistas, ¿por qué has querido pasar dos semanas conmigo?

—¿Que me disgustan las mujeres? Mis gustos y disgustos no son tan generales como eso, Lenore. ¿He dado la impresión de que me disgustas?

—Me da igual. Eso es asunto tuyo.

Hunter la miró durante unos segundos sin decir nada.

—¿Sabes que tu boca es tan atractiva en este momento como la primera vez que te vi?

—No me interesa si te resulto atractiva. Quiero que me veas solo como una periodista.

—Muy bien. Enseguida —asintió él.

Y luego inclinó la cabeza para buscar sus labios, como había hecho en el hotel. Suave, tiernamente, casi como si no la besara.

El peso de la mochila pareció desvanecerse. El dolor de sus músculos se convirtió en algo diferente, en una pereza imposible de describir... y Lee abrió los labios, aunque sabía lo que eso podía acarrearle.

Hunter la besó con paciencia, una paciencia que solo él sabía cuánto le costaba. No había esperado que le doliese. Ninguna mujer le había dolido en mucho tiempo. No había esperado que el deseo se convirtiera en un incendio fuera de control. Hunter tuvo una visión de lo que sería

tomarla allí, en medio del bosque, en el suelo, bajo el sol, con las paredes del cañón como los muros de una catedral.

Pero había demasiado miedo en ella. Y quizá también en él. Y tenía la impresión de que aquellas dos semanas podrían cambiar sus vidas.

—Tus labios se derriten bajo los míos, Lenore —murmuró, apartándose—. Es imposible resistirse.

Lee dio un paso atrás.

—No quiero repetirme, Hunter, pero este es un viaje de trabajo. Y si vamos a estar dos semanas juntos, lo mejor será que lo recuerdes.

—Muy bien. Intentaremos seguir tus reglas.

Suspicaaz, pero sin ganas de discutir, Lee siguió caminando. Seguía oyendo el ruido del agua, pero aún no veía el río. El sol se filtraba por entre las ramas de los árboles y el deseo de bañarse empezaba a ser insoportable.

Poco después llegaron a un claro del bosque, donde un círculo hecho con piedras rodeaba una antigua fogata. Lee miró alrededor, incómoda. No había pensado que estarían en un sitio tan remoto.

—Las duchas están a unos metros de aquí —la informó Hunter, quitándose la mochila—. Son bastante primitivas, pero adecuadas. El cubo de basura tiene que estar cerrado siempre o atraerá a los insectos.

—Muy bien.

—¿Tienes buen sentido de la orientación?

Lee dejó caer la mochila, agotada.

—Espero que sí.

—Estupendo. Entonces puedes ir a buscar leña para la hoguera mientras yo monto la tienda.

Irritada por la orden, Lee abrió la boca para protestar, pero no dijo nada. No pensaba quejarse.

—¿Qué tienda?

—La tienda de campaña. ¿O prefieres dormir al raso?

—La tienda —repitió ella—. ¿En singular?

—Una tienda, dos sacos de dormir.

No iba a explotar, no iba a montar una escena. Lee respiró profundamente para calmarse.

—No me parece un arreglo muy adecuado.

Hunter se quedó callado un momento.

—Si quieres dormir al raso, es cosa tuya. Pero cuando decidamos ser amantes...

—¿Cómo dices?

—¿No eres periodista? Pues no deberías tener problemas para compartir una tienda de campaña con tu entrevistado —sonrió Hunter.

Lee se dio la vuelta, indignada. Aquel hombre era sencillamente insoportable.

Hunter la observó alejarse, sonriendo. No pensaba tocarla. Sería ella quien diera el primer paso, se prometió a sí mismo.

Y mientras montaba la tienda, intentó convencerse de que iba a ser así de fácil.

6

«Cuando decidamos ser amantes...».

Esa frase se repetía en su cabeza una y otra vez. ¿Qué habría querido decir? ¿Estaba riéndose de ella?, se preguntó.

Pero no pensaba ceder. Dormiría en el maldito saco de dormir, en la maldita tienda, durante aquellos trece días, sin decir una sola palabra.

Trece. Seguro que también había planeado ese número, pensó. Pero si creía que iba a montar una escena o a dormir fuera de la tienda como una niña enfadada, estaba muy equivocado. Sería escrupulosamente profesional, muy cooperativa y absolutamente asexual.

Antes de que pasaran los trece días, Hunter pensaría que estaba compartiendo tienda de campaña con un robot.

Lee suspiró, mientras buscaba ramas secas. No iba a ser tan fácil. Estaría durmiendo al lado de un hombre. Un hombre muy atractivo e imposiblemente seductor a pesar de todo; un hombre que la cautivaba, que la sorprendía.

Y no sería fácil olvidar que ella era una mujer.

Pero su trabajo consistía en hacerle olvidar que lo era. Un reto. Esa era la mejor forma de verlo: un reto del que tendría que salir airosa.

Llevando un montón de ramas secas, Lee volvió sobre sus pasos. Se sentía sucia, agotada y harta. No era una buena forma de empezar una guerra, se dijo. Daba igual; aunque perdiera un par de asaltos, ganaría la batalla.

La tienda era pequeña, mucho más pequeña de lo que había imaginado. Tanto que tendrían que arrodillarse para entrar. Y tendrían que dormir pegados...

Entonces decidió que dormiría como un tronco. Sin moverse.

El tamaño de la tienda la preocupaba; tanto que no se percató de que Hunter estaba a su lado y, al notar su presencia, tiró la leña, sobresaltada.

—¿Qué haces?

Imperturbable, Hunter levantó una bolsa de plástico con cosméticos y una prenda de seda color melocotón.

—¿Pensabas ir de acampada a Beverly Hills?

—¿Has estado hurgando en mi mochila? —exclamó ella, furiosa, quitándole el camisón de la mano.

—Estaba sacando tus cosas —sonrió Hunter—. La sombra de ojos y el brillo de labios pueden considerarse exceso de equipaje. Pero no tienes que molestarte por mí. Te he visto sin

maquillaje y estás muy guapa.

—Serás idiota... Me da igual lo que pienses de mí —replicó ella, quitándole la bolsa—. Es mi mochila y llevo lo que me da la gana.

—Ya.

—¿Te digo yo a ti lo que tienes que llevar y lo que no?

Hunter dejó escapar un suspiro.

—Me parece que no hemos empezado bien. ¿Firmamos una tregua?

—¿En qué términos?

—Eso es lo que me gusta de ti, Lenore, que no capitulas fácilmente. Una tregua con la menor cantidad posible de interferencias por ambas partes. Un arreglo amistoso. Tú no te quejas de mi café y yo no me quejaré cuando te pongas esa cosa de seda para dormir.

—Pienso dormir con la ropa puesta —replicó Lee.

—Muy bien. Yo no. ¿Hacemos un café?

Unos minutos después había encendido el fuego y estaba calentando agua. Muy bien. No tenía sentido estar enfadada, decidió Lee, sentándose sobre una piedra. La animosidad no la ayudaría a escribir el artículo sobre aquel... aquel hombre insoportable. Estaba jugando con ella, desde luego. Pero lo sabía, de modo que no la pillaba por sorpresa.

Por el momento, él había marcado las reglas, pero eso tenía que terminar.

—¿Vas de acampada para escapar de la presión?

Hunter no la miró porque estaba comprobando su linterna.

—¿Qué presión?

—Supongo que recibirás presiones siendo un escritor de éxito. De tu editora, de tus lectores, fechas de entrega...

—Yo no creo en las fechas de entrega.

Lee levantó una ceja, incrédula.

—¿Tu editora no te pide que le entregues cada libro en una fecha determinada?

—No.

—Pues qué suerte. Pero todo escritor se enfrenta alguna vez con el papel en blanco.

—¿Bloqueo mental? Yo no lo he sufrido nunca.

—Venga ya, Hunter. Incluso los escritores más prestigiosos han pasado por eso. Tiene que haber habido algún momento en tu carrera en el que te hayas encontrado contra la pared.

—Cuando te pasa eso, apartas la pared.

—¿Cómo lo haces?

—Trabajando —contestó él—. Si no crees en algo, si te niegas a creer que existe, deja de existir.

—Ah, claro. Además, tú escribes sobre cosas que no pueden existir.

—¿Por qué no?

Lee lo miró: un hombre alto, atractivo, inteligente. Parecía tan cómodo consigo mismo, tan relajado que, por un momento, le resultó difícil conectarlo con el hombre que escribía historias de terror.

—Porque no hay monstruos bajo la cama.

—Hay monstruos en la vida de todo el mundo —replicó él—. Algunos mejor escondidos que otros.

—Estás diciendo que crees en lo que escribes.

—Un escritor cree siempre en lo que escribe. Si no, no tendría sentido.

—¿Crees en las fuerzas diabólicas?

—Es más acertado decir que no creo en nada. Solo en las posibilidades. No hay límite para las posibilidades, Lenore —contestó Hunter.

¿Era su imaginación o los ojos del hombre se habían oscurecido?

Pero sus ojos eran demasiado oscuros como para saberlo. Si estaba jugando con ella, tendiéndole una trampa, no podría decirlo. Incómoda, decidió cambiar de tema.

—Cuando te sientas a escribir una historia, te pasas horas, días, dándole forma. Como un carpintero haciendo una estantería, por ejemplo.

A Hunter le gustó la analogía.

—Contar una historia es un arte, escribir es un oficio.

Lee sonrió. Eso era justamente lo que estaba buscando: esas citas que le daban una idea del personaje.

—Entonces, ¿te consideras un artista o un artesano?

Hunter sirvió el café en dos tazas de metal y le ofreció una. Le gustaba ver ese brillo de ilusión en los ojos azules. Y descubrió entonces que le gustaba más así. Quería ver ese brillo en sus ojos por él, por el hombre, no por el escritor. Quería que lo deseara, que lo buscara.

Si estuviera escribiendo una novela, no dejaría que esas dos personas cumplieran sus deseos durante algún tiempo, le daría a la historia cierta tensión... Era necesario explicarlos antes, conocerlos.

—Un artista de nacimiento —contestó por fin—. Un artesano por elección.

—Sé que es una pregunta vulgar, pero ¿de dónde sacas las ideas?

—De la vida.

—Hunter, no vas a convencerme de que la trama de *La deuda del diablo* salió de la vida real.

—Si miras la vida, la retuerces un poco y le añades un par de «posibilidades», puedes encontrarte con lo extraordinario —sonrió él.

—¿Hay algo de ti en tus personajes?

—Lo que hace falta.

—¿Basas tus personajes en personas reales?

—De vez en cuando —contestó Hunter—. Cuando encuentro a alguien que me intriga... ¿No te cansas de escribir sobre otra gente cuando en tu cabeza hay un millón de personajes?

—Es mi trabajo —contestó Lee.

—Esa no es una respuesta.

—No estoy aquí para responder a tus preguntas.

—¿Por qué estás aquí, Lenore?

Hunter se había acercado sin que ella se diera cuenta. Estaba sentado a su lado, mirándola con curiosidad.

—Para entrevistar a un autor de éxito.

—Un autor de éxito que te pone nerviosa.

A Lee empezaban a sudarle las manos y tuvo que agarrar el lápiz con fuerza.

—No me pones nerviosa.

—Mientes muy mal, Lenore. Si te tocara ahora mismo, temblarías.

—Me parece que te lo tienes muy creído, Hunter —dijo ella, levantándose.

—Tú haces que te desee y yo te pongo nerviosa. Será una interesante combinación.

No iba a intimidarla, se dijo Lee. No iba a hacerla temblar.

—Cuanto antes recuerdes que estoy aquí trabajando, mejor.

Él dejó escapar un suspiro.

—Muy bien. Y como solo quieres trabajar, podrías echarme una mano con la cena. A partir de mañana, haremos turnos.

Lee no pensaba darle la satisfacción de decir que no sabía cocinar así, en una hoguera. Y tampoco iba a darle la satisfacción de sentirse confundida por sus cambios de humor.

—Primero voy a lavarme un poco.

Hunter la vio alejarse entre los árboles, sin decir nada. Encontraría las duchas tarde o temprano, se dijo. Y las cosas serían mucho más interesantes si ninguno de los dos cedía un palmo.

No estaba seguro, pero unos segundos después le pareció oírla maldecir... Sonriendo, Hunter se apoyó en la piedra y encendió un cigarrillo.

Desorientada y con la espalda dolorida, Lee despertó al olor del café. Enseguida supo dónde estaba, en la tienda de campaña, tan lejos de Hunter como era posible. Y sola. Tardó solo un segundo en percatarse de que él había salido de la tienda. Pero apenas había podido pegar ojo.

La cena resultó agradable porque Hunter estaba de buen humor cuando volvió de las duchas. ¿Amistoso? No, esa no era una palabra que se le pudiera aplicar a Hunter Brown. Pero sí moderadamente agradable, aunque no colaborador. Después de cenar, se puso a leer los nuevos capítulos de su novela mientras ella empezaba lo que iba a ser el diario de la acampada.

La ayudó escribir sobre sus sentimientos y que él estuviera tan concentrado. Horas después, cuando estaban rodeados por una oscuridad total, Hunter apagó la linterna y ella se hizo la dormida. Aunque el sueño no llegó en muchas horas.

En el silencio del bosque, oía su respiración. Tranquila, relajada. Así era Hunter Brown.

La primera noche sería la peor, se dijo, pasándose una mano por el pelo. Y había sobrevivido. La cuestión en aquel momento era ir al baño para asearse un poco y cambiarse de ropa porque, naturalmente, no se había desnudado.

Hunter sabía que estaba despierta. Lo había intuido desde que abrió los ojos. Se levantó antes que ella para hacer café, sabiendo que si le resultó difícil dormir a su lado, le habría resultado imposible despertarse a su lado.

Apenas vio algo más que su pelo asomando por el saco de dormir, pero había deseado tocarlo, apretarse contra ella, despertarla... Aquel día caminaría durante horas, se dijo. Lee podía seguir con su papel de reportera porque contestando a sus preguntas averiguaba cosas sobre ella. Ese era el plan, se recordó a sí mismo, mientras tomaba una segunda taza de café.

—¡El café, señorita Radcliffe! —la llamó.

Mordiéndose la lengua, Lee salió de la tienda. Aquel hombre tenía el oído muy fino.

—Antes quiero darme una ducha.

—Ya te he dicho que no tienes que arreglarte para mí. Me gustas tal y como eres —dijo Hunter, colocando unas lonchas de beicon en la sartén.

—Dormir con la ropa puesta no es precisamente agradable.

—Habrías dormido mejor sin ropa —asintió él—. El desayuno estará listo en diez minutos,

así que date prisa si quieres comer.

Agarrando su bolsa y su dignidad, Lee se alejó entre los árboles.

No entendía cómo podía estar tan animado después de dormir en el suelo. Quizá Bryan tenía razón: aquel hombre era muy raro.

El sitio que había elegido para acampar era precioso, pero dormir en el suelo no era como dormir en una cama. Lee se quitó la ropa y la colgó en la puerta de la ducha, suspirando. Durante las próximas dos semanas tendría que ducharse con agua fría, de modo que ya podría ir acostumbrándose.

¿Estaría casado?, se preguntó entonces. La pregunta era para el artículo, naturalmente. Su estado civil no significaba nada para ella.

Seguramente no, pensó. ¿Qué mujer lo aguantaría? Además, si estuviera casado, su mujer habría ido con ellos de acampada. ¿O sería el tipo de hombre casado que hace lo que quiere?

¿Qué hacía para relajarse? Además de jugar a los *boy-scouts*, claro. ¿Dónde viviría? ¿Dónde había nacido, qué clase de infancia tuvo?

La curiosidad que sentía era puramente profesional... Lee se dio cuenta de que tenía que recordarse eso muy a menudo. Pero necesitaba saberlo todo del hombre para escribir un artículo incisivo. Necesitaba saberlo todo...

Alarmada por sus propios pensamientos, abrió los ojos... y le entró champú. ¡Maldito fuera Hunter Brown! Escribiría un artículo que sería una venganza por lo mal que se lo hacía pasar.

Lee cerró el grifo, alargó la mano como si estuviera en su casa... y recordó entonces que no había llevado una toalla.

Hunter la ponía tan nerviosa con sus dobles sentidos... Empapada y temblando de frío, masculló una maldición. Venganza, pensó, escurriéndose el pelo. Tarde o temprano la tendría.

Metió la mano por debajo de la puerta y sacó una camiseta de su mochila. Aunque se pegaba a su cuerpo empapado, al menos podía salir de la ducha. Una vez fuera, sacó el secador de la mochila y empezó a arreglarse el pelo.

A pesar de él o quizá por su culpa, se maquilló con más cuidado del habitual. Satisfecha, guardó el secador y los cosméticos en la mochila y salió de las duchas oliendo a jazmín.

Hunter respiró su perfume antes de verla y los músculos de su estómago se contrajeron. Tomó otro sorbo de café, pero no le supo a nada.

—¿Te encuentras mejor?

—Me encuentro bien —contestó ella.

Mientras comía un poco de beicon, lo miraba de reojo. Debía de haberse duchado antes porque aún tenía el pelo mojado y olía a jabón. A jabón, no a aftershave porque, por supuesto, no se había afeitado.

—¿Has dormido bien?

—Sí, gracias. ¿Y tú?

—Muy bien —contestó Hunter, encendiendo un cigarrillo.

—¿Llevas mucho tiempo levantado?

—El tiempo suficiente —dijo él, mirando las botas de Lee. Eran completamente nuevas, de modo que seguramente le harían ampollas—. Había pensado que hoy podríamos ir de excursión.

—Muy bien. Me gustaría ver algo del cañón mientras estoy aquí.

Preferiblemente en el Jeep, pensó, tomando la última loncha de beicon. El cliché de que el

campo abría el apetito parecía ser cierto.

Tuvo que lavar los platos con el agua de un bidón de plástico que Hunter debía haber llenado en el río, pero las reglas estaban claras: uno cocinaba y el otro fregaba.

Cuando terminó, él la esperaba, impaciente, con los prismáticos en la mano y la mochila al hombro.

—Voy a llevarme la cámara —dijo Lee—. ¿Volveremos aquí para comer?

—Llevo comida en la mochila —contestó Hunter.

Si llevaba la comida, iba a tener que resignarse a una buena caminata, pensó ella.

—Claro.

—¿Cómo?

—Nos guiaremos por el sol y por las marcas del camino.

—¿Musgo en la corteza de los árboles y cosas así? —preguntó Lee, levantando una ceja.

—Además, tengo una brújula —sonrió Hunter entonces.

—Ya.

No se sentía mucho más tranquila, pero tendría que confiar en él.

Aunque solo eran las nueve de la mañana, ya hacía calor, pero el principio de la excursión fue muy agradable. La brisa les llevaba risas de otros campistas, que parecían estar cerca pero a los que no se veía por ningún lado.

Hunter no parecía muy contento, sin embargo. Todo lo contrario; parecía un hombre con una tarea urgente.

Podría ser un buen momento, pensó Lee, para sacarle la información personal que estaba buscando.

—¿Siempre te ha gustado el campo?

—Me gusta pasear.

—Supongo que fuiste *boy-scout*.

—No.

—Entonces, tu interés por el campo es más bien reciente.

—No.

Lee apretó los dientes. Muy bien. No tenía ganas de hablar.

—¿Solías ir de acampada con tu padre cuando eras pequeño?

—No.

—Entonces, vives en la ciudad.

«Muy lista», pensó Hunter. «Y muy persistente».

—Sí.

Ah, ya tenía algo, pensó ella.

—¿En qué ciudad?

—En Los Ángeles.

Lee se tropezó con una piedra y estuvo a punto de caer de bruces, pero Hunter no se inmutó.

—¿En Los Ángeles? ¿Vives en Los Ángeles y no se ha enterado nadie?

—Crecí en Los Ángeles —suspiró Hunter—. En una zona de la ciudad que seguramente tú no conoces. Lenore Radcliffe, de Palm Springs, ni siquiera sabrá que existe ese barrio.

—¿Y tú cómo sabes que soy de Palm Springs?

—Porque te he investigado... como tú a mí. Estudiaste en UCLA después de pasar tres años

en un prestigioso internado suizo. Tu compromiso con Jonathan Willoby, cirujano, se rompió cuando aceptaste un puesto en *Celebrity*.

—No estuve prometida con Jonathan —replicó Lee—. Además, mi vida no es asunto tuyo. Soy yo quien está escribiendo un artículo, no tú.

—Me gusta saber todo lo posible de la gente con la que me relaciono. Tenemos un acuerdo, ¿no?

—Sí. Y ese acuerdo consiste en que yo te entrevisto y tú lees mi novela. Nada más.

—Yo no hablo con alguien a menos que sepa quién es —replicó Hunter, alargando la mano para tocar su pelo—. Y creo que sé quién eres.

—No lo sabes. Ni tienes por qué saberlo. Pero cuanto más sincero seas conmigo, más honesto será el artículo.

—Estoy siendo sincero contigo, Lenore. Si te lo pusiera más fácil, no estaría siendo yo —sonrió él, sacando la cantimplora—. ¿Quieres?

—No, gracias. ¿Por qué no quieres ponérmelo fácil?

—Porque entonces no me entenderías. Y quizá, por mis propias razones, quiero que me entiendas.

Eso hizo que el corazón de Lee diera un vuelco. La miraba de una forma...

Nerviosa, dio un paso atrás y perdió pie. Hunter la sujetó enseguida, apretándola contra su pecho.

—Mira hacia atrás antes de dar un paso. ¿Quieres matarte o qué?

Lee miró hacia atrás y descubrió que había una pendiente.

—Hemos caminado más de lo que yo esperaba —murmuró, agotada. Se estaba haciendo la fuerte, pero la verdad era que no podía más. Y aquel hombre la sacaba de quicio.

—Tienes que mirar por dónde vas. Siempre mira por dónde vas y sabrás cómo caer —dijo Hunter, acariciando su cara.

Y entonces la besó. Tan inesperadamente como en las otras ocasiones. Pero no con tanta suavidad. Aquella vez sintió toda la fuerza del hombre, apretada como estaba contra su pecho. La pendiente estaba cerca, tras ella, dentro de ella... Lee no sabía cuál de las dos sería peor. Pero sí sabía que cualquiera de las dos podría hacerle daño.

Hunter no había querido besarla, pero teniéndola tan cerca fue un impulso irresistible. Solo sería un beso, se dijo. Y luego esperaría a que Lee diera el primer paso.

Sí, creía conocerla y estaba muy cerca de entenderla. Y, desde luego, la deseaba.

Lenta, muy lentamente, se apartó. Los ojos azules se habían oscurecido, su pulso era más rápido...

—No des un paso atrás a menos que hayas mirado por encima del hombro —le recomendó, intentando disimular su propia turbación—. Y no des un paso adelante hasta que hayas comprobado que el camino es seguro.

Después, se volvió y siguió andando.

Lee tragó saliva. ¿Se refería al camino o a algo completamente diferente?

7

Lee escribió en su diario:

En el octavo día de esta larga y tantas veces interrumpida entrevista, sé más cosas sobre Hunter Brown y entiendo menos. Por turnos, es amable, distante, frío, cordial... Es casi imposible hacerle hablar sobre su vida privada. Pero cuando le pregunto por sus autores favoritos, puede estar hablando durante horas. Aparentemente, no tiene preferencia más que por la palabra. Cuando le pregunto por su familia, sonrío y cambia de tema o me mira intensamente sin decir nada. En cualquier caso, mantiene una capa de misterio sobre sí mismo.

Es seguramente el hombre más eficaz que he conocido nunca. No pierde el tiempo, no gasta energía innecesariamente y, lo que más me molesta, sabe encender una hoguera y montar una tienda de campaña. Sin embargo, parece contento sin hacer nada durante horas.

Es puntilloso y limpio. Parece que solo llevamos en el campamento media hora y no ocho días, pero no se ha afeitado en todo ese tiempo. Su barba debería hacerlo parecer un salvaje, pero tiene un aspecto perfectamente natural. Me pregunto si antes llevaba barba...

Siempre he encontrado una categoría en la que colocar a mis entrevistados. Con Hunter Brown no es posible.

Anoche mantuvimos una acalorada discusión sobre Sylvia Plath y esta mañana lo he encontrado leyendo un tebeo. Cuando le pregunté, me contestó que respetaba todas las formas de literatura. Uno de los problemas con los que me encuentro es que creo lo que me dice, por muy contradictorio que sea. ¿Una falta total de consistencia puede convertir a alguien en consistente?

Es el hombre más complejo, más frustrante y más fascinante que he conocido nunca. Tengo que encontrar la forma de controlar la atracción que siento por él o incluso ponerle un nombre. ¿Es una atracción física? Hunter es muy atractivo. ¿Es una atracción intelectual?

Su mente está llena de recovecos y me cuesta trabajo seguirlo.

En mis años como periodista he tenido que entrevistar a hombres inteligentes, famosos, atractivos y carismáticos. Es un reto, desde luego. Y en este caso me siento como en una silenciosa partida de ajedrez... en la que he perdido a la reina.

Mi mayor miedo en este momento es involucrarme sentimentalmente.

Desde aquel día en el cañón, no me ha tocado. Aún recuerdo exactamente lo que sentí, exactamente los olores que me rodeaban. Es absurdo y ridículamente romántico, pero cierto.

Cada noche dormimos en la misma tienda de campaña, tan cerca que puedo oírlo respirar.

Cada mañana me despierto sola. Afortunadamente, Hunter no me lo está poniendo más difícil y, sin embargo, siento el deseo de que me abrace.

Durante esta semana no he pensado en nada más que en él. Cuanto más sé sobre Hunter Brown, más quiero saber... y ya no tiene nada que ver con el artículo. Nada que ver.

Me he despertado varias veces en medio de la noche, a punto de volverme hacia él. Ahora me pregunto qué habría pasado. Si creyese en los monstruos y los hechizos sobre los que escribe, diría que me ha hechizado. Nunca había sentido algo así por nadie. Nunca había temido a nadie así.

A veces Lee escribía sobre el paisaje y los sentimientos que despertaba en ella. A veces describía las anécdotas del día. Pero sobre todo escribía sobre Hunter. Lo que escribía en su diario no tenía nada que ver con las claras y precisas notas para su artículo.

Lo que no entendía y no escribía ni en las notas ni en su diario era que había perdido el sueño. Y que lo estaba pasando bien.

Aunque Hunter era evasivo sobre su vida personal, estaba reuniendo información. Y ya tenía suficiente como para escribir el mejor artículo que se había escrito sobre el elusivo escritor. Pero quería más, para sus lectores, por supuesto, y para sí misma.

—No creo que ningún pez vaya a dejarse engañar por eso —sonrió Lee, tocando el pecesito de plástico que Hunter había colgado como anzuelo.

—Son miopes —contestó él—. Los peces son miopes.

—No te creo —dijo Lee—. Pero esta vez pienso pescar uno.

—Primero tienes que desenganchar tu caña —rio Hunter, señalando la caña enganchada entre los matorrales de la orilla.

Ni siquiera le ofreció ayuda. Pero después de una semana en su compañía, Lee se había acostumbrado. Y también sabía que si quería competir con él en eso, o en una discusión sobre literatura del siglo XVIII, tenía que ponerse las pilas.

No fue fácil, pero por fin consiguió desenganchar el anzuelo y levantó la caña, triunfante. Hunter no la estaba mirando, pero sabía que la había visto. Lo veía todo, mirase o no. Parecía tener un sexto sentido.

Hunter la vio sonreír por el rabillo del ojo. Lee Radcliffe era una mujer muy inteligente que se tomaba a sí misma demasiado en serio. Sin embargo, bajo esa capa de seriedad había una gran dulzura... que ella intentaba esconder.

Tenía una risa suave, ronca, que no regalaba a menudo. Y él deseaba oírla reír cada día más.

La semana anterior no había sido fácil para ella. Hunter no quería que lo fuese. Se sabe más de la gente cuando se la ve atravesar momentos difíciles que compartiendo una fiesta.

Lee podía, al contrario que mucha gente, sentirse cómoda con el silencio. Y eso le gustaba.

Cuanto menos cuidado ponía él en su apariencia, más meticulosa era ella. Lo divertía verla volver de las duchas cada mañana peinada y maquillada. Pero Hunter se aseguraba de que, al final del día, se hubiera despeinado un poco.

Iban de pesca, a buscar fruta, de excursión... Ocho días después, sus botas ya no parecían nuevas. A menudo, por la noche, la pillaba dándose un masaje en los pies. Cuando estuviera de vuelta en Los Ángeles, en su cómoda oficina, recordaría las dos semanas que pasó en el cañón

Oak, seguro.

Ahora, Lee estaba a la orilla del río, lanzando la caña con gesto de profunda concentración. Le gustaba su innata necesidad de competir y la vulnerabilidad que había bajo esa imagen de seguridad en sí misma. Intentaría pescar, aunque no lo había hecho nunca y por la noche, cuando volvieran al campamento, se pondría en las manos una crema que olía a jazmín...

Como era su turno de cocinar y Hunter sabía que no tenía costumbre, quemaría algo en la hoguera. Pero hasta eso le gustaba. Lee Radcliffe no se rendía, no protestaba nunca.

Seguía interrogándolo y él contestaba o evitaba las respuestas, dependiendo de lo personal que fuera la pregunta. Y luego se ponía a escribir. Se encontraban cómodos el uno con el otro. De hecho, inusualmente cómodos. Lo supiera ella o no, se relajaba mientras escribía en su diario, algo que lo intrigaba, o leyendo las notas para su artículo, que no lo intrigaba nada.

Había esperado conocerla mejor durante aquellos días, sabiendo que, a cambio, tendría que darle cierta información. Pero no había esperado disfrutar tanto de su compañía.

El sol golpeaba con fuerza a aquella hora, pero el cielo estaba encapotado. Seguramente habría tormenta por la noche, pero no pensaba decírselo. Prefería ver cuál era su reacción.

La mañana pasó casi en completo silencio. Hunter pescó un par de truchas, Lee ninguna. No dijo nada, pero vio cómo apretaba los dientes. Él volvería al campamento con dos peces, ella con dolor de espalda.

—Empiezo a preguntarme si has puesto algún tipo de repelente en mi anzuelo.

—¿Quieres usar el mío? —sonrió él, encendiendo un cigarrillo.

—No —contestó Lee—. Se te da bien eso de pescar... para ser un chico que no tiene costumbre de hacerlo.

—Aprendo rápido.

—¿A qué se dedicaba tu padre?

—Vendía zapatos.

—¿Zapatos?

—Así es. Trabajaba en una zapatería y mi madre en una papelería. En los mismos grandes almacenes. ¿Te sorprende?

—Sí —admitió ella—. Un poco. Pensé que tus padres habían sido una influencia en tu carrera. Que se dedicaban a algo... en fin, interesante.

—Antes de vender zapatos, mi padre vendía entradas en un cine. Y antes linóleo, me parece. Era un hombre atrapado por las circunstancias —suspiró Hunter—. Si hubiera nacido rico, seguramente habría sido pintor o poeta. Pero tuvo que conformarse con vender cosas... y con perder su trabajo a menudo porque no estaba hecho para eso.

Aunque lo había dicho con serenidad, Lee intuyó que había amargura en esa historia.

—Hablas de él como si estuviera muerto.

—Así es. Siempre he creído que mi madre murió por trabajar demasiado y mi padre por falta de interés en la vida al perderla.

A Lee se le hizo un nudo en la garganta.

—¿Cuándo los perdiste?

—Cuando tenía dieciocho años. Murieron con seis meses de diferencia.

—Demasiado joven para quedarse solo, ¿no?

Hunter la estudió un momento.

—No sientas compasión por mí, Lenore. Me las arreglé muy bien.

—No lo dudo. Pero aún no eras un hombre. Ni siquiera habías empezado la carrera.

—Trabajé como camarero para pagarme la universidad.

Lee recordó la cartera llena de tarjetas de crédito que ella llevaba a la facultad.

—Supongo que no fue fácil.

—No tenía por qué serlo —murmuró él, apagando el cigarrillo—. Pero cuando terminé la carrera, supe que era escritor.

—¿Y qué pasó entre ese momento y la publicación de tu primer libro?

—Viví, escribí, aprendí... salí de pesca de vez en cuando...

—Supongo que trabajarías para ganarte la vida.

—Escribir, aunque muchos no están de acuerdo, es un trabajo —contestó él.

—No me refiero a eso y lo sabes. Tendrías que ganar dinero de alguna forma. Tu primer libro fue publicado hace seis años, pero antes...

—No era un muerto de hambre, Lenore. Tú debiste de llegar a *Celebrity* cuando publicaron mi primer libro. Podríamos decir que nuestras estrellas brillaron al mismo tiempo.

—Sí, supongo que sí —murmuró ella.

—¿Te gusta trabajar en la revista?

—He trabajado mucho para llegar a donde estoy.

—Esa no es una respuesta.

—Tampoco tú me contestas cuando quiero —sonrió Lee.

—¿Qué estás buscando en *Celebrity*?

—Seguridad. Éxito.

—No tienen por qué ir unidos.

—Pero tú tienes las dos cosas —replicó ella, desafiante.

—Un escritor nunca tiene seguridad —dijo Hunter—. Solo un tonto espera seguridad, además. Por cierto, he leído tus doscientas páginas.

Lee no dijo nada. Sabía que sacaría el tema, pero no esperaba que fuera en ese momento. La brisa movía su pelo y algunas de las piedras a la orilla del río parecían diamantes. Así eran las ilusiones.

—Tienes que terminar la novela —dijo Hunter entonces—. No puedes dejar a todos esos personajes en el limbo.

—No tengo tiempo.

—Por favor...

—Para ti es muy fácil, estando en el pináculo de la fama. Yo trabajo diez horas diarias. A veces más. Si pongo toda mi dedicación en *Celebrity*, es imposible que no llegue a donde quiero llegar.

—Pero tu novela necesita tiempo, Lenore.

No le gustó nada cómo lo dijo, como si no tuviera alternativa.

—Hunter, no he venido aquí para hablar de mí sino de ti. Me halaga que mi novela te parezca interesante, pero tengo que escribir un artículo.

—¿Te halaga? —repitió él—. No es verdad. Te gustaría que nunca la hubiera visto; por eso no quieres hablar de ella. Aunque estuvieras convencida de que merece la pena, seguirías teniendo miedo de terminarla.

Era la verdad, pero Lee apretó los labios.

—Mi trabajo es mi única prioridad. Te guste o no, así es. Y mi novela es asunto mío.

—Sí, es verdad... ha picado uno.

—No quiero... ¿qué?

—Que ha picado uno. Será mejor que tires.

—¿Ha picado? —exclamó Lee, levantándose—. ¡Ha picado! Ay, Dios mío... ¿qué tengo que hacer?

—Tira de la caña hacia arriba con una mano y, con la otra, gira el carrete.

—¿No vas a ayudarme? Hunter, no quiero perderlo. ¡Es la primera vez que pesco algo!

—Es tu pez —sonrió él, observándola con toda tranquilidad.

¿Estaría más contenta si hubiera conseguido una entrevista con el presidente?, se preguntó. Hunter estaba seguro de que no, aunque Lee seguramente le llevaría la contraria. Pero ella no podía verse en aquel momento, con los ojos brillantes, despeinada, las mejillas rojas de emoción. El sol hacía brillar su pelo y la carcajada alegre que dejó escapar cuando consiguió sacar la trucha le hizo sentir un escalofrío.

El deseo se convirtió en algo vivo mientras observaba sus piernas, la curva de su pecho bajo la camiseta...

—¡Hunter, mira! ¡Lo he conseguido!

Era una trucha casi tan grande como las suyas. Hunter estuvo a punto de decirle un piropo, pero decidió que ya parecía suficientemente ufana.

—Tienes que quitarle el anzuelo —le recordó.

—¿Cómo? No quiero tocarla.

—Tienes que tocarla.

Lee se encogió de hombros.

—No puedo. Será mejor que la devuelva al agua.

—Es tu trucha —dijo él.

Estaba claro que no iba a ayudarla. Pero si devolvía la trucha al río, se estaría riendo de ella todo el día. Y eso era intolerable. Apretando los dientes, Lee agarró el pez. Estaba frío y se le resbalaba, pero consiguió quitarle el anzuelo.

—Hala, ya está.

—Muy bien. Esta noche cenaremos estupendamente. Pero habrá que limpiarlas. Y te toca a ti.

—¿A mí? ¿Por qué? —protestó ella.

—Porque es tu turno.

—No pienso limpiarla.

—Pues entonces no cenas —contestó Hunter.

—Tenemos que cambiar las reglas. Solo por hoy —dijo Lee entonces.

Ponía una carita irresistible. Absolutamente irresistible.

—Muy bien. Si yo la limpio, tú tendrás que hacerme un favor.

—Cocinaré dos días seguidos.

—He dicho un favor.

—Muy bien. ¿Qué favor? —suspiró Lee.

—No sé. No se me ocurre nada de momento. Pero ya se me ocurrirá.

—¿Será negociable? —preguntó ella.

—Naturalmente.

—Trato hecho entonces —sonrió Lee—. Voy a lavarme las manos.

No sabía que pescar fuera tan divertido. Y tampoco sabía que fuera tan divertido cocinarlo en la hoguera, sobre una parrilla. Estaba descubriendo muchas cosas.

Por ejemplo, que llevaba ocho días sin mirar el reloj. Si no llevase un diario, seguramente habría perdido la noción del tiempo.

Era cierto que dormir en el saco no resultaba cómodo y que tener que usar unas duchas precarias en medio del bosque no era precisamente un sueño, pero lo estaba pasando bien.

Por primera vez en su vida, los días no estaban controlados de principio a fin. Se levantaba con el sol, dormía cuando estaba cansada y comía cuando tenía hambre. Por el momento, la expresión «fecha de cierre» no existía. Eso era algo que no se había permitido a sí misma desde el día que salió de la casa de sus padres en Palm Springs.

Por mucho que Hunter hiciera que su pulso se acelerase, por mucho que lo deseara, se encontraba a gusto con él. Lee no intentó encontrar la razón; sencillamente era así.

—Huele de maravilla.

—Comimos trucha hace dos días.

—Pero la habías pescado tú —sonrió Lee—. Esta es mía.

Hunter sonrió también.

—La suerte del principiante.

—Si pescar depende de la suerte, tú has tenido mucha.

—Todo depende de la suerte.

—¿Y el destino qué? Has dicho más de una vez que podemos luchar contra el destino, pero no podemos ganarle.

Él levantó una ceja.

—Una cosa va con la otra. Es tu destino estar aquí, conmigo. Y has tenido suerte de pescar una trucha.

—Me parece que retuerces las cosas para que coincidan con tu punto de vista.

—Sí. ¿No lo hace todo el mundo?

—Supongo que sí —contestó Lee, probando su preciada trucha. ¿Algo le había sabido tan rico alguna vez en toda su vida? ¿Le sabría algo igual de bien a partir de entonces?

—Pero no todo el mundo consigue convencer a los demás.

Hunter sonrió, pero no dijo nada.

—Si pudieras cambiar algo de tu vida, ¿qué sería? —preguntó, de repente.

La pregunta pilló a Lee desprevenida.

—Tendría más.

Él, al contrario que sus padres, no le preguntó «¿más qué?». Sencillamente asintió.

—Podríamos decir que tu destino es quererlo y tu suerte conseguirlo o no.

Lee lo observó, en silencio. La luz de la hoguera le daba un aire romántico. Era un hombre imposible de ignorar, imposible de olvidar seguramente. Y se preguntó si lo sabría. Casi le dio la risa. Claro que lo sabía. Demasiado bien.

—¿Y tú? —preguntó—. ¿Qué cambiarías tú?

—Querría más —sonrió Hunter, con una sonrisa que le hizo sentir un cosquilleo.

—Me has contado muchas cosas estos días. Sobre algunos temas, más de lo que esperaba, menos sobre otros. Pero te entendería mejor si me contases qué haces un día normal, por ejemplo.

—En mi vida no existe un día normal.

—Venga... esa es una respuesta evasiva.

—Sí.

—Mi trabajo es ponerte contra las cuerdas.

Hunter levantó la mirada.

—Me gustaría que lo hicieras.

Lee soltó una carcajada. Nerviosa, desde luego. Pero tenía que disimular.

—¿Por qué tengo la impresión de que intentas ponérmelo difícil?

—Eres muy perceptiva —sonrió él, acariciando su pelo—. Y tienes una belleza romántica, una mente ordenada y lógica...

—Hunter...

—Espera, estoy intentando describirte. Veo una mujer ambiciosa, nerviosa, sensual... sin saberlo. Está atrapada, pero no sabe por qué. Ocurren cosas nuevas y cada vez le cuesta más distanciarse. Y hay un hombre. Un hombre al que desea, pero en el que no puede confiar porque no le ofrece las explicaciones que ella espera. Si confiase en él, tendría que darle la espalda a todo lo que cree. Si no lo hace, se quedará sola.

Estaba hablando de ella, para ella. El roce de sus dedos hacía que su corazón se acelerase y su voz le producía un letargo sensual muy peligroso.

—Estás intentando asustarme inventando una trama.

—Estoy inventando una trama —reconoció él—. Que te asuste o no depende de si lo hago bien. Las sombras y las tormentas son lo mío... —como si ese fuera su pie, un trueno retumbó entonces—. Pero todos los escritores necesitan un protagonista. Una piel suave, pálida, un pelo con reflejos de oro. Contra eso tengo la oscuridad, el viento, voces que hablan desde las sombras. La lógica contra lo imposible, contra lo inexplicable.

Lee tragó saliva.

—Supongo que debería sentirme halagada, pero no me apetece ser un personaje en una novela de terror.

—Eso depende del destino, ¿no? Te necesito, Lenore —murmuró Hunter, un segundo después de que el primer relámpago iluminase el cielo—. Para la historia que quiero contar... y más.

—Va a llover... —Lee se levantó a duras penas y Hunter se levantó con ella. El viento movía las hojas, su pelo, su deseo quizá. Apenas había luz. Los truenos retumbaban en el bosque.

Lo que vio en sus ojos casi la asustó. Pero también calentó su sangre. Se quedaron así, mirándose bajo la tormenta mientras el viento golpeaba las ramas de los árboles como un loco furioso.

Quizá la vida estaba hecha de elecciones. Quizá la suerte marcaba la vida de todo el mundo. Pero en aquel momento, Lee sintió que era el destino el que lo dirigía todo. Tenía que acercarse a él, entregarse a él. Y no tenía más capacidad de elección que el personaje que Hunter había

descrito.

Entonces el cielo se abrió y comenzó a llover. La sorpresa hizo que Lee diera un paso atrás. Sin embargo, durante algunos segundos, se quedó inmóvil mientras la lluvia empapaba su cara.

—¡Maldita sea! —exclamó—. ¿Y ahora qué hago?

Hunter sonrió, conteniendo el deseo de tomarla entre sus brazos y besarla hasta que se le doblasen las piernas.

—Vamos a una zona más seca —contestó.

Mojada y confusa, Lee entró en la tienda de campaña. Él la siguió un segundo después. El ruido de la lluvia golpeando la tela hacía que el espacio pareciese aún más pequeño. Y el agua caía por su cuello mientras se inclinaba para quitarse las botas.

—Supongo que esta tormenta no durará mucho.

—No creo que deje de llover en toda la noche —murmuró Hunter, quitándose la camiseta.

—Genial —suspiró Lee. Tendría que dormir con la ropa mojada porque no pensaba cambiarse delante de él.

—Relájate y escucha la lluvia. Es diferente aquí que en la ciudad, suena de otra forma —sonrió Hunter, sacando una toalla—. ¿Puedo?

—¿Qué?

—Secarte el pelo.

—Puedo hacerlo yo, muchas gracias.

Él empezó a secarle el pelo a pesar de sus protestas.

—Fuego líquido. Eso es lo que parece tu pelo ahora.

Estaba tan cerca que podía sentir el calor de su piel. ¿La lluvia golpeaba con más fuerza o sus sentidos estaban más despiertos? Por un momento, le pareció que podía escuchar cada gota cayendo sobre la tienda. Lee sintió como si hubiera estado huyendo de aquel sitio, de aquel preciso momento, durante toda su vida.

—Tienes que afeitarte —murmuró. Sin darse cuenta, había levantado la mano para acariciar su barba—. Esto te esconde. Y ya es difícil conocerte.

—¿Tú crees?

—Sabes que es así.

Un relámpago iluminó el interior de la tienda durante un segundo antes de dejarla de nuevo sumida en la oscuridad.

—Mi trabajo es saber más, enterarme de todo.

—Y es mi derecho contarte solo lo que quiero.

—No vemos las cosas de la misma forma.

—No.

Lee tomó la toalla y, como en sueños, empezó a secarle el pelo.

—No deberíamos hacer esto.

Hunter no sabía que el deseo tuviera garras. Y si no la tocaba, lo desgarraría por dentro.

—¿Por qué?

—Porque somos demasiado diferentes. Tú buscas lo inexplicable, yo lo más lógico. Hunter... Sabía qué iba a pasar, sabía que era absurdo, un error, que seguramente le dolería después.

—No quiero que pase.

Él no la tocó, aunque se estaba volviendo loco.

—Tú decides.

—No —suspiró Lee, dejando caer la toalla—. Quizá ninguno de los dos puede decidir ya. Sabía que no debía hacerlo, sabía que...

Y, sin embargo, enredó los brazos alrededor de su cuello. Sintió la fuerza de sus hombros; una fuerza que le hizo desearlo y temerlo al mismo tiempo.

Hunter la dejó hacer. Aunque el deseo era como un puñal en sus entrañas, dejó que ella marcara el paso. Lee deslizaba los dedos por sus brazos, por su torso... Su rostro parecía más pálido que nunca. De repente, la tienda le pareció demasiado grande. La quería en un sitio más pequeño, un sitio donde no pudieran moverse a menos que lo hicieran juntos.

Lee apenas podía creer que estuviera tocándolo de esa forma. Con cuidado, temiendo romper la intimidad del momento, acercó su boca a la del hombre.

El roce de la barba era un tremendo contraste con la suavidad de sus labios. Con la ternura de sus labios. Eso hizo que se rindiera del todo.

—Hazme el amor, Hunter.

Él se apartó un poco, lo suficiente como para mirarla a los ojos, que eran del color del cielo unas horas antes. Luego tomó su cara entre las manos y la besó con una dulzura que la hizo sentirse como drogada. Tiró de su camiseta mojada, pero no sintió frío porque Hunter la apretó contra su pecho para darle calor. Era tan fuerte, tan sólido, y sin embargo la tocaba como toca un joyero una piedra preciosa. Lo sintió temblar...

Y tenían todo el tiempo del mundo. Podía llover, podría tronar, podría diluviar, les daba igual. Cuando los labios de Hunter rozaron su pecho, ella cerró los ojos. La besaba despacio, moviendo suavemente la lengua sobre el pezón hasta que el deseo fue insoportable.

Cuando Lee intentó desabrochar la cremallera de los vaqueros, él la dejó hacer. Quería estar desnudo a su lado, piel contra piel, sin barreras. En su mente la había tenido desnuda docenas de veces. Su pelo seguía mojado, su piel fragante...

Lee respiraba con dificultad mientras le quitaba los vaqueros. Al verlo desnudo descubrió fuerza, poder y control. Era aquello último lo que debía romper para tener lo que deseaba.

Tocó, acarició, saboreó, disfrutando con sus gemidos ronc... hasta que Hunter le quitó los pantalones. Luego se colocó encima y empezó a besarla por todas partes. Cuando apartó las braguitas con una mano e introdujo la lengua, Lee se sintió transportada a un mundo de sensaciones. Un mundo tan oscuro, tan profundo, tan nuevo para ella...

Hunter la sintió explotar, oyó que pronunciaba su nombre y la avaricia de oírlo de nuevo fue abrumadora. Colocándose encima, contuvo aquel deseo irrefrenable hasta que ella abrió los ojos. Lo miraría cuando llegaran juntos a lo más alto. Se lo había prometido a sí mismo.

Mareada, temblando, frenética, Lee apretó los labios. Parecía invencible.

—¿Qué quieres de mí?

Hunter devoró su boca como respuesta. Por primera vez, el beso fue urgente, casi brutal.

—Todo —contestó por fin, separando sus piernas con la rodilla—. Lo quiero todo, Lenore.

8

El amanecer era claro como el cristal. Lee despertó poco a poco, desnuda, cálida y, por primera vez, cómoda. Y de nuevo sin saber muy bien dónde estaba.

Su cabeza estaba apoyada sobre el hombro de Hunter, el cuerpo girado hacia él como por voluntad propia. Tenía unos recuerdos nebulosos de seguridad, de emoción, de excitación. No recordaba una experiencia como aquella.

Antes de que despertase del todo, respiró la fragancia de la lluvia y recordó.

Era como un sueño, como algo de una fantasía, una escena salida directamente de su imaginación. Nunca se había ofrecido a nadie tan abierta, tan completamente. Nunca nadie la había tentado de esa forma.

¿Debería sentirse contenta ahora que la lluvia había parado y empezaba a amanecer? Las fantasías eran para las horas privadas de la noche, no para la luz del día. Después de todo, no había sido un sueño y no tenía sentido pretender que lo fue. Quizá debería estar enfadada consigo misma por darle exactamente lo que le había pedido: todo.

No podía. No, era más que eso. No quería. Nada, nadie, podría estropear lo que pasó entre ellos esa noche.

Aun así, sería mejor no hacerlo sentirse demasiado «victorioso». Lee lo abrazó, disfrutando de su proximidad. Durante los días siguientes no habría teléfonos, ni ordenadores, ni citas de trabajo, ni horarios. Durante los próximos días estaría a solas con su amante.

Lee levantó la cabeza para mirarlo. A pesar de haber dormido en la misma tienda durante una semana, no lo había visto dormido... La mayoría de la gente tenía un aspecto vulnerable durante el sueño, más inocente quizá. Hunter tenía el mismo aspecto peligroso, igualmente atractivo.

Cierto, esos abrumadores ojos oscuros estaban escondidos, pero saber que podría abrirlos en cualquier momento no le daba un aspecto inocente. Le añadía misterio, eso sí.

Lee se alegraba de que fuera más peligroso que los otros hombres. Y, en cierto sentido, se alegraba de que fuera más difícil. Ella no se enamoraba de lo ordinario, de lo normal, sino de lo único.

«Enamoraba».

Repitió esa palabra en su cabeza una y otra vez. No podía ser. ¿No le había advertido el propio Hunter que comprobase el terreno antes de dar un paso? Y debía hacerlo porque era más que posible caer rodando y acabar rota.

Pero no iba a pensar en eso, se dijo. La acampada terminaría pronto y luego tendría que volver a la realidad de su vida. Eso era, por supuesto, lo que quería.

Lo más inteligente sería vestirse sin hacer ruido... y escribir en su diario. La respiración de Hunter era tranquila y Lee sonrió. Podía hacer todo eso y despertarlo después. Despertarlo era el privilegio de la amante.

Amante. Le extrañaba no sentir sorpresa al pensar en esa palabra. ¿Sería posible que lo hubiera sabido desde el principio? «Cuando decidamos hacernos amantes», había dicho él...

Con cuidado, se apartó y, a gatas, sacó la cabeza de la tienda, pero una mano sujetó su pierna.

—Si vas a salir desnuda, este sitio se llenará de mirones.

—Solo iba a echar un vistazo —murmuró Lee—. Pensé que estabas dormido.

Hunter sonrió, pensando que era la única mujer que podía mantener una imagen digna estando desnuda y a cuatro patas.

—Te has levantado muy temprano.

—Iba a sacar las botas. Están mojadas.

—Muy práctica —rio Hunter, tirando de su pierna hasta que cayó sobre él—. Lo haremos más tarde.

Sin saber si reír o protestar, Lee apartó el flequillo de su frente de un soplo.

—No estoy cansada.

—No tienes que estarlo para tumbarte un rato —dijo él, colocándose encima—. Esto se llama relajación.

—Me parece que esto no tiene nada que ver con la relajación —rio Lee.

—¿No?

Había querido verla así, a la luz del amanecer, despeinada, la piel brillante, los miembros pesados después de una noche de amor. La acarició entonces de arriba abajo, con un gesto posesivo, inesperado.

—Entonces, nos relajaremos más tarde.

Hunter no se cuestionó por qué la deseaba en aquel momento tanto como la había deseado por la noche, como todas las noches. Raramente se cuestionaba sus sentimientos porque confiaba en ellos.

Lee le echó los brazos al cuello, entreabriendo los labios, aparentemente sin cuestionarse nada tampoco.

Piel de porcelana sobre unos pómulos aristocráticos, ojos como el cielo al atardecer y pelo como una mezcla de cobre y oro. Hunter se dio el placer de mirarla despacio.

Era pequeña a su lado, delgada, frágil, pálida. Pero recordó la fuerza que había dentro de ella.

—Siempre me miras como si lo supieras todo sobre mí.

La intensidad de su mirada no disminuyó.

—No lo suficiente —murmuró, besando su hombro.

—Hunter... —quería decirle que nadie le había hecho desear creer en fantasías, en la simplicidad del amor. Pero cuando iba a hacerlo se detuvo. Tenía miedo de que la rechazase, de que se riera de ella. De modo que levantó la mano y acarició su cara—. Bésame otra vez.

Él intuyó que había algo más, algo que necesitaba saber. Pero también entendía que Lee necesitaba su tiempo.

Y la besó. Un beso suave, de seda. Aunque estaban sobre el suelo, Lee lo sintió como un colchón de plumas. Era tan fácil olvidar dónde estaba, era tan fácil olvidar que había un mundo real al otro lado de la tienda de campaña. Deseaba y se sabía deseada. Amaba y...

Lee lo apretó contra su corazón. El momento era lo único que importaba.

Profundo, embriagador, tierno, el beso no parecía terminar nunca.

Incluso una imaginación tan fluida como la de Hunter no había volado nunca tan alto. Era como si Lee se derritiera entre sus brazos.

Y entonces se le ocurrió pensar que él era tan frágil como ella. Sentía sus manos, acariciándolo, buscándolo, y aceptó su propia debilidad.

Solo otra persona tenía ese poder sobre él; el poder de alargar la mano y tomar su corazón.

Ahora había dos. Al día siguiente pensaría en eso, se dijo. Aquel día era para ellos dos solos.

Sin prisas, siguió besándola, murmurando palabras cariñosas. No quería cuestionar sus motivos mientras acariciaba su cara.

—Hueles a lluvia, a primavera —musitó—. ¿Por qué eso me vuelve loco?

Las palabras vibraron en su interior, tan excitantes como una caricia.

—Muéstramelo. Muéstramelo otra vez.

Hunter la amó con tal generosidad... cada caricia era un placer nuevo, cada beso encendía una hoguera.

—Eres pequeña, suave —murmuró Hunter, mordisqueando sus pechos—. No me canso de ti —dijo entonces, metiéndose un pezón en la boca. Lee se arqueó hacia él con un gemido suave.

—Hunter, te necesito...

Él deseaba oír eso con todas sus fuerzas. Intentando entender lo que esas tres palabras habían desatado en su interior, enterró la cara en su pelo. Pero no podía pensar, solo sentir. Solo desear.

—Me tienes.

Los movimientos de Lee se hicieron más frenéticos, pero no se daba cuenta. Solo sabía que necesitaba sentir el roce de su piel. La ternura enseguida se convirtió en pasión; una pasión cegadora.

Hunter sentía como si estuviera dando vueltas y vueltas en un mundo que ambos habían creado. Una y otra vez la llevó hasta el final y una y otra vez, Lee le pedía más. Y más.

Y él pensaba dárselo. Avaricia. Nunca había sentido tal avaricia por una mujer. Con el corazón latiendo en su garganta, la colocó sobre él y abrió sus piernas. Sus gemidos de placer le provocaban escalofríos.

Lee recordaba los truenos, los relámpagos de la noche anterior. Pero ninguno de ellos había tenido aquella fuerza, aquel ardor. Cuando rompió la tormenta estaba pegada a Hunter, como ahora.

Minutos, horas, días. Lee no podía medir el tiempo. Gradualmente, los latidos de su corazón volvieron a la normalidad. Estaba tan pegada a Hunter que podía sentir los latidos del suyo.

—Una pena haber perdido una semana —murmuró él, sin abrir los ojos.

—¿Perdido?

—Si hubiéramos empezado así, habría dormido mucho mejor.

—¿De verdad? ¿No podías dormir?

—No suelo levantarme al amanecer. A menos que sea para escribir.

—¿En serio? —sonrió Lee, trazando sus labios con un dedo.

—Insistes en ponerte ese perfume que me vuelve loco...

—Es un perfume muy sutil.

—Sutil —repitió él—. Sí, como un martillazo en la cabeza.

Lee soltó una carcajada.

—Fuiste tú quien insistió en que compartiéramos una tienda de campaña.

—¿Que yo insistí? Te dije que podrías dormir al raso.

—Pero sabías que no iba a hacerlo.

—Cierto, pero no esperaba que te resistieras durante tanto tiempo.

—¿Resistirme? —repitió ella—. ¿Estás diciendo que habías planeado esto?

Sonriendo, Hunter apoyó la cabeza en una mano para mirarla. No recordaba haberse sentido tan limpio, tan completo.

—Y ha funcionado.

—¿Ah, sí? Muy típico —dijo Lee entonces, haciéndose la insultada—. Me sorprende que aquí haya sitio para los dos... y para tu enorme ego.

—Y para tu terquedad.

Ella se incorporó entonces, las cejas desapareciendo bajo el flequillo.

—Supongo que pensaste que yo... que simplemente caería rendida a tus pies.

Hunter lo consideró un momento, mientras se daba el placer de memorizar cada línea de su cuerpo.

—Habría estado muy bien, pero supuse que habría un par de giros inesperados.

—¿No me digas? Pues seguro que se nos pueden ocurrir algunos más. Empezando ahora mismo —replicó Lee, tomando su camiseta.

Cuando iba a ponérsela, Hunter tiró de ella y la colocó de nuevo sobre su pecho.

—¿Adónde vas?

—Te crees muy listo, ¿no?

—Sí.

—Idiota —rio Lee.

—Bueno, pero un idiota hambriento.

—Ya que parecemos tener esto tan claro, ¿no podríamos terminar la semana en un buen hotel? —preguntó ella, mientras se ponía los vaqueros.

—¿Un hotel? ¿No me digas que tienes problemas con el campo, Lenore?

—Yo no diría que tengo problemas, pero sí ciertas fantasías sobre una bañera, una cama blanda... fantasías maravillosas, por cierto.

—La acampada requiere cierto aguante. Pero si has llegado al límite, podemos...

—No he dicho que quiera tirar la toalla —lo interrumpió Lee—. Seguiremos aquí el tiempo que queda —añadió, saliendo de la tienda.

No podía negar que el aire era exquisito, ni que el cielo era el más limpio que había visto nunca. Solo quería una cama blanda, una bañera... lo que quería la mayoría de la gente. Pero claro, Hunter Brown no era la mayoría de la gente.

—Fabuloso, ¿verdad? —dijo él entonces, tomándola por la cintura.

—Es un sitio precioso, sí. Casi no parece real.

Lee suspiró, sin saber por qué. ¿Los Ángeles era más real que aquello? Al menos, entendía los edificios, el tráfico, estaba acostumbrada. En medio del campo se sentía... pequeña. Y, sin embargo, su trabajo, su ansia de llegar más arriba no le parecía entonces tan importante.

—No me gusta admitirlo, pero me alegro de que me hayas traído —dijo, abrazándolo—. Yo también tengo hambre, por cierto. Y te toca cocinar a ti.

—Una bendición.

Lee le dio un codazo y Hunter lo recibió riendo. Después, se dispuso a encender la hoguera para preparar el desayuno.

—Hemos tomado muchos huevos. ¿Cómo consigues que sigan frescos sin nevera?

—Uno de los grandes misterios de la vida.

—Sí, pero... ¡Mira! —exclamó Lee, señalando a un conejo que los miraba con curiosidad. El misterio de los huevos quedó olvidado—. Me encantan los conejitos.

—Si te acercas demasiado, verás que esos «conejitos» tienen unos dientes muy afilados.

—A mí nunca me ha mordido un conejo.

—Los conejos, las ardillas y los mapaches son animales preciosos... de lejos. Hace un año tuve una larga discusión con Sarah sobre ese tema.

—¿Quién es Sarah?

Hunter se dio cuenta entonces de que había olvidado por completo quién era Lee Radcliffe y para qué estaba allí. Haber mencionado a Sarah sin darse cuenta le demostró que no debía bajar la guardia.

—Alguien muy especial para mí. Y creo que le gustaría conocerte.

Lee sintió como si un puño apretara su corazón. «Alguien muy especial». Hunter no había dicho nada sobre compromisos, sobre exclusividad. Pero los dos eran adultos y ella era responsable de sus emociones y de sus consecuencias.

—¿Tú crees? —murmuró, mirando el anillo que llevaba en el dedo. No era una alianza, pero...

Tenía que preguntarle. Tenía que saber.

—Ese anillo... es muy raro. Nunca había visto uno igual.

—Lo hizo mi hermana.

—¿Tu hermana?

Si su nombre era Sarah...

—Bonnie se dedica a la joyería y a criar niños. No sé qué es más importante para ella.

—Bonnie —repitió Lee—. ¿Es tu única hermana?

—Sí, solo somos dos. Y nos llevamos muy bien.

Lee dejó escapar un suspiro.

—¿Qué piensa de tu trabajo?

—Bonnie cree que cada uno debe hacer lo que le gusta... mientras esté casado y tenga una docena de hijos —sonrió Hunter—. En ese aspecto, yo la he decepcionado, claro.

—Ya.

Él soltó una carcajada.

—¿Crees que si estuviera casado estaría aquí contigo?

Lee se mordió los labios. ¿Por qué siempre leía sus pensamientos?

—Aún no sé mucho sobre ti.

Hunter no sabía si tomó esa decisión en aquel momento o lo había decidido desde el principio:

—Pregunta lo que quieras.

Ella levantó la mirada. Ya daba igual si necesitaba saberlo para el artículo o porque estaba interesada. Tenía que saber.

—¿Nunca has estado casado?

—No.

—¿Por qué?

—No he encontrado a nadie que quiera vivir como vivo yo y que soporte mis obligaciones.

—¿Tu trabajo?

—Sí.

Lee iba a seguir preguntando, pero se lo pensó mejor. Si le hacía muchas preguntas personales, él podría exigir lo mismo.

—El otro día dijiste que no siempre habías querido ser escritor, pero que naciste para ello. ¿Cómo te diste cuenta?

—No creo que fuera cuestión de darse cuenta, más bien de aceptarlo, simplemente. Debió de ser durante el primer año de universidad. Yo siempre había escrito cuentos, historias, pero estaba decidido a ser deportista. Y entonces escribí algo que me hizo pensar. No era nada fabuloso, una trama muy básica, una historia sencilla, pero los personajes me atrajeron. Los conocía de verdad. Y desde entonces supe que no podría hacer otra cosa.

—No debió de ser fácil. Publicar no lo es, desde luego. Y aunque lo consigas, no es particularmente lucrativo a menos que tengas un *best-seller*. Y, sin tus padres, tendrías que mantenerte solo.

—Tenía experiencia como camarero —sonrió Hunter—. Lo detestaba, por supuesto. Pero a veces hay que arriesgarse, Lenore. Yo lo hice.

—¿Cómo te mantuviste hasta que se publicó *La deuda del diablo*?

—Escribiendo.

—Los artículos y las historias cortas se pagan fatal —dijo Lee—. Y ese fue tu primer libro.

—No, antes había publicado otros —dijo Hunter entonces, sirviendo el café—. Toma.

—¿Cómo que habías publicado otros? —preguntó Lee, sorprendida—. Te he investigado a fondo y sé todo lo que has publicado, hasta los trabajos universitarios...

—Todo lo que Hunter Brown ha publicado —la interrumpió él.

—Claro.

—Pero no has investigado a Laura Miles.

—¿Quién?

—Muchos escritores usan seudónimo, Lenore.

—¿Un nombre de mujer? —exclamó ella, confusa—. ¿Has escrito bajo el seudónimo de Laura Miles?

—Sí. Uno de los problemas de ser escritor es que el nombre puede proyectar una imagen concreta para los lectores. Hunter Brown no podía escribir esos otros libros.

—¿Qué clase de libros?

—Historias de amor —contestó él, encendiendo un cigarrillo.

—¿Qué?

Hunter estudió su expresión incrédula durante unos segundos. Estaba acostumbrado a las críticas sobre ese género literario y, normalmente, lo divertían.

—¿No te gusta el género o no te gusta que yo lo escriba?

—Yo no... No te puedo imaginar escribiendo novelas de amor. Acabo de terminar *Grito silencioso* y... cerré la puerta de mi dormitorio con llave durante una semana. No lo había hecho en toda mi vida —dijo Lee, perpleja—. ¿Historias de amor?

—En la mayoría de las novelas hay alguna relación amorosa. Una novela romántica sencillamente se centra en esa parte de la narración.

—Pero ¿no te parece que eso es desperdiciar tu talento? Sé que hay que comer, pero...

—No —la interrumpió Hunter—. Nunca escribí por dinero, Lenore. Tú tampoco estás escribiendo tu novela por un beneficio económico. Y en cuanto a desperdiciar mi talento... no deberías mirar por encima del hombro algo que no puedes entender.

—Lo siento, no quería ser condescendiente —se disculpó ella—. Es que... me sorprende tanto... Veo esas novelitas por todas partes y...

—Nunca se te ha ocurrido leer una —terminó Hunter la frase por ella—. Pues deberías hacerlo.

—Supongo que son entretenidas.

—Si una novela no entretiene, no es una novela. Supongo que habrás leído *Jane Eyre*, *Lo que el viento se llevó*, *Ivanhoe*, *Rebecca*...

—Sí, claro.

—Son historias de amor, Lenore. Y tienen los mismos ingredientes.

Parecía decirlo completamente en serio. Y, en ese momento, Lee habría entregado toda su biblioteca a cambio de leer una de las novelas de Laura Miles.

—Hunter, tengo que publicar esto.

—Muy bien.

—¿No te importa?

—¿Por qué iba a importarme? No me avergüenza. De hecho... me siento más bien orgulloso de esos libros.

—Entonces, ¿por qué no lo has dicho antes?

—Porque nunca había conocido a un periodista al que quisiera contárselo —contestó él.

Y tampoco había conocido a una mujer con la que quisiera compartir su vida. Hunter estaba empezando a preguntarse si lo uno tenía que ver con lo otro.

—Ya.

—No compliques las cosas, Lenore. Normalmente, se complican solas.

—Una pregunta más —dijo Lee entonces.

—Dime.

—¿Por qué yo?

¿Cómo podía darle una respuesta que no se atrevía a darse a sí mismo? Hunter tomó su cara entre las manos.

—Veo algo en ti. Quiero algo de ti. Aún no sé qué veo ni qué quiero y quizá no lo sepa nunca. ¿Esa respuesta te vale?

Lee puso las manos en sus muñecas y sintió el pulso latiendo en sus venas. Casi era posible creer que su propia vida latía también en ellas.

—Tendrá que valer.

9

Subida a un peñasco, Lee podía ver casi todo el cañón, los picos, los riscos, las paredes de piedra roja. Había pinturas dibujadas en las paredes. Gente, criaturas, historias.

Nunca un paisaje la había afectado tanto. ¿Cómo iba a saber entonces que se encontraría a gusto tan lejos de su casa, del mundo que conocía?

Quizá era el misterio, la enormidad de aquel sitio, los siglos en los que la naturaleza había hecho su trabajo formando aquella belleza en las rocas. El tiempo había dejado su marca en la piedra, en los árboles, en el suelo. Quizá era la soledad, que había aprendido a escuchar. O el hombre que le había enseñado a descubrir el cañón y que iba dominando lenta pero inexorablemente cada aspecto de su vida, como el viento, el agua y el sol dominaban las formas que la rodeaban.

Solo habían sido amantes durante unos días, pero parecía conocerla a fondo; cuáles eran sus debilidades, sus virtudes... También ella había averiguado cosas poco a poco y, con cada descubrimiento, se sorprendía más.

En dos días dejaría el cañón y al hombre y volvería a su vida, volvería a ser la Lee Radcliffe de siempre. Escribiría el artículo y daría el siguiente paso en su carrera.

¿Qué otra cosa podía hacer?, se preguntó a sí misma. En Los Ángeles tenía un propósito: llegar arriba. Ese propósito no parecía tan importante en aquel momento, pero aquel no era el sitio donde iba a vivir. Aunque Hunter se lo hubiera pedido, Lee no podría seguir para siempre teniendo una vida sin horarios, sin reglamentos. Ella necesitaba un propósito.

Dos días. Lee cerró los ojos, pensando que todo lo que había visto, todo lo que había vivido quedaría grabado para siempre en su memoria. ¿De verdad le quedaba tan poco tiempo?

—Mira —dijo Hunter, ofreciéndole los prismáticos—. Siempre deberías mirar lo más lejos posible.

De repente, el cañón le parecía mucho más personal, más cercano. Podía ver el río, sus aguas deslizándose silenciosamente.

¿Por qué no había notado antes que cada hoja de los árboles era diferente?

—¿Volverás el año que viene, Hunter?

—Si puedo...

—No habrá cambiado.

Aunque volviese veinte años después, todo seguiría igual. El río seguiría deslizándose tranquilamente, las hojas de los árboles seguirían siendo movidas por el viento... Pero ella no volvería.

—Debe de ser la hora del almuerzo.

—Aquí hace mucho calor. Será mejor que busquemos una sombra.

—Muy bien. Cerca del río, si es posible.

Hunter tomó su mano para bajar del peñasco.

El viaje de vuelta, afortunadamente, era mucho más fácil que la subida.

—¿Empezarás con el siguiente libro en cuanto llegues a casa?

Preguntas, pensó él. No había conocido a nadie que hiciera tantas preguntas.

—Sí.

—¿No te da miedo quedarte sin ideas?

—Siempre.

—¿De verdad? —preguntó Lee. Lo creía un hombre sin miedos—. Pensé que teniendo tanto éxito...

—El éxito es una deidad que nunca está satisfecha. Cada vez que me enfrento con una página en blanco, me pregunto cómo llegaré al final. Y si llegaré al final.

—¿Cómo lo haces?

—Cuento la historia, sencillamente. Es tan simple y tan complejo como eso.

Como él, pensó Lee: tan simple, tan complejo.

Cuando bajaban al río le pareció oír el motor de un coche, un ruido que llevaba casi dos semanas sin oír y que le resultó extraño. Entonces vio un montón de florecillas blancas y se inclinó para hacer un ramillete y ponérselo en el pelo.

—¿Qué tal?

Hunter sonrió. El deseo que sentía por ella apareció de nuevo, abrumándolo.

Lenore. Entendía perfectamente que el hombre del poema de Poe hubiese llorado la pérdida de su amante hasta la locura.

—Estás imposiblemente preciosa.

¿También él se volvería loco sin ella?

Pero ¿durante cuánto tiempo sería ella feliz dejándose acariciar por el sol? ¿Cuándo empezaría a desear volver a su vida, a su mundo?

Lee dejó de sonreír. Hunter la miraba como esperando algo... no sabía qué. Sin saber qué decir, apoyó las manos en sus hombros y buscó sus labios.

¿Cómo podía marcharse? ¿Cómo podía no hacerlo?

—No creo en la magia, pero si creyese yo diría que este es un sitio mágico. Ahora, de día, es silencioso, durmiente quizá. Pero de noche se llena de espíritus.

Hunter la abrazó. ¿Sabía lo romántica que era? Una semana antes podía haber pensado eso, pero no lo habría dicho en voz alta. Una semana más tarde...

Hunter contuvo un suspiro. Una semana más tarde Lenore no pensaría en magia, no tendría tiempo.

—Quiero que hagamos el amor aquí. Con la luz del sol acariciando tu cara. Por la tarde, antes de que caiga el rocío. Al amanecer, cuando la luz es entre rosada y gris.

Lee sonrió, conmovida.

—Y a medianoche, cuando todo es posible.

—Todo es posible siempre, Lenore. Solo hay que creerlo.

—Casi haces que lo crea —rio ella—. Haces que se me doblen las rodillas.

—¿Mejor así? —sonrió Hunter, tomándola en brazos.

¿Se sentiría tan libre alguna vez en su vida? Enredando los brazos alrededor de su cuello, Lee lo besó con toda la emoción que guardaba dentro.

—Sí. Pero si no me sueltas, te pediré que me bajes en brazos. Soy muy caprichosa.

—¿Sigues teniendo hambre?

—Como supongo que ya no te queda más que fruta seca y pipas, no espero mucho del almuerzo —suspiró ella.

—Aún nos quedan unos caramelos de café con leche.

—Vamos a comer.

Hunter la dejó en el suelo.

—Esto demuestra que la mujer solo tiene verdadero deseo por la comida.

—En concreto, por el chocolate —replicó Lee—. Puedes comerte mis pipas si quieres.

—Son buenas para la salud —sonrió Hunter.

—Puedo soportar las pasas, pero las pipas...

—Tendrás hambre antes de cenar.

—Llevo dos semanas teniendo hambre antes de cenar —rio ella—. Por mucho que te gusten las pipas y las pasas, no pueden compararse con un buen filete.

—Hedonista.

—Desde luego. Me gustan las blusas de seda, el champán francés y la langosta con salsa de mantequilla caliente —suspiró Lee—. Y lo disfruto especialmente durante el fin de semana, cuando sé que me lo he ganado.

Hunter entendía eso, quizá demasiado bien.

Lenore Radcliffe era una mujer que podía cuidar de sí misma. Pero ¿qué futuro había para una relación cuando dos personas no pueden aclimatarse al estilo de vida de la otra?

Pasaban las horas, los días, y Hunter empezaba a preguntarse si volver a su vida le resultaría tan fácil como había creído.

—¿Te gusta vivir en la ciudad?

—Claro —contestó ella—. Mi apartamento está a veinte minutos de la revista.

—Muy conveniente —murmuró Hunter, tomando un trago de la cantimplora y ofreciéndosela después a ella. Lee aceptó. Un cambio. Uno de tantos.

—Supongo que tú trabajas desde casa.

—Sí.

—Para eso es necesaria una disciplina de trabajo. La mayoría de la gente necesita la estructura de una oficina fuera de casa para poder concentrarse.

—A ti no te haría falta.

Lee lo miró, deseando poder hablar de cosas personales sin que eso despertara cierta sensación de pánico. Era mejor hablar del tiempo o de nada en absoluto.

—¿Por qué crees que no?

—Porque eres más dura contigo misma que cualquier jefe. Si te pusieras a ello, terminarías la novela en un mes.

—Si trabajase en ello ocho horas al día, sin otras obligaciones...

—La novela es tu única obligación.

Lee contuvo un suspiro. No quería discutir cuando les quedaba tan poco tiempo. Pero si no

hablaban de trabajo, quizá no podría evitar hablar de sus sentimientos.

—Hunter, yo tengo un trabajo, una carrera que exige gran parte de mi tiempo. No puedo dejar eso para ponerme a escribir una novela.

—Te da miedo, Lenore.

—¿Y si tengo miedo qué? He trabajado muy duro para llegar a donde estoy. Ya me he arriesgado más que suficiente...

—¿No casándote con Jonathan Willoby?

Ella se volvió, furiosa. De modo que el tema seguía siendo espinoso, pensó Hunter.

—¿Te hace gracia? ¿Que yo renegase de un compromiso pactado te parece gracioso?

—No. Pero me intriga saber por qué renegaste de ese compromiso.

—Mi familia y los Willoby han tenido una relación personal y profesional durante años. Que me casara con Jonathan era lo esperado y yo lo sabía desde que tenía dieciséis años.

—¿Y no te pareció anticuado que tus padres quisieran casarte sin tu permiso?

—Tú no puedes entenderlo —suspiró ella—. Tú mismo me has dicho que tu padre era un soñador, un vendedor de zapatos que quería ser artista. Mi padre es una persona realista que se gana la vida haciendo amistades, delegando... Sus amigos más importantes son los Willoby y, supuestamente, había delegado en mí para que me casara con Jonathan porque era conveniente para ambas familias —explicó, apartándose el pelo de la cara—. Jonathan es un chico atractivo, inteligente... mi padre nunca pensó que yo pondría objeciones.

—Pero lo hiciste. ¿Por qué te sientes culpable?

—¿Sabes lo que me costó no hacer lo que esperaban de mí? Todo lo que había hecho hasta entonces era solo para conseguir la aprobación de mi familia.

—¿Tu carrera es importante para ti, Lenore, o sigues intentando buscar su aprobación?

No tenía derecho a preguntarle eso. Pálida, Lee se detuvo en medio del camino.

—No quiero seguir hablando de esto. No es asunto tuyo.

—¿No? ¿Estás segura?

—Mi vida y cómo la viva es solo asunto mío.

—Ya no —contestó él.

—No seas ridículo.

—Intento no serlo, Lenore —replicó Hunter—. Y te equivocas, lo que hagas con tu vida sí es asunto mío.

—¿Qué es lo que quieres?

—A ti —contestó él, estrechándola en sus brazos casi con violencia—. Te quiero a ti.

Entonces buscó su boca sin la paciencia, sin la ternura de otras veces. Lee sintió algo parecido al miedo, pero fue tragado casi de inmediato por el deseo.

Hunter había despertado deseo en ella muchas veces, pero no con aquella fiereza. ¿Estaba enfadado, frustrado? ¿Por qué ese beso tan violento? Lee se daba cuenta de que el maestro del control lo estaba perdiendo. Y eso la excitaba.

Poco después, estaban tumbados en el suelo. Lee sintió la barba del hombre rozando su cuello antes de que enterrase la boca en su pelo. Fuera lo que fuera lo que lo empujaba, no la dejaba más opción que ir con él hasta donde quisiera llevarla.

Hunter no cuestionaba su desesperación. No podía. Lenore se guardaba ciertas piezas de su vida para ella misma y, aunque le entregaba su cuerpo abiertamente, él quería más. Aunque sabía

que no era razonable. Incluso en aquel momento, mientras sentía cómo ella se derretía entre sus brazos, supo que no era suficiente. ¿Cuándo le entregaría también sus sentimientos, su corazón? Por primera vez en su vida, Hunter lo quería todo.

Pero aquel no era el sitio adecuado. Lo sabía. Lo sabía y, enterrando la cara en su pelo, esperó que pasara la locura.

Atónita, tanto por el ataque de pasión como por su incuestionable respuesta, Lee se quedó inmóvil. Instintivamente, acarició su espalda. Lo conocía lo suficiente como para saber que raramente perdía el control. Y ahora sabía por qué.

Hunter levantó la cara y vio que ella lo miraba con sorpresa. Se le habían caído las flores del pelo...

—Perdona.

Sus ojos eran tan oscuros, tan intensos... En el cerebro de Lee sonó una campanita de advertencia. Le decía que Hunter quería más de lo que ella había esperado darle, más de lo que sabría darle.

—Debería haber esperado hasta llegar a la tienda para hacerte enfadar —sonrió, para relajar la tensión.

Entendiendo lo que intentaba hacer, Hunter levantó una ceja.

—Podemos ir corriendo para que pueda darte otro par de empujones —replicó, irónico.

—Soy más fuerte de lo que crees. No me voy a romper.

—¿No? Muéstramelo.

Más segura de sí misma de lo que debería haberlo estado, Lee lo empujó. O, más bien, intentó empujarlo.

—Pesas más de lo que parece. Deben de ser las pipas.

—Y tus músculos están llenos de chocolate.

—¿Chocolate? Hace siglos que no lo pruebo. Además, mira quién habla de hábitos poco saludables. Le recuerdo que es usted el que fuma, señor Brown.

Él se encogió de hombros.

—Todos tenemos derecho a algún vicio.

—¿Ese es tu único vicio?

Si había planeado parecerle irresistible, lo estaba consiguiendo.

—Yo no creo que el placer sea un vicio.

—¿Por qué no volvemos a la tienda y me explicas a qué te refieres?

Hunter rio suavemente. Lee iba a reír también, pero la risa se convirtió en mueca de horror al ver lo que apareció, de repente, a su lado.

—¿Qué...? —él levantó la cabeza, pero no tuvo tiempo de ver lo que se le echaba encima. Lee lanzó un alarido de pánico, pero la adrenalina le dio fuerzas para empujar al animal.

—¡Dios mío, Dios mío!

—¡Lenore!

Lee empezó a buscar alrededor, frenética. Necesitaba un arma, un palo...

—Lenore, no pasa nada... no pasa nada. No va a hacerte daño...

—¡Es un lobo! —gritó ella, histérica.

Todas las pesadillas, todas las historias de horror que había leído no podían compararse con los colmillos de aquella bestia. Los ojos grises del animal estaban clavados en ella...

—Es un lobo a medias. Y solo quería saludarme. Ven aquí, Santanas.

Un poco avergonzado por haber perdido el control, Santanas se acercó, cabizbajo. Atónita, Lee vio cómo Hunter acariciaba al animal.

—Normalmente se porta mejor. Pero hace dos semanas que no me ve y...

—¿Que no te ve? No entiendo...

—Lenore, es...

Entonces oyeron ruido entre los arbustos y enseguida la voz de una niña:

—¡Ven aquí ahora mismo, Santanas! ¡Ven aquí antes de que nos metamos en un lío!

—Ya estás metida en un lío —murmuró Hunter.

—¿Qué demonios está pasando aquí? —exclamó Lee.

—Una reunión —suspiró él—. O eso parece.

Una niña de trenzas oscuras apareció entonces entre los árboles.

—¡Santanas! ¡Huy, qué corte! —exclamó, al verlos—. Hola —dijo, metiéndose las manos en los bolsillos de los vaqueros—. Supongo que te preguntarás qué hago aquí.

—Ya me lo contarás más tarde —replicó Hunter.

—Pero... —empezó a decir Lee, que no salía de su asombro—. ¿Qué significa esto?

—Lenore, la criatura que te huele las botas es mi perro, Santanas. Y la niña que tan groseramente nos ha interrumpido es Sarah. Mi hija.

10

Hija... Sarah...

Lee miró los ojos oscuros y directos de la niña, una réplica de los de su padre. ¿Tenía una hija? ¿Aquella niña delgada y encantadora, aquella niña que sujetaba sus trenzas con gomas de diferentes colores, era su hija?

—Sarah, te presento a la señorita Radcliffe.

—Sí, ya, la periodista. Hola.

Aún sentada en el suelo, con el perro oliendo sus botas, Lee se sintió completamente ridícula.

—Hola —murmuró, perpleja.

—Mi padre dice que no debo llamarte guapa porque guapas son las niñas como yo —dijo Sarah entonces, mirándola fijamente. Lee tenía la impresión de estar siendo diseccionada—. Me gusta tu pelo. ¿Lo llevas teñido o es así?

—Ah, qué bien. ¿Para qué pagaré yo buenos colegios? —suspiró Hunter—. Me temo que Sarah es un poquito...

—¿Bocazas? —rio la niña.

—Llévate a Santanas, anda. Supongo que Bonnie está en casa.

—Sí. Volvimos ayer porque me acordé de que tenía un partido de fútbol en el colegio y ella tenía una inspiración y no podía hacer nada en Phoenix con todos los niños corriendo de un lado para otro como monos.

—Ya. Vete a casa, Sarah. Nosotros iremos enseguida.

—Bueno... ¡Santanas, vamos! —gritó Sarah—. Tiene un aspecto feroz, pero no muerde —le dijo a Lee antes de desaparecer.

Cuando la niña desapareció, Lee se preguntó si se refería al perro a su padre.

—Lo siento —se disculpó Hunter—. Mi familia puede ser un poco... extravagante.

Su familia.

—No hace falta que te disculpes. Pero como el juego ha terminado, me gustaría ir a Sedona...

—¿Qué juego? No hay ningún juego, Lenore.

—Lo has jugado muy bien —replicó ella, dolida—. Tan bien, que a mí se me olvidó que estábamos jugando.

Hunter perdió la paciencia. Hubiera preferido que se enfadara, que se pusiera a gritar. Pero ver aquel dolor en sus ojos...

—No seas tonta. Si estábamos jugando a algo, el juego terminó hace días.

—Terminó —repitió ella, con lágrimas en los ojos. Pero no quería llorar delante de él y las apartó de un manotazo—. No, no ha terminado. Eres un estratega, Hunter. Parecías tan abierto que no creí que me escondieses nada. ¿Cómo has podido? ¿Cómo has podido tocarme de esa forma, hacerme el amor... si era mentira?

—Yo nunca te he mentado —contestó él. Su voz era tranquila, pero sus ojos estaban cargados de pasión.

—Tienes una hija. Tienes una hija de la que yo no sabía nada. Me dijiste que nunca te habías casado.

—Y no he estado casado.

A Lee le hubiera gustado hacer muchas preguntas, pero no quería saber. Si quería sacarlo de su vida inmediatamente, no podía preguntar.

—Dijiste su nombre una vez y cuando te pregunté quién era, cambiaste de tema.

—¿Quién preguntó, tú o la periodista? —replicó él. Lee se puso pálida—. Si ha sido una pregunta injusta, lo siento.

—Quiero volver a Sedona. ¿Me llevas tú o tengo que buscar otro medio de transporte?

—Por favor... —dijo Hunter entonces, apretando su hombro—. Has sido parte de mi vida durante unos días. Sarah es parte de mi vida desde hace diez años. Con ella no puedo arriesgarme. Nadie sabe que existe, ¿entiendes? No quiero que nadie la moleste, no quiero fotografías esperándola en la puerta del colegio...

—¿Eso es lo que piensas de mí? ¿Ni siquiera hemos llegado hasta ahí? Tu hija no aparecerá en el artículo, Hunter. Tienes mi palabra. Y ahora, suéltame.

No hablaba solo de la mano que tenía en su hombro y él lo sabía. Y, de repente, sintió pánico. Un pánico que no había sentido nunca.

—No puedo. Quiero que lo entiendas, Lenore. Y para eso necesito tiempo.

—Has tenido casi dos semanas para hacerme entender.

—¡Maldita sea, tú viniste aquí como periodista! Lo que ha pasado entre nosotros no... yo no lo esperaba. Pero quiero que vengas conmigo a casa.

—Sigo siendo periodista.

—Quedan dos días hasta que finalice el acuerdo —le recordó él—. Lenore, pasa esos días conmigo. En mi casa, con mi hija.

—No tienes problema para pedir lo que quieres, ¿verdad?

—No —contestó él—. Pero es importante para mí que lo entiendas. Dame dos días.

Lee hubiera querido decir que no. Quería creer que podía negarle algo, que podía marcharse sin mirar atrás. Pero si volvía a Los Ángeles sin aceptar lo que él le ofrecía...

—Muy bien. Me quedaré, pero no puedo prometer que te entienda.

—Gracias. Es muy importante para mí.

—No me des las gracias —replicó Lee. La rabia había desaparecido, dejando en su lugar un inmenso cansancio—. Las cosas han cambiado.

—Las cosas cambiaron hace días —suspiró Hunter, tomando su mano. La llevaba hacia el camino por el que Sarah había desaparecido—. Luego vendré a buscar la tienda.

—O sea, que vives aquí, en el cañón.

—Eso es.

—¿Tienes una casa con agua caliente, camas, duchas... y hemos pasado diez días durmiendo

en el suelo?

—Me relaja.

—Ah, qué bien. Me has hecho ducharme con agua fría, dormir en un saco cuando sabías que habría dado la paga de un mes por una bañera...

—Esas cosas fortalecen el carácter —intentó bromear Hunter.

—¡Y una porra! Lo has hecho deliberadamente para ver hasta dónde podía llegar.

—Y me has impresionado —dijo él—. La verdad, no esperaba que aguantases ni una semana.

—Serás...

—No te enfades. Podrás bañarte todo lo que quieras estos dos días —sonrió Hunter, pasándole un brazo por los hombros—. Incluso podrás comer un par de filetes. Y chocolate.

—No me trates como si fuera una niña.

—No te estoy tratando como si fueras una niña. Créeme, no quería que te enterases de esta manera.

—¿Y cómo querías que me enterase?

—Invitándote a cenar la última noche. Esperaba que vieses... la gracia de la situación.

—Pues te equivocabas —replicó Lee.

Poco después, vio una casa medio escondida entre los árboles. Era más pequeña de lo que había esperado, pero tenía las paredes de cristal y parecía formar parte del paisaje. Había un porche delantero con plantas: geranios, rosas en tiestos de cerámica verde.

Los árboles parecían guardarla, como centinelas. Era como una casita de cuento o...

—¡Esta es la casa de Jonas Thorpe en *Grito Silencioso*!

Hunter sonrió.

—Más o menos. Quería colocarlo en un sitio aislado, a muchos kilómetros de la civilización, pero en realidad, el único sitio seguro.

—¿Es así como ves tu casa? —preguntó Lee—. ¿Como el único sitio seguro?

—A menudo —contestó él. Entonces oyeron los ladridos de Santanas y las risotadas de Sarah—. A veces. Otras no tanto.

Sarah apareció corriendo por el camino y se echó en brazos de su padre.

—¡Papá, qué risa! ¡La tía Bonnie estaba haciendo una pulsera y Santanas se la ha comido!

—Seguro que a ella le ha hecho mucha gracia.

—Dice que puede soportar que los críticos de arte se la coman, pero que a un chuchito no se lo permite —rio la niña—. Y dice que va a hacer té para Lenore, pero que no hay galletas porque nos las comimos todas anoche. Y dice que...

—Da igual, ya nos enteraremos —rio Hunter, tomando a su hija de la mano.

Lee no había esperado que las cosas fueran... en fin, tan normales en casa del autor de *La deuda del diablo*. Pero su casa era encantadora. Nada de sombras, nada de rincones oscuros. Había flores por todas partes.

—¿Esperabas brujas y ataúdes? —sonrió Hunter.

—Claro que no. Pero tampoco esperaba algo tan... doméstico.

—Es que yo estoy domesticado —sonrió él.

Lee lo miró entonces con una ceja levantada.

—La tía Bonnie quiere conocerte —dijo Sarah—. Dice que mi padre no sale con mujeres y

nunca habla con periodistas, o sea que tú debes de ser especial.

Mientras hablaba, la miraba fijamente. Solo tenía diez años, pero parecía intuir que había algo entre su padre y aquella mujer de ojos azul oscuro. Lo que no sabía era qué.

Igualmente insegura, Lee entró tras ella en la cocina.

—Hunter, si quieres tener un lobo en tu casa, al menos deberías enseñarle a apreciar el arte. Hola, soy Bonnie.

Era una mujer alta, morena, con una camiseta malva y unos vaqueros gastados. Iba descalza y llevaba las uñas de los pies pintadas de rojo oscuro.

—Encantada —sonrió Lee—. ¿Cómo estás?

—Estaría mucho mejor si Santanas no se hubiera comido mi pulsera. Pero en fin... siéntate, estoy haciendo té.

—No has encendido el fuego —dijo Sarah.

—Ah, es verdad. Hunter, esta niña se fija en todos los detalles. Me preocupa.

Encogiéndose de hombros, Hunter se dejó caer sobre una silla de mimbre.

—¿Qué tal la acampada?

—Interesante. ¿No piensas lo mismo, Lenore?

—Educativa, diría yo —contestó ella.

—Así que trabajas en *Celebrity*... Yo la leo todos los meses —sonrió Bonnie.

—Porque han hablado bien de ella en alguna ocasión.

—¿Cuándo? —preguntó Lee, sorprendida.

—Profesionalmente, mi hermana se llama B. B. Smithers.

B. B. Smithers. Era una artista de la joyería... la reina de la vanguardia. Los ricos y famosos se pegaban por conseguir alguna de sus creaciones.

—Ah, ya sé quién eres. Me encanta tu trabajo.

—Pero no te lo pondrías —sonrió Bonnie—. Lo entiendo, a ti te va más lo clásico. Tienes una cara fabulosa. ¿Quieres limón en el té? ¿Tenemos limones, Hunter?

—Probablemente no.

—Dime una cosa, Lenore. ¿Cómo has conseguido que el ermitaño saliera de su cueva?

—Poniéndolo furioso, creo.

—Ah, eso funciona —sonrió Bonnie—. ¿Y después de estas dos semanas jugando a los exploradores puedes escribir un artículo sobre mi querido hermano?

—Sí —sonrió Lee—. Además de haber desarrollado auténtico amor por las camas y los colchones.

—Mi marido se lleva a los niños de acampada una vez al año. Y yo aprovecho para encerrarme en Elizabeth Arden, donde me hacen de todo. A la vuelta, ambos sentimos que ha ocurrido un milagro.

—Acampar no está tan mal —dijo Sarah, en defensa de su padre.

—¿No? —rio Hunter, sentándola en sus rodillas—. ¿Y por qué cada vez que hago la mochila te entra ese terrible deseo de visitar a Bonnie en Phoenix?

Sarah soltó una risita.

—Será una coincidencia. ¿Te ha hecho ir a pescar, Lenore? ¿Y sentarte a la orilla del río durante horas?

—Sí. La verdad es que sí.

—Puaj —fue el comentario de la niña.

—Pero yo pesqué una trucha más grande que la suya.

—Pescar es muy aburrido —dijo Sarah—. Pero mi padre no es aburrido, aunque le gustan las cosas raras. Como pescar o beber cerveza.

—La colección de cabezas reducidas le parece normal —dijo Bonnie, sacando las tazas—. ¿Quieres, Hunter?

—No, paso. Voy a recoger la tienda de campaña.

—Llévate al lobo contigo. Ah, por cierto, te llamaron ayer de Nueva York.

—Luego me das el recado —suspiró él, levantándose.

Padre e hija salieron de la cocina con Santanas detrás.

—Sarah adora a mi hermano —dijo Bonnie.

—Sí —murmuró Lee—. Se nota.

—Y tú también.

—¿Perdona?

—Que estás enamorada de él —dijo Bonnie entonces, tan tranquila.

—Yo no...

—Yo creo que es maravilloso.

Lee podría haberlo negado con vehemencia, con frialdad, riéndose. Pero no lo hizo.

—No estoy segura de lo que siento por él.

—Ese es un buen síntoma. ¿Te preocupa estar enamorada?

—Sí, me preocupa mucho —reconoció Lee.

—Es natural. Yo solía enamorarme y desenamorarme como algunos se cambian de ropa. Y entonces conocí a Fred —rio Bonnie, mientras servía el té—. Y tuve náuseas durante semanas.

Lee se llevó la mano al estómago. El té no la iba a ayudar, tenía que moverse.

—Yo no tengo ilusiones sobre Hunter. Somos muy diferentes, buscamos cosas diferentes en la vida... Y yo tengo que volver a Los Ángeles.

—Claro —dijo Bonnie. Si había ironía en su tono, Lee no supo descifrarlo—. Pero para tener una relación sentimental no hace falta pensar lo mismo sobre todo. Si uno adora el siglo XVI, el otro no tiene por qué. Fred es director administrativo y se emociona con las subidas de interés. Estadísticamente, supongo que deberíamos habernos divorciado hace años.

—Te pareces mucho a Hunter, ¿lo sabías?

—Supongo que sí. ¿Tu madre es Adreanne Radcliffe?

—Sí —contestó Lee.

—La conocí en una fiesta en Palm Springs hace dos... no, tres años. Me acuerdo porque estaba embarazada de Carter, el pequeño, y ahora está en la guardería, aterrorizando al resto de los niños. El otro día intentó meter un pez en el horno... Tú no te pareces a tu madre, ¿verdad?

Lee tardó un momento en entender.

—No lo sé, creo que no.

—No quiero ofenderte, pero ella no sabría qué decirle a alguien que no llevase un traje de Chanel. Es muy guapa y tú pareces haber heredado su aspecto físico. Pero nada más.

Desde luego, era tan directa como su hermano. Y sí, se parecía mucho a su madre. Por eso siempre había pensado que debían de parecerse en todo. ¿No había pasado su infancia y su adolescencia intentando encontrar el parecido... para aplastarlo?

—Mi madre tiene una serie de reglas y las sigue a rajatabla.

—Bueno, cada uno hace lo que puede. Según Hunter, lo que tú haces mejor es escribir. Me ha hablado de tu novela.

—Tu hermano es la clase de hombre que no admite un error. Yo soy periodista, no escritora —replicó Lee.

—Ya veo. ¿Y qué vas a contar de mi hermano?

¿Había burla en su tono, un reto? Fuera lo que fuera, Lee decidió no responder. Sí, Bonnie y Hunter se parecían mucho.

—Que es un hombre que considera la escritura como algo sagrado. Que tiene sentido del humor, a menudo tan sutil que uno puede tardar años en entenderlo. Que cree en la suerte y en el destino. Que valora la palabra escrita tanto en un tebeo como en Shakespeare y que trabaja desesperadamente en lo que considera su oficio: contar historias.

—Me gustas.

Lee sonrió.

—Gracias. Tú también a mí.

—Y quiero a mi hermano. Más que eso, lo admiro por razones profesionales y personales. Tú lo entiendes. No todo el mundo es capaz.

—¿Entenderlo? Cuanto más sé de él, menos lo entiendo —suspiró Lee—. Me ha descubierto que hay más belleza en un montón de rocas de la que yo habría visto en toda mi vida y, sin embargo, escribe novelas de terror.

—¿Y eso te parece una contradicción? —sonrió Bonnie—. Hunter ve los dos lados de la vida. Escribe sobre el lado oscuro porque es el más intrigante.

—Sin embargo, vive aquí —dijo Lee, señalando la cocina—. No hay nada oscuro en su casa.

—No, es una casita de cuento en medio del bosque.

—No es precisamente lo que se espera de un famoso autor de novelas de miedo.

—El famoso autor de novelas de miedo tiene una niña de diez años.

—Sí —murmuró Lee—. Sarah es preciosa.

—¿Ella también saldrá en el artículo?

—No. Hunter ha dejado claro que la niña no debe aparecer.

—Es lo más importante de su vida. Aunque te parezca exagerado...

—No, me parece normal.

—¿Te había hablado de ella?

—No —suspiró Lee.

Algunas veces, el cariño que Bonnie sentía por su hermano se veía frustrado. Muchas veces. Aquella mujer estaba enamorada de él, cualquiera podría verlo. Cualquiera menos Hunter, claro.

—A veces es demasiado protector. Y tiene sus razones, Lenore.

—¿Cuáles?

Bonnie se sintió tentada de hablar. Ya era hora de que su hermano contase esa parte de su vida. Y estaba segura de que Lenore lo entendería.

—Eso debe contártelo él. Es su historia, no la mía.

—Me alegro de que la hayas traído —comentó Sarah mientras volvían a casa.

—¿Te alegras de verdad?

—Es muy guapa, como una princesa. Y a ti te gusta.

—Sí, me gusta mucho —suspiró Hunter—. Pero eso no significa que tú me gustes menos.

Sarah lo miró durante largo rato.

—Tengo que gustarte porque soy tu hija. Pero me parece que a ella no le gusto.

—¿Por qué dices eso?

—Porque no sonrío.

No lo suficiente, pensó Hunter. Pero lo hacía más cada día.

—Cuando se relaja, sí sonrío.

Sarah se encogió de hombros.

—Pero me mira con cara rara.

—Porque se quedó sorprendida al verte. No le había hablado de ti.

—¿No? Pues ya puedes disculparte.

—¿Contigo o con ella?

—Conmigo, papá —contestó Sarah—. Tú siempre haces que me disculpe cuando soy grosera.

—No le hablé de ti porque pensé que no era asunto suyo. Pero las cosas han cambiado.

La niña alargó una mano para tocar su pelo.

—Me alegro de verte, papá.

—Yo también —sonrió Hunter.

Habían llegado a casa y, después de detener el Jeep, se colocó a la niña sobre las rodillas para respirar el aroma de su pelo. Lo hacía a menudo y siempre recordaba el olor a talco, a su ropita limpia... Le parecía imposible que ya fuera tan mayor.

—Te quiero, Sarah.

Contenta, la niña se dejó abrazar un rato y luego levantó la cabeza.

—¿Tanto como para hacerme una *pizza*?

Hunter soltó una carcajada.

—Tanto como eso.

11

Para Lee, una cena familiar era una reunión silenciosa. Los Radcliffe comían en una mesa de caoba con vajilla de porcelana inglesa y copas de cristal francés. La conversación era amable, impersonal. Siempre había sido así para ella.

Pero no aquella cena.

La cocina se convirtió en un caos con Sarah medio saltando, medio bailando mientras le contaba a su padre todo lo que había hecho en Phoenix y le preguntaba qué había hecho él en la acampada.

Sin prestar atención al ruido, Bonnie usó el teléfono para llamar a su casa y hablar con lo que parecía ser un colegio entero de niños. Santanas, perdonado ya, dormía en el suelo. Hunter estaba frente al horno, calentando la que Sarah decía ser la mejor *pizza* del mundo. Era capaz de contestar a su hija, hablar con sus sobrinos, contestar las preguntas de su hermana y calentar una *pizza* al mismo tiempo.

Lee decidió hacer algo. Si no, acabaría como un espectador en un partido de tenis, mirando de derecha a izquierda continuamente.

—Si quieres, puedo poner la mesa.

—Eso tengo que hacerlo yo —sonrió Sarah.

—Ah, bueno.

—Pero puedes ayudar —dijo Sarah—. Es que si no pongo la mesa, mi padre no me da dinero el domingo. Y quiero comprarme un CD de Total Wrecks.

—Ya veo —sonrió Lee.

—Si consigues una ayudante gratis, tu padre te dará el dinero de todas formas —intervino Bonnie, sin soltar el teléfono—. Es un buen negocio.

—Además, Lee tiene que ganarse el sustento —rio Hunter—. Aunque no sea un filete.

—¿No te gusta la *pizza*? —preguntó Sarah.

—Claro que me gusta.

—Pone de todo, a mis amigos les gusta mucho. Yo creo que mi padre fue cocinero en otra vida.

Dios Santo. ¿La niña tenía opiniones sobre la reencarnación?

—Y tú fuiste un gladiador, claro —sonrió Hunter.

Sarah soltó una carcajada.

—La tía Bonnie era una esclava a la que vendieron en Arabia por miles y miles de dracmas.

—Bonnie tiene una alta opinión de sí misma —comentó él.

—Pues yo creo que Lenore debió de ser una princesa —opinó Sarah, sacando los platos del armario—. Una princesa medieval. Como la del rey Arturo.

Hunter pareció pensarse el asunto.

—Es posible. Le quedaría muy bien uno de esos sombreros puntiagudos, con velo.

—¿Y los dragones qué? Alguien tendría que matar un dragón por ella antes de pedir su mano.

—Cierto.

—No es fácil matar a un dragón —dijo Lee entonces, nerviosa. Le resultaba demasiado fácil imaginarse a sí misma en un castillo medieval... con Hunter a su lado.

—Es la única forma de probar el valor. Una princesa no puede casarse con cualquiera —dijo Sarah—. El rey le daría su mano solo a un caballero valiente.

Lee imaginó a su padre ofreciéndole su mano a Jonathan de Willoby.

—Seguro que nunca tuviste que llevar un aparato en los dientes.

Lee soltó una carcajada.

—¿Cómo que no? Dos largos años.

—¿Ah, sí? Pues funcionó. Tiene los dientes muy bonitos.

—Pero yo lo odiaba.

Sarah soltó una risita.

—A mí no me molesta mucho... pero no puedo mascar chicle. Mi padre no me deja.

—Yo tampoco podía. Mascar chicle no estaba permitido en el castillo de los Radcliffe.

El sol entraba en la cocina mientras comían. Era una luz dorada, alegre. Y, a pesar de las risas de la niña, de las discusiones entre Bonnie y Hunter, Lee experimentó una sensación de paz.

En lugar de estar en un caro restaurante donde el sumiller se ocupaba de que su copa estuviera siempre llena, estaba en una ruidosa cocina en medio del campo, comiendo *pizza*... y tenía que darle la razón a Sarah. La mejor *pizza* que había probado nunca.

—Si Fred aprendiese a hacerla... —suspiró Bonnie—. Si está de buen humor, hace ensalada de pollo, pero no es lo mismo.

—Con una familia tan grande como la tuya, tendrías que montar una pizzería —rio Hunter—. Cinco niños hambrientos mantendrían el negocio a flote.

—En menos de siete meses serán seis —dijo Bonnie entonces.

—¿Otro?

—Otro —sonrió su hermana—. Siempre he querido tener media docena. Además, la gente debe hacer lo que hace mejor.

—Algunos podrían decir que te pasas.

—Tendré tantos hijos como tú *best-sellers* —rio Bonnie—. Y tardamos lo mismo en producirlos.

—Cuando traigas a la niña de visita, debería dormir en mi habitación —dijo Sarah.

—¿La niña?

—Será una niña —contestó Sarah, convencida—. Ya tienes tres niños, necesitas una niña para que sean tres y tres.

—Veremos lo que puedo hacer —sonrió su tía—. Pero mañana tengo que volver a casa. Cassandra, la mayor, ha decidido hacerse un tatuaje... Ah, qué gusto que la necesiten a una.

—¿Un tatuaje? —repitió Sarah—. Qué asco. Cassie está loca.

—Fred y yo estamos de acuerdo contigo.

Interesado, Hunter levantó su copa de vino.

—¿Dónde quiere hacerse el tatuaje?

—En el hombro derecho. Dice que será de muy buen gusto.

—Boba —rio Sarah—. Cassie tiene trece años —le explicó entonces a Lee—. Y está más loca...

—¿Tú no te harías un tatuaje?

—¡No! —gritó la niña, muerta de risa—. ¿Tú tienes hermanos?

—No —contestó Lee—. Soy hija única.

—Yo creo que es mejor tenerlos, aunque molestan un poco al principio. ¿Puedo comer más pizza, papá?

Después de cenar, Sarah se empeñó en jugar al fútbol con su padre. Bonnie rechazó la oferta porque «estaba en una condición muy delicada». Lee, a pesar de sus protestas, fue arrastrada al jardín. Aprendió a golpear la pelota con la cabeza y se partió de risa. Lo más curioso de todo era que no se sentía ridícula haciéndolo.

La noche llegó enseguida y el aire se llenó de luciérnagas. Aunque se le cerraban los ojitos, Sarah protestó mucho antes de irse a la cama y solo se rindió cuando su padre aceptó llevarla a hombros.

Le dijo que Sarah era su vida y, aunque solo los había visto juntos durante unas horas, Lee lo creía.

Nunca habría esperado que el hombre que había escrito *La deuda del diablo* pudiera ser tan buen padre. Jamás lo habría imaginado allí, en aquella casa en medio del bosque, tan lejos de la ciudad. El hombre al que había llegado a conocer en esas dos semanas no pegaba nada con el padre disciplinado y cariñoso que era.

Lee se dejó caer en la mecedora del porche, agotada. Podía oír la risa de Sarah en su habitación, la voz de Hunter... Era una forma extraña de pasar sus últimas horas con él. Allí, en su casa, a unos minutos del campamento donde se habían hecho amantes.

Y sí, reconoció mientras miraba las estrellas, amigos. Deseaba su amistad, era muy importante para ella.

Cuando escribiese el artículo, podría hablar de los dos Hunter Brown que conocía. Para eso había ido hasta allí, ¿no? Lee cerró los ojos porque, de repente, las estrellas eran demasiado brillantes.

—¿Cansada?

Ella abrió los ojos. Así era como lo recordaría siempre, envuelto en sombras, saliendo de la oscuridad.

—No. ¿Sarah está dormida?

Él asintió, sentándose a su lado.

—Bonnie también.

Allí era donde la quería, en su casa.

—¿Es ahora cuando trabajas, cuando la casa queda en silencio?

—Sí, casi siempre. Terminé mi último libro en una noche como esta. Vamos a dar un paseo. Hay luna llena.

—¿Tienes miedo de la oscuridad? —bromeó Lee.

—Sí, claro —rio él—. Pero llevo un talismán. Toma, te lo doy —dijo entonces, quitándose el anillo.

—Yo no soy supersticiosa.

—Claro que lo eres —murmuró Hunter, tomando su mano.

—¿Llevas mucho tiempo viviendo aquí?

—Sí. Desde que nació Sarah.

—Es un sitio precioso.

Hunter la tomó por los hombros para mirarla a los ojos.

—Estás preciosa a la luz de la luna —murmuró, acariciando su pelo—. La princesa y el dragón.

Su corazón empezó a latir acelerado, como el de una adolescente.

—Hoy en día las mujeres matan sus propios dragones.

—Hoy en día hay menos romance —murmuró él, buscando sus labios—. Si estuviéramos en la Edad Media y aparecieses en medio de la oscuridad te tomaría de inmediato. Deja que te haga el amor, Lenore. Deja que te haga el amor como si fuera la primera vez.

O la última, pensó ella. Pero, como siempre, se lo ofreció todo. Enredó los brazos alrededor de su cuello, apretándose contra él, retándolo a tomar todo lo que quisiera, a darle todo lo que ella pidiera.

Hunter acarició su cara, despacio, memorizando cada ángulo, la suavidad de su piel... Poco después, se tumbaron en el suelo cubierto de hojas.

Hunter había querido amarla así desde el principio, con la luna brillando entre los árboles. Quería sentir que se derretía con sus caricias. Lentamente, la desnudó mientras la reverenciaba con sus dedos, con sus labios. Aquella sería la noche en la que le diera todo, en la que le pidiera todo.

La luz de la luna y el ruido del agua se mezclaban para crear una atmósfera irreal. Los árboles olían a noche. Y Lenore también.

Plata y sombras. Lee sintió el deseo del hombre mezclado con el suyo, un deseo que no podían ni querían contener, que los hacía temblar. Y lo celebró, se dejó llevar como no pensó que lo haría nunca.

La brisa parecía haberse detenido. Los sonidos desaparecieron mientras Hunter enredaba los dedos en su pelo. En el silencio profundo, sus ojos se encontraron.

Lee sonrió mientras se abría para él.

Podría haber dormido allí, con el suelo bajo su espalda, el cielo sobre su cabeza y el cuerpo de Hunter apretado contra ella. Podría haber dormido allí como una princesa hechizada si él no la hubiera acariciado.

—Deberías dormir en una cama. En mi cama.

Lee suspiró, contenta.

—Está demasiado lejos.

—¿Quieres que te lleve en brazos?

—Bueno —sonrió ella.

—Puede que Bonnie se sorprendiera un poco si te ve desnuda.

Lee abrió los ojos.

—Ah, claro. Tenemos que vestirnos.

—Sería aconsejable. ¿Necesitas ayuda?

—Me parece que obtendríamos el mismo resultado que si me desnudases.

—Una teoría interesante —Hunter alargó la mano para tomar sus braguitas de encaje.

—Pero no es momento de probarlo —sonrió ella, quitándoselas—. ¿Cuánto tiempo llevamos aquí?

—Siglos.

—Lo mínimo que me merezco después de todos estos días es una cama.

—Puedes usar la mía —murmuró Hunter.

—No creo que sea buena idea —dijo Lee entonces.

—¿Te preocupa Sarah?

Ella asintió.

—Yo no sé mucho sobre niños, pero supongo que no está preparada para ver a su padre compartiendo cama con alguien.

—Nunca he traído una mujer aquí —murmuró Hunter.

—Por eso precisamente.

—Querías preguntarme por Sarah, pero no lo has hecho —dijo él, vistiéndose.

—No es asunto mío.

—¿No?

—Hunter...

—Esta vez tendrás la respuesta sin preguntar —la interrumpió él—. Hace doce años conocí a una chica. Entonces escribía bajo el seudónimo de Laura Miles. Ella era una estudiante de Los Ángeles, muy inteligente, pero sin dinero. Estudiaba gracias a una beca y estaba decidida a ser la abogada más joven de la Costa Este.

—Hunter, lo que pasó entre esa chica y tú no es cosa mía.

—No es solo una chica, Lenore. Es la madre de Sarah.

Lee suspiró.

—Muy bien. Si es importante para ti, cuéntamelo.

—Me gustaba. Era guapa, simpática, inteligente. Ninguno de los dos tenía interés por una relación seria, pero el destino... ya sabes.

Hunter sacó un cigarrillo, pensativo. Recordaba el diminuto apartamento con problemas de fontanería, la vieja máquina de escribir...

—Una tarde llegó a casa. Estaba pálida, nerviosa. Me dijo que estaba embarazada.

Podía recordar su cara si se concentraba... aunque no lo hacía nunca. Lo que no olvidaría era su voz, su desesperación, su miedo.

—Yo le dije que cuidaría de ella, que me haría cargo del niño... No estaba enamorado y ella tampoco, pero le dije que deberíamos casarnos.

—¿Y qué pasó? —preguntó Lee.

—Se negó. No tenía intención de casarse y tener hijos porque su carrera era lo más importante para ella... Puede que te resulte difícil de entender, pero no era una persona fría ni mala, sencillamente práctica. Lo único que quería era que le pagase el aborto.

—Pero Sarah...

—Ese no es el final de la historia —la interrumpió Hunter—. Tuvimos una pelea terrible. Nos separamos y quedamos en volver a hablar unos días más tarde. Entonces yo tenía veinticuatro años y ya era una persona responsable. Estuve dos días sin dormir, dándole vueltas al asunto. Pero quería ese niño. No puedo explicar por qué, sencillamente sabía que debía tenerlo. Así que la llamé para quedar con ella. El matrimonio estaba fuera de la cuestión, de modo que intentamos llegar a un acuerdo. Ella necesitaba libertad para seguir adelante con su vida después de tener el niño... y necesitaba dinero.

—Entonces, ¿le pagaste por tener a Sarah?

—Pagué los gastos del médico, del hospital, su apartamento... y cuando nació Sarah le di diez mil dólares.

—¿Cómo pudo...?

—Cada uno quería una cosa diferente. Nunca le he guardado rencor. Fue su decisión y podría haber hecho lo que quisiera sin consultarme.

—Sí, es cierto —suspiró Lee.

—Sarah es mi hija y solo mi hija desde el principio. La mujer que la trajo al mundo me hizo un regalo increíble. Yo solo le di dinero.

—¿Sarah lo sabe?

—Solo sabe que su madre eligió algo diferente.

—Ya veo. Y la razón por la que no quieres que nadie sepa nada de ella es para evitar especulaciones.

—Una de ellas. La otra es, simplemente, que quiero que Sarah tenga una vida normal, como cualquier otro niño.

—Supongo que no fue fácil para ti criar solo a tu hija.

No había nada más que comprensión en sus ojos. Y Hunter se relajó por fin. Supo entonces que ella era lo que había esperado.

—No, no fue fácil, pero solo me ha dado alegrías —murmuró, acariciando su pelo—. Compártelas conmigo, Lenore.

—No te entiendo.

—Quiero que te quedes aquí, conmigo y con Sarah. Te quiero aquí, con los hijos que tendremos juntos —musitó Hunter, levantando su mano para mirar el anillo—. Cásate conmigo.

¿Casarse? Lee lo miró, atónita y asustada.

—No... no sabes lo que me estás pidiendo.

—Sí lo sé. Solo le pedí a otra mujer que se casara conmigo y fue por obligación. Te lo pido a ti porque eres la primera y única mujer a la que he amado. Quiero compartir mi vida contigo. Quiero que tú compartas la mía.

Le estaba pidiendo que cambiase de vida por completo. Que lo arriesgara todo.

—Nuestras vidas son muy diferentes. Yo tengo que volver a Los Ángeles. Tengo mi trabajo...

—Un trabajo que no es para ti —dijo él—. Tú sabes que debes escribir, pero no sobre los demás, sino sobre tus propios personajes, los que tú inventas.

—Pero mi trabajo...

—¡Maldita sea, Lenore, tu trabajo es escribir esa novela!

«Lo quieres», le decía una vocecita. ¿Por qué intentas apartarlo de ti? Lee sacudió la cabeza.

El amor no era suficiente.

—Me estás pidiendo que lo deje todo. Todo lo que me ha costado tanto conseguir. Tengo un trabajo en Los Ángeles, una vida, sé quién soy, adonde voy. No puedo arriesgarme...

—¿A saber quién eres de verdad? —terminó Hunter la frase por ella—. Si estuviera solo iría contigo donde quisieras. Pero tengo a Sarah. No puedo llevármela de aquí. Este es su hogar.

—No puedo arriesgarlo todo, Hunter. No puedo —murmuró Lee.

—¿Me quieres? —preguntó él entonces. Sabía que con esa pregunta lo arriesgaba todo.

Ella apartó la mirada, empezó a jugar con su pelo...

—¿Me quieres? —insistió.

—Sí. ¡Te quiero, Hunter! Y ahora déjame en paz.

12

—Si estás decidida a no parar para comer, al menos toma esto —dijo Bryan, ofreciéndole una chocolatina.

—Comeré cuando termine el artículo —contestó Lee, sin dejar de mirar la pantalla del ordenador.

—Volviste hace dos días y no te he visto comer ni un donut.

Y su ojo de fotógrafa había visto las ojeras bajo el maquillaje.

—No tengo hambre.

No tenía hambre, no estaba cansada, no sentía nada. Llevaba cuarenta y ocho horas trabajando en el artículo sobre Hunter Brown. Iba a salir perfecto, se prometió a sí misma. Y cuando lo terminase, se lo habría quitado de encima.

Si se hubiera quedado... si volviera...

Lee masculló una maldición. No podía volver, ¿no le había dejado eso claro a Hunter? No podía tirar su vida por la ventana. Su vida, que consistía en trabajar e intentar llegar lo más lejos posible.

De modo que tecleaba con nerviosa furia. Y seguiría tecleando hasta que el artículo estuviera terminado. Entonces daría el siguiente paso...

Pero cada vez que intentaba imaginar cuál iba a ser ese paso, su mente se quedaba en blanco.

Lee apartó las manos del teclado y miró la pantalla.

Sin decir una palabra, Bryan cerró la puerta del despacho y volvió a su lado.

—¿Por qué no me cuentas la parte de la historia que no puedes publicar?

Lee hubiera querido encogerse de hombros, decir que no tenía tiempo para hablar. Después de todo, tenía una fecha de entrega. Como su vida, seguramente.

—Bryan, si hubieras hecho una fotografía muy difícil, una que hubiera necesitado de todo tu talento, toda tu habilidad y al revelarla saliera mal, ¿qué harías?

—La miraría atentamente. Porque seguro que, en el fondo, yo habría querido que saliera así.

—¿No te sentirías tentada de volver a fotografiarlo todo de nuevo? Después de todo, habías trabajado mucho para conseguir un resultado determinado.

—Puede que sí y puede que no. Depende de lo que hubiera visto —suspiró Bryan, cruzando las piernas—. ¿Qué hay en la foto, Lee?

—Hunter.

—¿Y?

—Ya me conoces.

—Te conozco un poco. Tú no dejas que se te conozca del todo.

—¿Tan difícil soy?

—Sí —contestó Bryan con toda sinceridad—. Y tan interesante. Apparently, Hunter Brown piensa lo mismo, ¿no?

—Me ha pedido que me case con él.

—¿Casarte? —repitió su amiga, atónita—. ¿Casarte... de casarte?

—Sí.

—Oh. ¿Y qué vas a hacer?

—Estoy enamorada de él —contestó Lee.

—¿De verdad? ¿Y todo eso pasó en la acampada?

—Sí. Quizá antes, cuando nos conocimos en Flagstaff. No sé.

—¿Y por qué no eres feliz? Estás enamorada de un hombre que también se ha enamorado de ti... deberías estar dando saltos de alegría.

—¿Cómo pueden dos personas construir una vida juntos cuando cada uno tiene una vida separada, completamente diferente? Bryan, Hunter vive en Arizona y yo en Los Ángeles.

—No vas a decirme que es un problema geográfico.

—No, es... ¡es imposible, sencillamente! Yo hago las cosas paso a paso, Hunter es... Si vieras su casa, no te lo creerías. Es como un cuento. Su hermana es B. B. Smithers... y tiene una hija.

—¿Una hija?

—No puedes contárselo a nadie, ¿de acuerdo? No quiere que los periodistas molesten a la niña.

—No se lo diré a nadie, no te preocupes. ¿Cómo es la niña?

—Encantadora. Un cielo de cría. Y él es un padre estupendo. Cuando los vi juntos... me dio miedo.

—¿Por qué?

—Porque... Hunter es un hombre que consigue todo lo que quiere, que todo lo hace bien. Es un éxito en todos los sentidos.

—¿Y?

—Yo no sé si sería capaz. No sé si podría estar a su altura.

Bryan levantó los ojos al cielo.

—¿No vas a casarte con él por eso? Tú estás loca, Lee.

—No puede ser. Vivimos en mundos diferentes...

—Él podría venirse a Los Ángeles.

—No. Quiere criar a Sarah en Arizona. Viven en un sitio de ensueño, te lo aseguro.

—Bueno, pues tú te vas a Arizona. Y ya está.

—¿Ya está? ¿Así de fácil? ¿Y mi trabajo?

—Puedes quedarte con tu trabajo en Los Ángeles y ser infeliz para siempre... o puedes arriesgarte.

Arriesgarse. Lee miró el clip doblado que tenía en la mano.

Debía comprobar el suelo antes de dar un paso, pero... ¿durante cuánto tiempo tenía uno que comprobar el suelo antes de dar el salto?

Habían pasado dos semanas y Lee estaba en su apartamento, de día. Era muy raro que ella estuviese en casa de día, pero todo parecía igual. Igual y diferente.

Había una violeta africana frente a ella. Estaba bien atendida, como todos los aspectos de su vida. La regaba cuando era necesario, le ponía vitaminas...

Nunca podría arrancarla de raíz, pensó. Y, sin embargo, ¿no era eso lo que acababa de hacer con su vida?

Había dejado la revista. Le había dado la espalda a su carrera.

¿Para qué?, se preguntó a sí misma. Para vivir un sueño que nació en su cabeza años antes. Para escribir una novela que, seguramente, jamás sería publicada. Para tirarse de cabeza a lo desconocido.

Porque Hunter le había dicho que era buena. Porque él hacía imposible que dejara de pensar en «lo que podría ser».

Ahora que el paso estaba dado, Lee se encontró en su silencioso apartamento, de día, sola. Y le entraron ganas de salir corriendo.

Hunter no intentó detenerla cuando se marchó. No dijo nada mientras se despedía de Sarah. Nada en absoluto. Quizá los dos sabían que se lo habían dicho todo por la noche. Luego Lee entró en el coche de Bonnie y le dijo adiós con la mano.

Él no la había llamado. No intentó ponerse en contacto con ella.

Levantando la mano, Lee miró el anillo que Hunter le había regalado. ¿Por qué lo conservaba? Porque no era capaz de quitárselo. Porque eso sería como arrancar la memoria de Hunter Brown.

Necesitaba tiempo y lo tenía. Tenía que probar algo, pero no a sus padres, ni a Hunter, sino a sí misma.

De modo que encendió el ordenador y, respirando profundamente, se dispuso a trabajar.

Lee había conocido la presión en *Celebrity*. Y, sin embargo, después de un mes fuera de la revista, sola en su casa delante del ordenador, aprendió lo que era la auténtica presión. Y la felicidad.

No había creído posible que pudiera sentarse hora tras hora delante de aquella pantalla para terminar un libro que empezó como un capricho tanto tiempo atrás.

Y era cierto que durante los primeros días todo fue frustración y fracaso. Y miedo. ¿Por qué había dejado un buen trabajo para lanzarse de cabeza a la oscuridad?

Cada vez que pensaba tirar la toalla, volver a *Celebrity* aunque fuera empezando desde abajo, veía la cara de Hunter.

«Si quieres rendirte...».

No, no iba a rendirse. Podría fracasar miserablemente, pero pasara lo que pasara, había tomado una decisión vital.

Cuanto más trabajaba, más se convertían en un símbolo esas páginas. Si podía hacer aquello, podría hacer cualquier cosa. El resto de su vida dependía de eso.

Era como Hunter le había dicho: los personajes la absorbían, la frustraban, la deleitaban. Lee quería terminar la novela no solo por ella, sino por esos personajes que habían cobrado vida

propia. La emoción y el miedo la hacían seguir adelante.

Cuando escribió la última palabra, la euforia se mezcló con cierta tristeza. Había terminado.

Había dejado su corazón en aquella historia. Lee quería celebrarlo. Quería llorar.

Y mientras imprimía la última página se dio cuenta de que no sabía qué día era.

Hunter nunca había escrito un libro tan rápida, tan frenéticamente. Sabía por qué: el personaje principal de la historia era Lenore, aunque había cambiado el nombre. Seguía siendo Lenore, física, emocionalmente, desde el gesto elegante a las manos nerviosas.

Era una forma de tenerla a su lado.

Le había costado un mundo dejarla ir. Cuando la vio subir al coche de su hermana, se dijo a sí mismo que volvería. Si se había equivocado sobre sus sentimientos por él, se había equivocado sobre lo más importante de su vida.

¿Sería su destino unirse a mujeres que no querían comprometerse? No podía creerlo.

De modo que la dejó ir. Volvería.

Pero había pasado un mes y Lenore no había vuelto. ¿Cuánto tiempo podría vivir sin ella?, se preguntó.

«Llámalas. Búscalas. Has sido un idiota por dejarlas ir. Las necesitas, ellas te necesitan a ti».

Cada día tenía que hacer un esfuerzo para no llamarlas. Pero si Lenore no volvía a él por voluntad propia, nunca tendría lo que necesitaba.

Hunter miró su dedo. Era más, mucho más que una pieza de metal lo que se había llevado con ella. Era un talismán. Mientras lo llevase puesto, el lazo que había entre los dos no se rompería. Hunter era un hombre que creía en profecías, en el destino, en la magia.

—La cena está lista —Sarah estaba en la puerta, su pelo recogido en una coleta, la cara manchada de harina.

Hunter no quería comer. Quería seguir escribiendo. Mientras la historia siguiera adelante, seguiría teniendo una parte de Lenore con él.

Pero Sarah le sonrió.

—Casi lista —se corrigió—. Creo que las tortillas me han salido un poco duras.

—Un poco duras, ¿eh?

—Me gusta más cuando cocinas tú.

—¿Quién se negó a comer judías verdes anoche?

—¡Es que estaban pochadas! —exclamó la niña. Hunter sonrió, pero la tristeza que había en esa sonrisa no pasó desapercibida para Sarah—. La echas de menos, ¿verdad?

—Sí, mucho.

—¿Querías casarte con ella?

—Sí, pero me rechazó.

Sarah lo miró, perpleja. ¿Cómo podía ser? El padre de Donna estaba casi calvo. Y el de Kelly tenía barriga... Su padre, sin embargo, era guapísimo. Cualquiera querría casarse con él. Cuando era pequeña, ella misma quería casarse con él. Pero ahora era mayor y sabía que eso eran cosas de niños.

—¿No le gustabas?

—Parece que no —sonrió Hunter.

—A lo mejor era yo la que no le gustaba —dijo Sarah entonces.

Su padre tuvo que sonreír. La pobre quería hacerlo sentirse mejor. Tan pequeña...

—No te soportaba.

—Porque soy una bocazas —rio Sarah—. Pero ¿sabes una cosa? Si no quiere casarse contigo, es que es tonta.

Hunter soltó una carcajada.

—No es tonta, Sarah —murmuró, abrazándola—. Y también me quiere. Pero tiene que vivir su vida.

Sarah no lo entendía y, personalmente, seguía pensando que Lenore era un poco tonta por no querer casarse con un hombre tan bueno y tan guapo como su padre, pero decidió no decirlo.

—Si quisiera casarse contigo, a mí no me importaría... ¡Ay, he oído un coche! Diles que se queden a cenar, así se comerán las tortillas duras —rio su hija, corriendo a la cocina.

Hunter no quería compañía. Lo único que quería era cenar con la niña, meterla en la cama y volver a su trabajo.

Pero cuando abrió la puerta, ella estaba allí.

Lenore. Su Lenore.

—Hola, Hunter —dijo, sonriendo—. He intentado llamarte, pero tu número no está en la guía. ¿Puedo pasar?

—Sí, claro —contestó él, después de aclararse la garganta.

Quizá estaba soñando, como el protagonista de *El cuervo*.

—Hunter...

—Yo creo que deberíamos darle las tortillas a Santanas porque... ¡Anda! —la niña acababa de aparecer por el pasillo y la miraba, atónita.

—Hola, Sarah.

—Hola —Sarah miró de uno a otro, sin entender. La tía Bonnie decía que la gente enamorada normalmente hace muchas tonterías, de modo que su padre y Lenore debían de estar pasando por eso—. La cena está lista. Había hecho tortillas, pero no te las recomiendo porque están como piedras... También he hecho unos sándwiches. ¿Quieres?

—Si me invitas —sonrió Lee.

—Pasa —dijo Sarah entonces, como una perfecta anfitriona. Sobre todo, porque su padre parecía haberse quedado sin palabras—. ¿Tú sabes cocinar?

—Un poco.

La niña asintió con la cabeza. Interesante.

Se sentaron los tres alrededor de la mesa y Sarah fue la encargada de servir los sándwiches y dirigir la conversación. Hunter estaba muy callado.

«Ya no me quiere», pensó Lee.

«¿Por qué ha venido?», se preguntó Hunter.

«No me ha dirigido la palabra».

«¿Qué quiere de mí? Está tan guapa...».

—Mi padre tiene que fregar los platos. Pero tú puedes ayudarlo —dijo Sarah después de cenar—. Bueno, yo voy a... dar un paseo con Santanas.

Cuando se quedaron solos, Lee se dio cuenta de que estaba apretando el tenedor con tanta fuerza que le dolía la mano.

Hunter miraba el anillo. No se lo había quitado.

—Estás enfadado. Lo siento, no debería haber venido...

—No estoy enfadado. ¿Por qué has venido?

—Yo... —Lee se mordió los labios, nerviosa—. He terminado la novela.

Él sonrió entonces.

—Enhorabuena.

—Quería que la leyases... si te parece bien. Podría haber enviado una copia a tu editora, pero... quería dártela en persona.

—Espero que me firmes el primer ejemplar.

Lee consiguió sonreír.

—No soy tan optimista. Pero tenía que terminarla. Y quería darte las gracias... He dejado mi trabajo, Hunter.

Él no se había movido, pero le pareció que, de repente, se ponía tenso.

—¿Por qué?

—Tenía que terminar la novela. Por mí —contestó ella—. Sabía que si podía hacer eso, podría hacer cualquier cosa. Y he estado leyendo tus novelas... las de Laura Miles.

Si pudiera tocarla... pero si lo hacía no podría dejarla ir nunca.

—¿Y te han gustado?

—Sí —contestó Lee—. Nunca habría creído que entre una novela de terror y una de amor hubiera alguna similitud, pero la hay. La atmósfera, la tensión, la emoción... Tú entiendes lo que siente una mujer. Se nota en tus libros.

—La escritura es un oficio sin géneros.

—Aun así, es raro que un hombre entienda las emociones de una mujer —dijo Lee entonces, mirándolo a los ojos—. Por eso espero que me entiendas.

—Es más difícil cuando uno juega con sus propias emociones —murmuró Hunter, con voz ronca.

—¿Lo es?

No la estaba tocando, pero ella casi sentía el roce de sus dedos.

—¿Necesitas que te diga que te quiero, Lenore?

—Sí, yo...

—Has terminado tu novela, has dejado tu trabajo. Te has arriesgado mucho. Pero aún no lo has arriesgado todo —dijo Hunter entonces.

Nunca iba a ponérselo fácil. Nunca.

—Me dio miedo cuando me pediste que me casara contigo. Lo pensé mucho... como el niño que piensa en lo que hay tras las sombras. No sé lo que hay ahí... podría ser un sueño o una pesadilla. ¿Lo entiendes?

—Sí, lo entiendo.

—Usé mi trabajo como excusa porque me parecía lo más lógico, pero no era la auténtica razón. Es que tenía miedo de las sombras.

—¿Y sigues teniéndolo?

—Un poco —contestó Lee, ofreciéndole su mano—. Pero quiero intentarlo.

Hunter apretó su mano con fuerza.

—No será ni un sueño ni una pesadilla. Será real. Cada minuto de nuestra vida juntos, será

real.

—¿Estás intentando asustarme? —bromeó ella—. Porque no lo vas a conseguir.

Él tiró de su mano para apretarla contra su corazón.

—No quiero asustarte. Pero tampoco te dejaré ir. Te he esperado mucho tiempo, Lenore.

—Sabías que volvería.

—Si no, me habría vuelto loco.

Lee cerró los ojos.

—Hunter, si Sarah no quiere...

—Sarah me ha dado una charla hace poco. Y tengo la impresión de que esto no va a ser ningún problema.

—Me gustaría estar contigo cuando se lo digas...

—Ya lo sabe, Lenore —sonrió Hunter, tomando su cara entre las manos.

—Digna hija de su padre, ¿eh?

—Exactamente —murmuró él, enterrando los dedos en su pelo—. Espero que a la señora le guste vivir en una casa con monstruos reales e imaginarios.

—La señora podrá soportarlo —sonrió Lee—. Eso y todo lo que se te ocurra.

—¿De verdad? —rio Hunter, emocionado—. Pues vamos a fregar los platos. Después, ya veremos qué puedo hacer.



NORA ROBERTS. Seudónimo de Eleanor Wilder. También escribe con el pseudónimo de J. D. Robb. Eleanor Mari Robertson Smith Wilder nació el 10 de Octubre de 1950 en Silver-Spring, condado de Montgomery, estado de Maryland. En su familia, el amor por la literatura siempre estuvo presente. En 1979, durante un temporal de nieve que la dejó aislada una semana junto a sus hijos, decidió coger una de las muchas historias que bullían en su cabeza y comenzó a escribirlas. Así nació su primer libro: *Fuego irlandés*. Está clasificada como una de las mejores escritoras de novela romántica del mundo. Ha recibido varios premios RITA y es miembro de *Mystery Writers of America* y del *Crime League of America*. Todas las novelas que publica encabezan sistemáticamente las listas de los libros más vendidos en Estados Unidos, Gran Bretaña y Alemania. Como señaló la revista *Kirkus Reviews*, «la novela romántica con suspense romántico no morirá mientras Nora Roberts, su autora megaventas, siga escribiendo». Doscientos ochenta millones de ejemplares impresos de toda su obra en el mundo avalan su maestría.

Nora es la única chica de una familia con 4 hijos varones, y en casa Nora solo ha tenido niños, por eso describe hábilmente el carácter de los protagonistas masculinos de sus novelas. Actualmente, Nora Roberts reside en Maryland en compañía de su segundo marido.